

3 1761 04409 1296

# Documentos Históricas sobre Colón y América











FUENTES HISTÓRICAS  
SOBRE  
COLÓN Y AMÉRICA



PEDRO MARTIR ANGLERIA







HERNÁN CORTÉS  
CONQUISTADOR DE MÉJICO

## HERNÁN GORTÉS



Nació de ilustre familia en Medellín (Extremadura en 1485. Estudió en Salamanca algunos cursos; pero inclinado á la vida militar, en 1504 se embarcó para la Española.

“Fué de buena estatura... y bien proporcionado y membrudo, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy alegre, y si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra parte graves..., y era cenceño y de poca barriga, y algo estevado...; y era buen jinete y diestro de todas armas, así á pie como á caballo, y sabía muy bien menearlas, y sobre todo corazón y ánimo.”

De carácter amable, festivo, discreto y generoso, á la edad de treinta y tres años fué nombrado General, y aportó á Méjico con once naves, unos seiscientos hombres, diez bombardas y dieciséis caballos, habiendo alzado por estandarte una cruz encarnada en campo negro con el mote : *Sigamos á la Cruz, y en esta señal venceremos*. Por dicha de España se hizo con Pánfilo de Narváez y su tropa, imprudentemente enviada contra él.

En valor y pericia militar; en tesón y constancia para reponerse de los reveses y vencer las dificultades; en prudencia gubernativa y diplomática habilidad, junto con ardiente celo cristiano y acendrado entusiasmo por la honra y grandeza de su patria, no hay guerrero que aventaje al inmortal conquistador del Imperio mejicano.

Hernán Cortés es uno de esos capitanes extraordinarios que los siglos producen rara vez, la historia no los olvida nunca, y los hombres los admiran siempre.





# FUENTES HISTORICAS

SOBRE

# COLON Y AMERICA

## PEDRO MARTIR ANGLERIA

del Real Consejo de Indias,  
agregado constantemente á la Corte de  
los Reyes Católicos, y primer historiador del  
descubrimiento del Nuevo Mundo que, á instancias  
de los Papas de su tiempo, escribió en latín dándoles cuenta  
de todo, según lo sabía por cartas y explicaciones  
verbales del mismo Colón, de casi todos los  
capitanes y conquistadores y de cuantos  
volvian de América.

### LIBROS RARÍSIMOS QUE SACÓ DEL OLVIDO

traduciéndolos y dándolos á luz en 1892, el

## DR. D. JOAQUÍN TORRES ASENSIO

PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD,  
TEÓLOGO CONSULTOR QUE FUÉ EN EL CONCILIO ECUMÉNICO  
DEL VATICANO  
Y ACTUALMENTE CANÓNIGO LECTORAL DE MADRID

TOMO CUARTO



211701  
27. 4 27

MADRID

IMP. DE LA S. E. DE SAN FRANCISCO DE SALES  
*Pasaje de la Alhambra, núm. 1*

1892



*Quedan reservados dentro y fuera  
de España todos los derechos que las  
leyes y convenios internacionales con-  
ceden á la propiedad intelectual.*

**PRECIO DE ESTE TOMO :** 5 pesetas en elegante encuadernación de tela con plancha dorada, que representa á Colón cuando por vez primera pisa el suelo americano.

Los pedidos hechos directamente al Sr. Torres Asensio *y acompañados del importe*, si llegan á 50 pesetas efectivas obtendrán aumento de ejemplares por valor de un 15 por 100, de un 20 los de 200 pesetas, y del 25 los de 400 ó más.



## DÉCADA SEXTA

### *Al Arzobispo de Cosenza*

PARA QUE SE LA ENTREGUE AL PONTÍFICE

---

## CAPÍTULO PRIMERO<sup>1</sup>

---

SUMARIO: 1. INTRODUCCIÓN. — 2. Relaciones de Gil González. — Seis colonias hacia el istmo.

**A**NTES de que te volvieras á Roma, una vez desempeñada en España tu embajada útil y honrosa para dos Pontífices, cuando esta nación no tenía Reyes porque se había marchado el César á tomar posesión de la corona imperial que le había sido ofrecida, me parece que sabías que entre los nobles españoles que an-

---

<sup>1</sup> El autor dividió unas décadas en libros, otras en capítulos; este nombre dejó en la sexta, ya que los tiene muy cortos.

daban navegando por las costas australes de nuestro creído continente en el Nuevo Mundo no dejaban de distinguirse Gil González y el licenciado Espinosa, jurisconsulto. Acerca de Espinosa puse mucho, estando tú aquí, en mi tercera Década, que escribí para el Pontífice Máximo León á petición suya.

Ahora, al cabo de dos años, tenemos cartas de Gil González, fechadas en la Española, capital de aquellas regiones, el 6 de Marzo de 1524, á la cual isla dice que arribó con ciento doce mil pesos de oro, y que había vuelto á Panamá el 25 de Julio del otro año 1523.

Es muy grande el volumen de sus cartas, porque refiere todas las menudencias que le sucedieron en largo espacio de tiempo y de tierra. También son difusas las peticiones que hace al César por los trabajos y peligros, y calamitosa necesidad que pasó en aquella expedición, y no faltan quejas sobre Pedro Arias, Gobernador general de aquellas tierras que designa-

mos con el nombre común de Castilla del Oro, y habla pidiendo encarecidamente que se le emancipe de la autoridad de él; entre otras cosas, dice que él es nacido de más noble sangre, como si importara el que sean hijos de un indolente figonero ó de un Héctor los que son nombrados por los Reyes para estos negocios laboriosos y grandes, particularmente en España, donde piensan la mayor parte que es prerrogativa especial de los nobles el vivir ociosos sin ejercitarse en nada como no sea en la guerra, y eso mandando, que no obedeciendo.

He recibido cartas tuyas, que me las entregó tu Juan Pablo Oliver, fechadas en Roma el 7 de Mayo, en las cuales, entre otras cosas, me dices que el Sumo Pontífice Clemente no se complace menos de estos apuntes que su tío el Papa León, ó su predecesor Adriano, que con Breves suyos me mandaban escribirlos. De entre muchas cosas he escogido un poco, que te lo dirijo á ti, no á Su Beatitud, el cual,

si como su tío León, si como el sucesor de éste, Adriano, me manda escribir, obedeceré con gusto; de lo contrario, no me tomaré este trabajo, no sea que lenguas malignas digan que he incurrido en la nota de temerario.

Siguiendo, pues, mi costumbre, dejaré á un lado los gustos de los que escriben, y tocaré lo que me parezca que necesita conocerse. Y de este propósito no me apartará un punto el encabezamiento aquel de tu carta, en que me haces saber que en Alemania se ha traducido palabra por palabra, del español al latín, por consejo de Juan de Granada, electo obispo de Viena, todo lo que á nuestro cesáreo Senado de las cosas de Indias y al mismo César ha escrito Fernando Cortés, conquistador de las inmensas regiones de Yucatán y Méjico; porque, como sabes, de su relación y las de otros he entresacado yo solamente lo que me parecía digno de notarse.

Entremos ya en materia, y co-

mencemos por las colonias que se han erigido, para que, con reglas de la geografía antigua, se entienda más fácilmente qué derroteros recorrió Gil. Acerca de la extensión de aquellos territorios, que casi, y sin haberles encontrado el fin, son tres veces más largos que toda la Europa, hice mención bastante extensa, bajo el nombre de *Creído Continente*, en mis primeras *Décadas*, que se han impreso y corren por el orbe cristiano.

Al calcular la anchura del río Marañón, escribí que aquella tierra tiene adyacentes dos mares inmensos: este nuestro occidental (*el Atlántico*), que es septentrional para aquella tierra, y otro al Sur. Esto supuesto, sepa Vuestra Beatitud que los españoles han levantado seis colonias en los lados de aquella tierra: tres en el septentrional, en las márgenes del río Darién, en el golfo de Uraba, que se llama Santa María de la Antigua; una Acla, á veinte leguas de Darién; la de Nombre de Dios, en la jurisdic-

ción del cacique Careta, y la tercera á treinta y siete leguas de Acla. En la costa austral erigieron otras tantas, á una de las cuales, dejándole el nombre patrio, llamaron Panamá, con final aguda; la segunda Natam, á treinta y nueve leguas de Panamá; y la tercera, llamada Chiriqui, á setenta y cinco leguas de Natam.







## CAPITULO II

---

SUMARIO: 1. Carretera para cruzar el istmo [de Panamá.  
— 2. Expedición de Gil González en busca de un estrecho.—3. Falta pan y sobra oro.—4. Enfermedades y trabajos.

**D**ESDE el puerto de la colonia septentrional llamada Nombre de Dios hasta la Panamá austral, se propusieron los habitantes, con el gobernador Pedro Arias, abrir un camino por montañas intransitables, de ásperos riscos y densos bosques intactos *ab æterno*. Pues aquel trecho de tierra de entre ambos mares no tiene más que diecisiete leguas, que comprenden unas cincuenta leguas, por más que en otras partes es la tierra muy ancha, y tan ancha que desde las bocas

del río Marañón, que desaguan en el océano, de Norte á Sur se extiende cincuenta y cuatro grados más allá del ecuador, como creo que lo viste en la Década enviada á Adriano, que murió poco ha; que te la envié para que la entregaras al sucesor, aunque dedicada á otro, supuesto que él falleció sin haberla recibido, en la cual se habla largamente de las islas que crían los aromas, halladas por aquel rumbo.

Pues por aquel istmo, con sumo gasto, ya del Rey, ya de los habitantes, rompiendo rocas y guaridas harto emboscadas de varias fieras, hacen un camino por donde puedan pasar dos carros, á fin de que, pasando fácilmente, puedan investigar los secretos de ambos mares; pero aún no lo han llevado á cabo.

2. Gil González dice que con una flotilla casi inerme de cuatro naves zarpó hacia Occidente el día 21 de Enero del año 1522 de nuestra salud, desde la isla que en las primeras Décadas dije se llamaba

Rica, y ahora isla de las Perlas por haber allí gran abundancia de ellas, por obedecer á lo que había mandado el César por consejo de nuestro Real Senado; de los cuales recibió orden de que, explorando las no recorridas regiones occidentales, investigara con diligencia si entre los últimos confines, ya hace tiempo conocidos, del creído continente y el principio del territorio de Yucatán, se encontraría algún estrecho que divida aquellas inmensidades.

Por decirlo en pocas palabras: estrecho no encontraron; pero voy á decirte lo que hizo, dejando atrás muchos rodeos, notados ya la mayor parte. El escribe que por espacio de unos diecisiete meses penetró hacia Occidente seiscientas cincuenta leguas, que son alrededor de dos mil millas, por nuevas regiones é imperios de caciques.

3. Entretanto que reparaban las naves averiadas y taladradas por las culebrillas de mar que los españoles llaman *broma*, no tenien-

do qué comer, se vió en la precisión de entrarse por tierra; recorrió por lo interior doscientas cuarenta y cuatro leguas con unos cien hombres, mendigando pan para sí y sus soldados, de la mayor parte de los caciques, los cuales dice que le regalaron ciento doce mil pesos de oro. El peso es un tercio más que la dracma, como precisamente hubiste de aprenderlo en los catorce años que tuviste tan distinguido lugar entre los españoles. Dice que los clérigos que tenía consigo bautizaron más de treinta y dos mil indígenas de ambos sexos, y no contra su voluntad.

Afirma que navegó tanto, que al otro lado de la provincia de Yucatán encontró las mismas costumbres é idiomas que tienen los habitantes de Yucatán. De los ciento doce mil pesos traídos por el tesorero Cereceda, enviado por él, dice que, por la parte que le toca al César, le envía por una parte diecisiete mil pesos de oro medio puro, que alcanza doce y trece grados

(*quilates*); y por otra parte quince mil pesos, y trescientos sesenta pesos en hachas, ineptas para la carpintería en vez de las de hierro y acero. Calculado el peso de las hachas, escribe que por testimonio de los maestros que prueban los quilates del oro, designados para esto, cada una vale, poco más ó menos. medio ducado de oro.

Lo que nosotros tenemos en mucho, es el haberse descubierto tiererras en que los instrumentos fabriles y rústicos son todos de oro, aunque no puro. También dice que en cascabeles fundidos de oro, á que son muy aficionados, ha enviado seis mil ochenta y seis pesos: como no tienen ningún grado, ó casi ninguno, según cálculo de los peritos, para que los cascabeles, meneándolos, tengan más suave y agudo sonido, creen los nuestros que los fabrican así sin ley ninguna, pues el sonido del oro, como debes de saberlo, es más flojo cuanto más puro es el oro.

4. Pero refiriendo más particu-

larmente la mayor parte de las cosas, dice que, aunque estaban próximos al equinoccio, no tenían mucho frío, pero que por el paso de los ríos y las frecuentes lluvias, porque eran los meses de nuestro invierno, á él y sus compañeros les sobrevinieron varias enfermedades que les imposibilitaban el hacer grandes cosas en el viaje, pasando con canoas unilígneas del país á una isla nueva que, según él y sus compañeros, tiene de larga diez leguas y de ancha seis.

El cacique de la isla le recibió benignamente; su palacio dice que está construído en un collado de poca elevación con vigas de punta, y el techo de paja larga y de hierbas que le defienden de la lluvia, y tiene la forma de las tiendas de campaña. En esta isla, y cerca de la corte, corre un gran río dividido en dos, el cual dice que en el tiempo que él estuvo en casa del cacique detenido por los aluviones, inundó tanto toda la isla é invadió la propia morada regia



hasta la cintura de un hombre, de modo que, reblandecidos por la furia de la crecida los cimientos de los postes que sostenían el palacio, se hundió éste; pero las puntas superiores de las vigas, unidas entre sí, sostuvieron compacta la obra, evitando que del todo se les cayera encima; á hachazos abrieron una puerta para poder salir. Refugiáronse en las ramas de altos árboles, donde cuenta que pasaron dos días él, y juntamente sus compañeros y sus huéspedes, hasta que, cesando la lluvia, las aguas volvieron á sus álveos.

Refiere muchos casos particulares; pero ya te bastará con dar cuenta de estas (*aventuras*) al Beatísimo Clemente, á quien la inmensa mole de los negocios debe de tener siempre ocupado.

Habiéndose llevado el aluvión las provisiones, obligado por la necesidad para buscar qué comer avanzó aún por tierra hacia el Occidente, pero sin perder nunca de vista la costa, y llegó hasta un



puerto ya conocido, y llamado por los nuestros el puerto de San Vicente. Halló que habían aportado allí sus compañeros, con los cuales así lo había convenido al separarse de ellos mientras arreglaban las naves y las vasijas del agua.





## CAPITULO III

---

SUMARIO: 1. Se bautiza el cacique Nicoyán y su gente.—  
2. Y nueve mil de Nicoragua.—3. Obsequios del cacique Diriagen.

**D**ESPUÉS de haberlos saludado como el caso lo requería, y deliberando con madurez lo que debiera hacer cada cual, sacando de las naves los cuatro caballos que habían traído, mandó á los de la flotilla que fueran navegando despacio en derechura al Occidente; les ordenó que no llevaran extendidas las velas de noche, por temor de los escollos y los bajos de arena, supuesto que tenían que navegar por desconocidos derroteros del mar; y él, caminando por tierra con aquellos cua-

tro caballos y unos cien infantes, vino al territorio de un cacique llamado Nicoyán.

Habiéndoles recibido benignamente Nicoyán, le regaló catorce mil pesos de oro; y persuadido por los nuestros de que hay encima del sol otro Criador del cielo y de la tierra que no el que ellos piensan, el cual sacó de la nada al mismo sol y la luna y los demás astros que se ven, y los gobierna con su sabiduría, y á cada hombre le da la recompensa que merece, quiso recibir el bautismo con toda su familia, y, á ejemplo del cacique, se bautizaron de su reino miles de personas de ambos sexos. En unos diecisiete días que pasó con Nicoyán le dejó tan instruído, que al marcharse (*Gil González*), el cacique en su lengua, que entendían los convecinos, le dijo lo que sigue:

«Toda vez que ya no he de hablarles más á estos antiguos simulacros de los dioses, ni les he de pedir nada, llevátelos»; y esto diciendo, dió á *Gil González* seis simulacros

de oro, un palmo de altos, antiguos monumentos de sus antepasados.

2. Supo que á cincuenta leguas de la corte de Nicoyán reinaba un cacique llamado Nicoraguamia, que estaba en su regia sede, Nicoragua, camino de un día. Envió mensajeros que notificaran al cacique lo mismo que los nuestros suelen decir á los demás reyezuelos antes de obligarles, á saber: que se hagan cristianos y que admitan la obediencia y las leyes del gran Rey de las Españas, y que si lo rehusaba le haría guerra y le obligaría. Al día siguiente le salieron al encuentro cuatro nobles de Nicoragua, diciendo en nombre de su cacique que deseaban la paz y el bautismo. Fueron los nuestros á Nicoragua con toda la gente, y bautizaron á un número algo mayor que los otros: nueve mil. Nicoragua dió quince mil pesos de oro en varias joyas á Gil González, que compensó dones con dones. Dió á Nicoragua un vestido de seda, y una ca-

misa de lino, y un gorro de púrpura; y levantando allí dos cruces, una en el templo de ellos, y otra fuera de las casas del pueblo, se marchó.

3. Fué á otra región, á seis leguas, marchando siempre hacia Occidente, donde dice que encontró seis poblaciones como de dos mil casas cada una. Habiéndoles llegado la fama de los nuestros, por deseo de verles mientras estaban por aquellos seis pueblos se les presentó otro cacique de más al Occidente, que se llamaba Diriagen, acompañado de quinientos hombres y veinte mujeres, diez banderas y cinco trompeteros, que iban delante según su usanza. Acercándose el cacique á Gil González, que le esperaba en un solio dispuesto con aparato regio, mandó tocar la trompeta, después callar é inclinar las banderas que iban delante.

Cada uno de los hombres traían, éste una, aquél dos aves semejantes á los pavos, y no inferiores á ellos ni en lo grandes ni en el sa-

bor: son los que crían en las casas como nosotros las gallinas. Hago una pequeña digresión con tu permiso. Repito muchas particularidades de éstas, y á un Esculapio como tú te propino una medicina yo, inepto labriego, pues muchas de estas cosas te son muy conocidas, y en mis Décadas las he mencionado extensamente. Pero juzgando que esto puede llegar á manos de los hombres estudiosos, que no lo saben, ni tú se les has de explicar, lo repito para que por ti logren su deseo: no me acuses, pues, tú que has nacido para utilidad de muchos.

Trajo este régulo , Diriagen, por medio de sus criados, más de doscientas hachas de oro que cada una pesaba dieciocho pesos ó algo más. Preguntado por los intérpretes que Gil tenía á su lado y entendían á los nuestros qué motivo le había inducido á venir, dicen que respondió que por lograr ver á la gente nueva que había oído andaba por aquellas regiones, y saber

lo que deseaban de él, ofreciéndose á obedecerlos.

Exponiendo las mismas razones que á los demás, les exhortaron á que se hicieran cristianos y aceptaran la obediencia del gran Rey de las Españas. Respondió que le parecían bien ambas cosas, y prometió que á los tres días volvería á recibir órdenes de los nuestros. Y semarchó.







## CAPÍTULO IV

---

SUMARIO: 1. Preguntas de los indios, y respuestas de Gil González sobre el diluvio universal, y otros varios puntos.—2. Capitán y misionero.

**E**NTRETANTO que los nuestros estaban en Nicoragua, pasaron muchas cosas no indignas de contarse. A más de que las entresaqué de las cartas de Gil, me las contó, y al marcharse me las dejó escritas su cuestor regio, que comúnmente se dice tesorero, el cual tomó no pequeña parte en todos aquellos trabajos, y se llama Andrés Cereceda.

Recayendo la conversación sobre varios asuntos, por no tener qué hacer, entre Gil, capitán de nuestras tropas, y el cacique Nicoragua,

mediante un intérprete nacido no lejos del reino de Nicoragua y educado por Gil, y que hablaba bastante bien el idioma de ambos, Nicoragua preguntó á Gil qué sentían en la tierra de aquel Rey poderoso de quien Gil se declaraba vasallo acerca de un cataclismo pasado que había anegado toda la tierra con todos los hombres y animales, según él lo había oído de sus mayores. Gil le dijo que se creía eso mismo. Preguntando si se pensaba que vendría otro, le respondió Gil que no, sino que así como una vez habían perecido todos los animales, excepto unos pocos, en un diluvio de agua á causa de las iniquidades de los hombres, y principalmente por las de carnalidad, así, tras una serie de años que los hombres no conocen, ha de suceder que todo quede reducido á cenizas por llamas de fuego enviadas del cielo. Se quedaron todos pasmados al oír esto. (*A la pregunta*) si esta gente tan sabia venía del cielo, el intérprete le dijo que sí. Si habían baja-

do en línea recta, ó dando vueltas ó formando arcos, preguntó con cierto aire de inocente sencillez: á esto el intérprete respondió que no lo sabía, pues había nacido él en la misma tierra que el propio Nicoragua ó cerca de ella.

Después le dijo que preguntara á su amo Gil si alguna vez la tierra se voltearía boca arriba. Gil declaró que ese secreto lo sabe únicamente el Criador del cielo, de la tierra y de los hombres. Preguntó del fin general del linaje humano, y de los paraderos destinados á las almas cuando salen de la cárcel del cuerpo, del estado del fuego que un día ha de enviar (*el cielo*), cuándo cesarán de alumbrar el sol, la luna y demás astros; del movimiento, cuantidad, distancia y efectos de los astros y de otras muchas cosas. Aunque Gil tenía buen ingenio y era aficionado á manejar libros en romance, traducidos del latín, pero no había alcanzado tanta instrucción que pudiera dar á todo esto otra respues-

ta sino que la Providencia se reservaba en su pecho el conocimiento de aquellas cosas.

A las preguntas que Nicoragua hizo sobre el soplar de los vientos, las causas del calor y del frío, y la variedad de los días y las noches, aunque entre ellos es poca por distar poco del equinoccio, y sobre otras muchas cosas semejantes, respondió Gil explicando la mayor parte según sus alcances, y dejando lo demás al divino saber.

Después de esto, descendiendo Nicoragua y sus cortesanos á las cosas terrenas, preguntaron si se puede sin culpa comer, beber, engendrar, jugar, cantar, danzar, ejercitarse en las armas. Les respondió de este modo: dijo que es preciso comer y beber, pero que en esto se ha de evitar la crápula, porque todo lo que se toma fuera de lo que la naturaleza necesita, es dañoso al vigor del espíritu y á la salud del cuerpo, y que resultan de ahí semilleros de vicios, riñas y enemistades; que también es lícito

el trato conyugal, pero sólo con una mujer, y ésta unida con el vínculo del matrimonio, y que hay que abstenerse también de otros géneros de impureza si se quiere agradar al Dios que lo ha criado todo; que tampoco está prohibido tener á su tiempo cantares, juegos y danzas honestas.

2. Acerca de las ceremonias y la sanguinaria inmolación de víctimas humanas, como nada le preguntaron, habló él que aquellas oblaciones de sacrificios eran sumamente desagradables á Dios, y que el gran Rey, su señor, tiene ley que á hierro muera el que á hierro mate á otro; y que aquellos simulacros á quien ellos ofrecen sangre humana son imágenes de los demonios que hacen prestigios, los cuales, arrojados por su soberbia de sus asientos del cielo, fueron encerrados en los antros infernales, de donde, saliendo de noche, se aparecen las más veces á hombres inocentes, y con sus artes engañosas los persuaden que hagan lo que

se debe omitir en todo orden de cosas, á fin de apartar nuestras almas del amor de Aquel que las crió, y mediante la caridad y demás buenas obras de esta vida, desea llevárselas consigo, no sea que arrebatándolas aquellos vestiglos de las delicias eternas, preparadas para después de la muerte corporal, á los perpetuos tormentos y calamitosas desdichas, se hagan compañeras de ellos.







## CAPITULO V

---

SUMARIO: 1. Gil González civilizando. — 2. Réplica de los indios tocante á la guerra. — 3. Ejemplar inauguración del culto cristiano. — 4. Barbas guerreras. — 5. Casas y templos de allá.

**L**UEGO que Gil, cual predicador de púlpito, se explicó en este ó semejante sentido, se lo hizo entender á Nicoragua del mejor modo que pudo por medio del intérprete. Nicoragua dió asentimiento á lo dicho por Gil, y á la vez preguntó qué deberían hacer ellos para agradar áaquel Dios que él predicaba cual autor de las cosas. Gil respondió á Nicoragua, según atestigua su cuestor regio Cereceda, lo que sigue.

No de que se maten hombres, ni



de que se derrame sangre alguna, se complace el que nos crió á nosotros y todas las cosas; lo único en que se goza es en el amor fervoroso que le tengamos; los arcanos de nuestro corazón están patentes para Él: las aspiraciones de nuestro corazón desea solamente; no se alimenta de carne ni de sangre; nada hay que tanto le irrite como la matanza de los hombres, de quien desea ser alabado y glorificado. A los que son enemigos suyos y vuestros, arrojados á lo profundo del infierno, cuyas imágenes veneráis aquí, les gustan estos sacrificios abominables, y asimismo todas las maldades, para llevarse consigo á la perdición eterna vuestras almas cuando salgan de aquí. Eliminad de vuestras casas y templos estos simulacros vanos y perniciosos; abrazaos á esta cruz, cuya imagen Cristo-Dios bañó con su sangre por la salud del linaje humano, que estaba perdido, y podréis prometeros años felices y una eternidad de dicha para vuestras almas. También

aborrece las guerras el Criador de las cosas, y ama la paz entre los vecinos, á los cuales nos manda amar como á nosotros mismos. Pero si, viviendo vosotros tranquilamente, alguno os ofende, le es lícito á todo hombre evitar la injusticia y defenderse á sí mismo y sus cosas; mas el provocar á otro por ambición ó avaricia está prohibido, y el hacer eso es contra las buenas costumbres y la voluntad del mismo Dios.

2. Hecha esta explicación, Nicaragua y sus cortesanos, allí presentes, con la boca abierta, mirando de hito en hito á Gil, dieron asentimiento á todas las demás proposiciones, y sólo hicieron mal gesto á eso de la guerra, preguntando que adónde habían de tirar sus dardos, sus yelmos de oro, sus arcos y sus flechas, sus elegantes arreos bélicos y sus magníficos estandartes militares. «¿Daremos todo esto á las mujeres para que ellas lo manejen? ¿Nos pondremos nosotros á hilar con los husos y las ruecas de ellas, y cultivaremos nosotros la tie-

rra rústicamente <sup>1</sup>?» Gil no se atrevió á replicar á esto, conociendo que lo habían dicho medio alborotados. Pero á la pregunta que le hicieron del misterio de la cruz y utilidad de adorarla, les respondió: «Si mirándola con sincero y puro corazón, y acordándoos piadosamente de Cristo, que en ella padeció, pedís algo, lo conseguiréis como sea cosa justa lo pedido. Si os proponéis alcanzar la paz, la victoria contra enemigos soberbios, frutos abundantes, aire tranquilo y saludable, ú otras peticiones semejantes, las conseguiréis.»

3. He mencionado que Gil les alzó dos cruces, una bajo el techo del templo, y otra al raso, en una alta mole hecha de ladrillo. Refiere Cereceda que, cuando llevaban á poner la cruz, iban delante pomposamente los sacerdotes, y detrás Gil, acompañados del cacique y de sus súbditos. Mientras la estaban fijando, comenzaron á tocar las trompe-

---

<sup>1</sup> El cultivo, escaso y somero, lo hacían las mujeres.

tas y atabales; y cuando la hubieron asegurado, por los escalones que pusieron subió primero á la base Gil, con la cabeza descubierta, y arrodillándose, hizo allí oración en silencio, y al acabar, abrazándose al pie de la cruz, la besó. El cacique, y á ejemplo suyo todos los demás, hicieron lo mismo. Así los dejó imbuídos en nuestros ritos.

Acerca de la distribución de los días, les dijo que por espacio de seis días hay que dedicarse perpetuamente al cultivo y demás trabajos y artes, pero que el día séptimo es menester destinarlo al descanso y á las cosas sagradas, y les señaló por día séptimo el domingo, y no pensó si sería útil imponerles además larga serie de días festivos.

4. Voy á añadir una cosa que omite Gil en el discurso de la narración y la ha contado Cereceda. Todos los bárbaros de aquellas naciones son imberbes, y tienen horror y miedo á los barbudos. Por esto, á veinticinco jóvenes que por su edad eran imberbes, cortándoles el pelo

y arreglándolo, les puso barbas para presentar mayor número de barbudos que infundieran terror si se movía guerra, como después sucedió.

Añadió Cereceda que Gil le ha escrito que con doscientos cincuenta infantes que recogió en la Española y setenta jinetes, se dió á la vela hacia el 15 de Marzo de este año 1524, con el empeño de buscar el anhelado estrecho. Pero este asunto no se ha presentado aún en nuestro Senado. Cuando se sepa lo sabrás.

5. Dejemos ya estas cosas, y pasemos á decir algo de la horrible costumbre lestrigónica de aquellas naciones, y de la situación y estructura de las casas y los templos. Los palacios de los caciques tienen de largos cien pasos, y de anchos quince. Todos están abiertos por delante y cercados por detrás. Los pavimentos de los palacios están levantados medio estado de hombre sobre la tierra; los de las otras casas no se levantan nada sobre el

suelo. Todas las casas están hechas de vigas, y cubiertas con paja, con un techo y sin piso. Los templos lo mismo. Son anchos, y tienen sus sagrarios interiores, oscuros y bajos, en los cuales cada uno de los nobles entierra sus penates, y los tienen por armerías; como que allí, con las banderas que llevan espectros pintados, guardan en tiempo de paz los instrumentos bélicos, arcos, aljabas, corazas y yelmos de oro, y anchas espadas de madera con que pelean de cerca, y también armas arrojadizas para pelear de lejos, y varios adornos guerteros; y á las imágenes de los dioses propios de cada uno, que se los dejaron sus mayores, les inmolan particulares víctimas humanas, y los adoran con fingidas oraciones de votos compuestos á su estilo por los sacerdotes.







## CAPITULO VI

---

SUMARIO: 1. Las plazas y la orfebrería.— 2. Los mataderos de víctimas humanas.— 3. Dos clases de ellas.— 4. Modo de inmolarlas.

**L**AS fachadas de los palacios de los caciques están guardadas, según la disposición y grandeza de su pueblo, por grandes plazas. Si el pueblo consta de muchas casas, tienen también (*plazas*) pequeñas, en las cuales puedan reunirse á comerciar los vecinos distantes del palacio. La plaza real la rodean por todas partes las casas de los nobles, y en medio de ella hay una que habitan los artífices del oro. Allí se funde el oro que se ha de labrar en diversas joyas; después, reducido á pequeñas



láminas ó barras, lo forjan á gusto de los amos, y, por fin, le dan las formas que se desean, y por cierto que no mal.

2. Pero delante de los templos hay levantadas en el campo diferentes bases de ladrillos sin cocer y de cierto betún de tierra, á modo de plataformas, para varios usos. Tienen ocho escalones, en algunas partes doce, y en otras quince. El espacio de arriba es vario, según la cualidad del ministerio á que se destina: en uno caben diez hombres, y en medio de él sobresale una piedra de mármol que en lo larga y ancha iguala á la estatura de un hombre tendido: aquella infausta piedra es la de las miserables víctimas humanas. El día determinado para la inmolación, á vista del pueblo que le rodea, sube el cacique á otra plataforma de enfrente para presenciar la matanza.

3. El sacrificador, de pie sobre la piedra aquella que sobresale, oyéndolo todos, hace el oficio de pregonero, y vibrando el agudo cuchillo

de piedra que lleva en la mano (pues en todas aquellas tierras tienen donde cortar piedras á propósito para hacer hachas, espadas y navajas, y de allí obtenemos nosotros cuantas queremos, y tampoco se quedó sin ellas el cardenal Ascanio), hace saber que se van á inmolar víctimas, y si son de los enemigos ó de las que se crían en casa.

Porque dos clases de víctimas humanas hay entre ellos: una de enemigos cogidos en la guerra, y otra de las que crían en las casas. Pues cada cacique ó cada noble cría desde la niñez en su casa, á sus expensas, víctimas para inmolar, y sabiendo ellos para qué los guardan y les alimentan mejor que á los demás. Y no por ello están tristes, porque desde niños viven en la persuasión de que, acabando la vida con aquel género de muerte, se convertirán en habitantes del cielo. Así es que, andando libremente por los pueblos, todos los que los encuentran les reciben ya con reve-

rencia como héroes, y los despa-  
chan cargados de todo lo que piden,  
sea de comer ó para adornarse, y  
al donante le parece que le han  
concedido los dioses no pequeña di-  
cha el día en que así ha dado algo.

4. Pues estos varios géneros de  
víctimas tienen diferentes maneras  
de inmolarlas. A unas y á otras las  
tienden boca arriba, y del mismo  
modo, abriéndolos, les sacan el co-  
razón por entre las costillas, y con  
la sangre de unos y otros, guardan-  
do la misma forma, ungen los la-  
bios y la barba (*de los ídolos*). Pe-  
ro cuando la matanza es de enemi-  
go, el pregonero y sacrificador,  
tomando el cuchillo en la mano y  
dando vueltas con ciertos cantos  
lúgubres alrededor de ella, tendida  
sobre la piedra, la purifica tres ve-  
ces, de seguida la abre, luego la  
corta en trozos, y cortada la re-  
parte para que se la coman de este  
modo. Al cacique se le guardan las  
manos y los pies: los corazones se  
los dan á los sacerdotes y á sus mu-  
jeres é hijos, que les es lícito tener-

los, y lo demás se reparte al pueblo en pedacitos; pero las cabezas se cuelgan como trofeos en las ramas de ciertos árboles pequeños que para esto se crían poco distantes de aquel matadero.

Cada cacique cría en un campo próximo árboles determinados, que guardan los nombres de cada región enemiga, para colgar en ellos las cabezas inmoladas de los prisioneros de guerra, al modo que nuestros capitanes cuelgan en los muros de los templos los yelmos, banderas y otras insignias semejantes por testigos de su loca sevicia, que llaman victoria. Les parece que sería mal año para ellos el en que no participaran el pedacito de la víctima enemiga.

Mas á las víctimas caseras, aunque las despedazan del mismo modo, después de muerta disponen de ella diferentemente: veneran todos sus trozos, y una parte, como los pies, las manos y las entrañas, echándolas en una calabaza, la entierran delante de las puertas de

los templos; los demás trozos, y juntamente el corazón, entre los aplausos de los sacerdotes y cantos al fuego aquel, los queman á la vista de los dichos árboles destinados á los enemigos, haciendo una gran hoguera entre las cenizas de las víctimas anteriores, que se quedan en aquel campo y nunca se quitan de allí.





## CAPITULO VII

---

SUMARIO : 1. Oraciones y ofrendas de sangre propia á los ídolos.—2. Ataque de un cacique traidor.

**Y** cuando el pueblo ve que entre el acostumbrado murmullo de los sacerdotes se les refriegan los labios á los dioses (*con la sangre de las víctimas*), hace entonces sus votos y oraciones, pidiendo buena cosecha de los campos y demás sementeras, salubridad del aire, paz, ó victoria si hay que pelear, y que los libren de la oruga y la langosta, de inundaciones y de sequía, de fieras y cualesquier adversidades: cada uno pide según el cuidado que le aqueja.

No contentos con estas ceremo-

nias, el cacique y los sacerdotes y los nobles hacen también ofrenda, aunque sólo á un simulacro. Fijándolo en la parte alta de una asta de tres codos, con suma pompa los ancianos graves lo sacan del templo donde le guardan religiosamente todo el año, á la vista del cielo. También éste es semejante á las deidades del infierno, como para espantar á los hombres las pintan en las paredes. Van delante los sacerdotes con sus ínfulas: cada pelotón del pueblo lleva en la marcha sus banderas, pintadas de mil colores, tejidas de algodón con las imágenes de sus espectros. De los hombros de los sacerdotes, que los llevan cubiertos con varias telas, penden unos cinturones más gruesos que el dedo, hasta las pantorri-llas, los cuales, en cada una de sus orladas extremidades, llevan sujeta una bolsa en que llevan los agudos cuchillos de piedra y unos saquitos de polvos, hechos de ciertas hierbas desecadas. Detrás de los sacerdotes van, por su orden, el ca-



cique, y junto á él los nobles; después sigue mezclada la muchedumbre del pueblo sin dejar uno: á ninguno que pueda tenerse de pie le es permitido faltar á esta superstición.

Llegados al lugar designado, poniendo primero debajo hierbas olorosas ó colchas pintadas para que el asta no toque el suelo, hacen alto, sosteniéndola los sacerdotes, y saludan al diablillo con sus acostumbrados cantares é himnos; los jóvenes saltan alrededor, bailando y danzando, y ostentando agilidad con mil géneros de juegos, agitando los dardos y los escudos.

Hecha una señal por los sacerdotes, cogen todos las navajas, y volviendo la vista al simulacro, se hieren ellos mismos la lengua con incisiones, otros se la traspasan, la mayor parte la dividen hasta derramar no poca sangre; y todos con aquella sangre, como lo hemos dicho de los sacrificios anteriores, restregan los labios y la barba del necio simulacro; de seguida, echán-

dose el polvo aquel de la hierba, llenan las heridas. Dicen que aquel polvo tiene tal virtud, que las úlceras se curan en pocas horas de modo que nunca se conoce que las hubo.

Hechas estas cosas, los sacerdotes abajan un poco el asta, y, primero el cacique, después los nobles y por fin los plebeyos, le hablan al oído al simulacro. Cada cual le expone las turbias tempestades de su alma, y cuchicheando con temor reverente y con la cabeza inclinada, le suplican que les favorezca fausta y felizmente en lo que desean. Engañados así por los sacerdotes, se vuelven á casa.

2. Mientras los nuestros se ocupaban en investigar estas cosas y otras ociosas, llegaron uno tras otro varios espías, dando parte de que Diriagen venía armado con intención, no sólo de retirar lo que él mismo había dado á los nuestros, sino también de matarlos. Ellos supieron que se aproximaba ya, confiado en que eran pocos según los había es-

piado, y con la esperanza de apoderarse de lo que tenían consigo. También ellos hacen estima del oro, aunque no como moneda, sino para hacer joyas y adornarse con ellas. Llegó, pues, con gran chusma de gente armada á su usanza, y acometió á los nuestros, que, si los hubiese encontrado desprevenidos, los habría matado sin dejar uno. Hubo recio combate hasta la noche.





## CAPITULO VIII

---

SUMARIO : 1. Reduce Gil González al cacique Nicoyán, rebelde.—2. Gran lago en Nicaragua.—3. ¡Sin encontrar el estrecho!

**A**quí cuenta muchas cosas, que omito para que yo no te moleste á ti, y tú al Pontífice y á tus amigos. Infiérelas. Un puñado de los nuestros venció á muchedumbres muy grandes. Refiere con piadoso temor que les asistió Dios, Señor de los ejércitos, y los sacó sin novedad de aquel peligro.

El cacique Nicoyán, que había dejado á la espalda yendo en pos de la cambiada fortuna, y á cuyo territorio se había visto precisado á regresar, trataba asimismo de matarlos por quitarles el mucho oro que llevaban. Sospechándolo

Gil González, no se fió de Nicoyán. Formando los soldados y guardando las filas, y colocando los enfermos y el oro en medio del escuadrón, con los cuatro caballos y los diesisiete arqueros y arcabuceros rechazó el furor de los enemigos y mató á muchos. Pasó aquella noche sin dormir : apenas amaneció pidieron la paz ; les fué concedida, y se volvieron al puerto de San Vicente, de donde habían salido.

Encontraron que habían regresado las naves, que ya habían recorrido hacia Occidente unas trescientas leguas de mar desconocido, entretanto que el mismo capitán hacía estas investigaciones en lo interior. Y se habían vuelto, como él lo dice, para reparar otra vez en aquel puerto las naves.

2. Los alrededores de Nicoragua los describe así. Al lado interior del mismo palacio de Nicoragua dice que halló un lago de agua dulce tan largo que no pudieron explorar su fin, y cuenta que sus aguas experimentan flujo y refluj-

jo, por lo cual opina que debe llamarse mar de agua dulce, y dice que está llenó de islas. Preguntando á los indígenas dónde desagua, y si lo hace en el mar vecino, que dista tres leguas, declararon que no tiene salida ninguna, particularmente al próximo mar austral; pero dice que dejaron en duda si desagua ó no por otra parte. Por esto él es de parecer, conforme dice que lo tienen por seguro fundándose en la opinión de los marinos, que aquello es la aglomeración de aguas que se corresponden con el mar septentrional, y que allí se podrá encontrar el tan deseado estrecho.

3. Si deseas saber lo que yo opino en esto, digo, y sea dicho excusándole, que no ha encontrado el estrecho. Ya por ser las aguas potables, ya porque los naturales no saben que tengan salida, tenemos que continuar atormentados del mismo deseo (*de saber*) si estrecho alguno corta aquellos extensísimos territorios.



## CAPITULO IX

---

SUMARIO: 1. Quejas de Pedro Arias.—2. Pleito de los portugueses sobre las Molucas.—3. Nueva expedición al Oriente.—4. Las Juntas de Badajoz.—5. Alegato de los españoles.—6. Más pruebas en pro de España.

**P**ÁRATE un poco. Después de escrito esto, deteniéndose el correo, que ya casi estaba en marcha, se me ha presentado Diego Arias, hijo del gobernador Pedro Arias, trayendo consigo á aquel licenciado Espinosa de quien se habló en otra parte. Espinosa dice que Gil González ha defraudado al gobernador Pedro Arias y á él, que, según afirma, mucho antes descubrieron los dos aquellas regiones, y, pasando adelante, dejaron tranquilos á los caciques y á los naturales. Ambas par-



tes serán oídas. Lo que en nuestro Senado se indique para que lo sancione el César, lo sabrán algún día por ti los aficionados á estas cosas nunca tocadas; por ahora basta.

Si hay ocasión, dirásen mi nombre á nuestro Santísimo Clemente que le beso los pies. Los españoles formarán juicio de que Su Beatitud es de tanto valer y estimación cuanto él haga de ti; quien juzgan, por el largo trato que con ellos has tenido, que los que mucho son deben tenerte en mucho, según los buenos resultados obtenidos. Por la elección de ministros que hacen los príncipes, se pesan muchas veces los juicios.

2. He aquí lo tercero que ha ocurrido, por haberse detenido otra vez la posta, que me parece le ha de gustar á Su Beatitud el saberlo. En la Década dirigida á Adriano, en que va la descripción de las islas que producen los aromas, se habla de la cuestión promovida sobre estos descubrimientos entre los españoles que los hicieron y los

portugueses. Pensamos que tan ciertamente está aquello dentro de nuestros límites señalados por el Pontífice Alejandro, que para emprender otro viaje hemos construído con no mediano gasto, en el puerto cantábrico de Bilbao, seis naves, comprando las provisiones necesarias; y habíamos dispuesto que del puerto gallego de la Coruña, que conoces, destinado para tener el comercio de aromas, zarparan hacia el equinoccio de primavera; porque entre todas las costas septentrionales les cae más cerca y les es más cómodo á los mercaderes que vienen, y es de más seguro camino que si tuvieran que ir á la llamada casa de contratación de Sevilla, designada para las cosas de Indias, ó á Portugal por diferentes y largos rodeos de las costas.

3. Los portugueses, temiendo inmediata ruina de sus negocios si la cosa seguía adelante, pidieron con sumo empeño que no se les hiciera un perjuicio tan grande sin juzgar antes su derecho, porque están en

la persuasión de que aquellas islas Malucas fueron antes de ahora halladas y reconocidas por sus marinos, y de que caen, no en lo del César, sino dentro de sus límites de trescientas setenta leguas, mirando á sus islas llamadas Cabo Verde, y que Tolomeo apellida el promontorio Rifardino, y nosotros pensamos que son las Górgonas. El César, como amante que es de lo justo y de lo recto, más que no de las riquezas, principalmente tratándose de un rey pariente, que es primo suyo, y acaso, si valen los rumores que corren, va á ser pronto esposo de su hermana, ha accedido á lo que piden: que se delibere lo que sea de derecho. Las naves se están paradas; los preparativos no ganan nada; los hombres distinguidos y los subordinados escogidos para tal empresa, murmuran.

4. Se ha determinado que en la ciudad de Paz Augusta, en español llamada comúnmente Badajoz, se reúnan sabios de ambas partes, en Astronomía, Cosmografía, Náutica

y Derecho, para discutir el punto, porque aquí está la línea de Portugal y Castilla. Fueron los nuestros y vinieron ellos.

Desde primeros de Abril, ó próximamente, se comenzó á ventilar y discutir acerca de la propiedad. Los portugueses, como no les conviene consentir nunca ni un punto, declaran nulas las razones aducidas por los nuestros. Los castellanos quieren que la designación de trescientas setenta leguas deba comenzar desde la isla última de las Górgonas por el Occidente, que se llama de San Antonio, y dicen que dista nueve grados y medio de longitud del conocido meridiano de las Afortunadas; por el contrario, los portugueses están tenaces en que se debe calcular desde la primera isla, que llaman de la Sal, que ocupa la distancia de cinco grados de longitud.

5. Los castellanos prueban su derecho de este modo. Si un árbitro nombrado para dirimir cuestiones de vecinos sobre límites ha de juz-

gar el caso de que desde un predio conocido, y desde antiguo poseído por Juan, su vecino Francisco tiene cien pasos, nadie puede dudar que se ha de comenzar la medida desde el último límite del predio de Juan; pues si se comienza á medir desde el principio del predio, por precisión Juan habrá de perder el predio que posee, porque de esa manera queda incluído en el otro que se supone. Y así, dicen los castellanos: ó ceded el dominio de las Górgonas vuestras hasta el presente, ó por precisión habéis de consentir en que esta medida tiene que hacerse desde la última playa de ellas. Insistieron mucho tiempo, y no se concluyó nada; porque si los portugueses asintieran al parecer de los jueces castellanos, por necesidad habrían de confesar que no solamente las islas Malucas limítrofes (G. L. <sup>1</sup>) de la China y del gran golfo y promontorio de los Sátiros de Gilola

---

<sup>1</sup> No se adivina lo que deban significar estas abreviaturas.

(del cual se habló en la Década dedicada á Adriano, y que Tolomeo, según opinan la mayor parte, llama Gatigara), que desde las Afortunadas dista ciento setenta y cinco grados de la línea divisoria de los límites de ambos Reyes, sino también el Maluco lo tienen usurpado desde hace mucho tiempo, como arguyen los castellanos. Estos repiten que convencieron á los portugueses con autoridades de Tolomeo y demás autores que tratan de la longitud de los grados. Al oír esto los portugueses, se les erizan los pelos.

Además, los nuestros que han regresado de aquella larga navegación presentan, cual prueba patente de la obediencia ofrecida, cartas y dones magníficos del régulo principal de aquellas islas, en cuyo territorio cargaron de clavo la nave llamada *Victoria*, y los portugueses no exhiben pacto ninguno que hayan hecho con algún reyezuelo de aquellas islas; pero dicen que llegó á ellas el nombre de los por-



tugueses y que se vieron algunos en ellas. A esto, los nuestros confiesan que encontraron allá un portugués, pero fugitivo, que por delitos cometidos temía la sentencia de los jueces, y que no vieron ningún otro, ni señal alguna de otro comercio cualquiera. Lo que resolverá el César, previa consulta de nuestro Senado, todavía está en la alforja (*en la cartera de los secretos*). Muy duro será para los portugueses que se les corten los derechos á que están acostumbrados, y á nosotros no nos gustará malograr la ocasión de tamaño descubrimiento. Dios ponga su mano.

Ya, pásalo bien.

En Burgos, á 14 de Julio de 1524.







## CAPITULO X

---

SUMARIO: 1. Las conferencias de Badajoz. — 2. Dictamen favorable á España.—3. Amenazas portuguesas.—4. Á buscar un estrecho donde no le hay.

**P**OR varios piratas y por las hostilidades con el Rey de los franceses, la injuria de los tiempos nos ha cerrado los caminos tanto terrestres como de mar. Por eso, á petición tuya te envío por duplicado las novedades que ha habido acerca del Nuevo Mundo, añadiendo algo.

Para discutir la dicha cuestión con los portugueses, fueron enviados veinticuatro varones de reputación, seis de cada Facultad, es á saber: Astronomía, Leyes, Cosmografía y Náutica. A pocos de éstos conoces, y el Beatísimo Pontífice á ninguno. Todos han regresado.

De lo actuado en aquella Junta han dado cuenta extensamente á nuestro Senado, y después al César, en nombre de los demás, Don Fernando Colón, hombre erudito, hijo segundo de Cristóbal Colón, primer investigador de estas regiones, y tres jurisconsultos : el licenciado Acuña y el licenciado Manuel, aquél auditor del Real Senado, y éste de la cancellería de Valladolid, y juntamente el licenciado Perisa, según fama primer abogado de causas en la cancellería de Granada, los cuales hicieron la relación oyéndola los demás.

2. Se hizo lo que arriba he contado, y nada más: el día fijado por el César, que fué el último de Mayo, en el punto de un río llamado Caya que divide los términos de Castilla y Portugal, pronunciaron su sentencia los jueces árbitros castellanos destinados para eso, y los portugueses, á quien les tenía cuenta la dilación, no pudieron lograr que se retardara un día ni una hora el proferirla. La resolución fué que

las islas Malucas, á juicio de antiguos y modernos, se entiendan comprendidas más de veinte grados dentro de los límites españoles. Y no excluye el Maluco ó Taprobana, si es la que los portugueses llaman Zamatra (*Sumatra*).

Regresaron, pues, los portugueses cabizbajos, censurando todo lo hecho y sin ánimo de abandonar sus antiguas pretensiones. Y hemos oído que aquel Rey, ya un mancebo, ha enviado una gran armada, y van diciendo que echarán á pique la nuestra si se acerca. Por nuestra parte, el 30 de Junio, en nuestro Senado de las cosas de Indias, fuimos de parecer decrete el César que antes de que se acabe el próximo mes de Agosto se dé á la vela nuestra flota de seis naves, y no se la mandará entrar en lucha si se atreve á provocarla la de Portugal, que es más fuerte; estará en manos del César vengarse por tierra si tratan de faltarle por mar; pues Portugal, como bien lo sabes, es un rincón de Castilla y cier-

ta porción de la Lusitania , habiendo en ésta egregias ciudades: Medina del Campo, insigne emporio; Salamanca, junto con Avila; Segovia, Zamora, Toro, y el venturoso reino de Toledo , y otras muchas, comprendidas entre los ríos Ana (*Guadiana*) y Duero. Como lo he contado muchas veces en mis primeras Décadas, aquella región fué en lo antiguo un condado de Castilla, que un rey benigno se lo trasmitió libremente á un nieto con nombre de rey.

También se ha decretado que cierto Esteban Gómez, perito asimismo en el arte de mar, vaya por otra vía, por la cual dice que entre Bacalaos y Florida, ya de antiguo tierras nuestras, encontrará camino para Catay. Se le está preparando una sola nave carabela; pues no llevará más orden que ver si en las varias revueltas y vastos rodeos de este nuestro océano se encuentra salida para ir al que comúnmente llaman el Gran Can.





## DÉCADA SÉPTIMA

*Al Vizconde Francisco Maria Sforzia*

DUQUE DE MILÁN

---

## LIBRO PRIMERO

---

### CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO : 1. Introducción.— 2. Noticias generales.  
3. Arbol que cura las heridas.

**A**L frente de mis Décadas del Nuevo Mundo iba el nombre del tío paterno de Vuestra Excelencia, el vicecanciller Ascanio, que fué Príncipe muy distinguido entre los cardenales y por ninguno aventajado, porque con reiteradas súplicas me mandaba que pusiera en conocimiento de Su Excelencia lo que sucediera en estas regiones occidentales. De ello pon-

go por testigo á ese marino Caracciolo, varón insigne en toda virtud y hombre de gran experiencia electo, Protonotario apostólico, catinense, actualmente legado del César Carlos en tu corte, el cual era secretario de tu tío cuando el océano nos abría sus puertas cerradas desde el principio del mundo hasta estos nuestros tiempos. El dice que recibió mis (*libros*) entonces á nombre de su amo, y que escribió las respuestas dictándole él.

Muerto Ascanio, y cayendo yo en la pereza porque nadie me estimulaba, el rey Federico, antes de que la fortuna de madre cariñosa se le volviera áspera madrastra, recibió segundas ediciones por medio del cardenal de Aragón, su primo. Después los soberanos Pontífices León X, y luego su sucesor Adriano VI, estimulándome con cartas y diplomas de pergamino (*Breves*), recibieron el conjunto de las Décadas que corren, aconsejándome que librara del olvido tan grandiosos acontecimientos.



A tí, Príncipe ilustrísimo, que naciste tarde y subiste tarde al trono de tus mayores, te diré las cosas que han sucedido más tarde. A petición de Camilo Gilino, secretario de Vuestra Excelencia ante el César, dejo de enviar estas narraciones á otros príncipes y las dirijo á Vuecelencia, señor de mi patria. Una y muchas veces me ha repetido con juramento que entre el torbellino de los negocios que acosan á Vuesa Excelencia, le ha de ser (*esto*) alivio gratísimo de cuidados.

Desde la primera y grande muestra de munificencia que nos hizo el océano por obra de Cristóbal Colón, la vuelta á la vida de todo lo que estaba perdido, hasta estas narraciones, Santiago Pierio, cuando su amo, elegido Protonotario catinense, marchaba de esta legación hacia vosotros en nombre del César, se lo llevó todo en un paquete para presentárselo al Pontífice Adriano, de las cuales cosas parte se habían divulgado por la industria de los calcógrafos, parte las

copiaron á mano de mis originales. Ahí en tierra de Vucencia está con el mismo amo: pídasele cuenta de lo pasado; si no la da, lo hará muy mal.

2. Recorramos ahora lo nuevo que ha dado á luz el fecundo océano, poniendo antes un breve epílogo acerca de lo pasado; pues este nuestro océano es más fecundo que la marrana de Albano, que cuentan parió treinta de una vez; y más generoso que un príncipe que lo sea: como que cada año nos descubre nuevas tierras, nuevas naciones y riquezas inmensas.

Bastante llevo ya dicho de la Española, reina de toda aquella inmensa extensión, donde reside el Senado que da la ley á las demás; y de Jamaica y de Cuba, que con nuevo nombre se llama Fernandina, y de las otras islas elíseas que dentro del trópico de Cáncer extienden sus costados al equinoccio; donde ninguno del pueblo advierte en todo el año la diferencia del día y de la noche; donde no hay moles-

to verano ni invierno rígido; donde todo el año están frondosos y á la vez cargados de fruta los árboles, ni faltan en todo año legumbres, calabazas, melones, cohombros y demás hortalizas; donde los ganados y rebaños llevados de aquí (pues no hay en las islas ningún cuadrúpedo indígena), tienen partos más fecundos y mayor cuerpo. Y asimismo (*se ha dicho bastante*) del creído continente que en su longitud de Oriente á Occidente es tres veces más que toda Europa, y por algunas partes no es menos extenso de Septentrión á Mediodía, aunque en otras se estrecha en angostos istmos.

El territorio aquel del creído continente se extiende desde el grado quince del polo ártico, corta ambos trópicos y el ecuador hasta cuarenta y cuatro grados del polo antártico, donde, al tiempo que las Orcadas gozan del verano, á ellos les hace tiritar el apretado hielo, y viceversa. Esto podrá comprenderlo Vuecelencia por la explicación que

compuse para el Pontífice Adriano, que se la llevó á Roma con lo demás, y por el pequeño mapa de pergamino que entregué á vuestro embajador Tomás Maino cuando marchaba de aquí. En él verá la situación de todas aquellas regiones con sus islas adyacentes. Ahora volvamos á lo reciente.

A los costados septentrionales de la Española y de Cuba, alias Fernandina por el rey Fernando, hay tanta abundancia de islas, notables unas y otras no, que yo mismo, á cuyas manos viene todo lo que allí resulta, apenas me atrevo á creer el número que dicen. En más de veinte años que los españoles habitantes de la Española y de Cuba las han recorrido, dicen que llevan reconocidas cuatrocientas seis, y han sometido á servidumbre cuarenta mil (*indios*) de ambos sexos por la insaciable sed de oro, conforme se dirá abajo con más extensión. A todas las llaman con el mismo nombre *Yucaías*, y á sus naturales *yucayos*.

La mayor parte de esas islas tienen árboles de maravillosa utilidad, que nacen espontáneamente; nunca se les cae la hoja, y si la mayor parte de ellas se caen de viejas, no por eso queda desnudo nunca el árbol, pues antes brotan las nuevas que languidezcan las viejas.

3. Entre otros, les ha dado la naturaleza dos árboles muy célebres y dignos de mención. Llaman al uno *jaruma*: al otro no le han puesto nombre.

El jaruma se parece á la higuera, igualmente frondoso y más alto que el álamo, ni sólido como los demás árboles, ni hueco como la caña, más bien como la cañaheja y el saúco. Cría una fruta de palmo y medio, blanda como el higo, de buen sabor y saludable para curar las heridas: las hojas tienen eficacia maravillosa.

Pruébanlo con un ejemplo ciertos varones graves. Riñendo dos españoles, se daban sablazos: uno de ellos, de un tajo, casi le quitó á su enemigo el hombro y el brazo,

sosteniéndose apenas el miembro bajo la piel exterior con los tendones. Acudió corriendo una vieja yucaya, restituyó á su sitio el miembro desprendido, y aplicándole la medicina de aquel árbol, y no otra alguna, majando hojas se las puso encima, y cuentan que á los pocos días vieron al hombre aquel sin novedad. Los amigos de buscar nudos en el junco murmuren como quieran; yo creo que en la naturaleza pueden hacerse estas cosas y otras mayores. La corteza de este árbol cuentan que es resbaladiza y lisa, y que no siendo sólida, sino de medula, fácilmente se saca.







## CAPÍTULO II

---

SUMARIO: 1. Desesperación de los lucayos. — 2. Hazaña marítima de uno. — 3. Especies. — 4. Las mujeres lucayas. — 5. Monarquía y comunismo. — 6. Piedras preciosas.

**P**OR eso oiga Vuestra Excelencia un caso muy digno de contarse, pero desgraciado para el artífice. Los yucayos arrancados de sus moradas, viven desesperados; muchos murieron en la inercia, absteniéndose de comer, ocultándose por valles intransitables, bosques desiertos y ásperas rocas; otros pusieron fin á la vida que aborrecían. Pero los que tenían más valor preferían vivir, con esperanza de recobrar su libertad. La mayor parte de éstos, acaso los más dispuestos, si tenían



ocasión de huir se iban á la parte septentrional de la Española, donde soplaban los vientos de su patria y podían mirar á la constelación Osa; allí, extendiendo los brazos y abriendo la boca, parecía querían absorber anhelantes el hábito patrio, y la mayor parte, decaído el ánimo, languidecían y caían exánimes de necesidad.

2. Uno de éstos, más amante de la vida, había sido en su patria carpintero de construir casas, que aunque no tienen hierro y acero, se procuran segures de piedra y demás instrumentos de que servirse. Este acometió una empresa difícil de creer. Cortó una viga del árbol jaruma, y la vació sacándole el corazón; puso en ella granos de maíz y calabazas llenas de agua, dejando fuera un poco para el camino. Carenó ambas caras del árbol, echó al mar la viga y se subió en ella. Admitió á otro hombre y una mujer, parientes suyos que sabían nadar, y remando empujaron la viga hacia su patria. Esta magní-

fica invención la empezó el infeliz con mala suerte: á unas doscientas millas dieron con una nave que volvía de Chichora, de la cual hablaremos en su lugar; los españoles se trajeron á su nave la presa, llorando; llevaron la viga á la Española, que fué testigo de tal hazaña, y usaron del mísero avío reunido. Muchos varones graves dicen que vieron la viga, y que hablaron con el arquitecto que la fabricó (*el indio carpintero*). Basta ya acerca del árbol jaruma y sus circunstancias.

3. Hay otro árbol muy parecido al manzano púnico (*el granado*), que no es mayor que él pero sí mas frondoso: de su fruto no dan razón ninguna. De la corteza que se le quita al árbol, al modo que todos los años se descorteza el alcornoque para hacer calzado, y no por eso perece ni deja de criar agallas, como se cuenta asimismo del árbol de la canela, dicen cosas casi increíbles; yo sí las creo, que mordí la corteza traída de la Española,

donde este árbol se cría también á cada paso, de la cual envié un cacho á tu tío, Ascanio Sforzia, cuando Colón, primer descubridor de estas regiones, al volver de su primera navegación me dió parte de muchas cosas nuevas. Al fin del capítulo segundo de mi *Década* primera se encontrará hecha mención de esto; aquella corteza tiene el sabor de la canela, el amargor del jengibre y el delicado olor del clavo.

Por desidia nuestra buscamos aromas extraños, de que no tenemos necesidad si usáramos los que se crían comúnmente en nuestras islas. Algún día se usarán, sin duda. Sólo el hambre cruel del oro se ha llevado el amor de los españoles; otras cosas verdaderamente preciosas y útiles se dejan abandonadas como de ningún valor.

¿Y qué diremos de nuestra pimienta, que envié juntamente á Ascanio, y nace entre ellos como las malvas y las ortigas entre nosotros, hasta causar molestia? Moliéndola

todos los isleños y revolviéndola en agua, se la echan al pan que comen. Dicen que la hay de cinco clases, que ésta es más cálida que la del Malabar y el Cáucaso, y donde no bastarían veinte granos de aquélla bastan cinco de ésta, y hacen más sabroso el caldo de la carne que veinte granos de los otros. Es tanta la insensatez del linaje humano, que tiene tenazmente por más delicado y útil lo que es más difícil de conseguir. Este árbol sólo es notable por la corteza: despide su delicado olor y aromas deliciosos á distancia de muchos estadios, y extiende sus anchas ramas: es muy común en las islas Yucayas. En sus ramas anida tanta muchedumbre de palomas, que los habitantes de la grande isla y la Tierra Florida, próximas, que pasan á cazar palomas, se vuelven con las naves cargadas de pichones.

Sus bosques están llenos de vides silvestres, que trepan por los árboles, como alguna vez lo hemos dicho de los de la isla Española.

4. Cuentan que las mujeres yucayas eran tan hermosas que, enamorados de su belleza muchos naturales de las tierras comarcanas, dejando los propios lares por amor de ellas, la eligieron por patria. Por eso dicen que muchas de las islas Yucayas tienen costumbres más civilizadas que no las que distan más de la Florida y de *bimini* <sup>1</sup>, territorios más cultos.

Es gracioso lo que se cuenta del modo de vestir que tienen las mujeres, pues los hombres van desnudos, á no ser que salgan á la guerra, ó cuando en los días festivos, dedicados á bailes y danzas, se ponen vestidos de plumas de varios colores, y penachos para elegancia. Las mujeres, en los años de

---

<sup>1</sup> No es fácil adivinar el sentido de esta palabra, ni la probable errata: *vimen* es mimbre. Las muchísimas erratas, la pésima ortografía, y sobre todo la muy perturbadora puntuación de ediciones hechas en la infancia de la imprenta, ocasionan dificultades apenas superables dada la índole de la lengua latina y su hipérbaton. Lo difícil no es la traducción, sino la lectura. Los doctos que se tomen el trabajo de comprobar, verán que me quedo corto al decir esto.

muchachas, no llevan absolutamente nada hasta la menstruación; desde entonces se cubren las ingles con unas redecillas de pelusa, en que ingieren ciertas hojas de hierbas. Llegada la menstruación, sus padres, como si las fueran á casar con el marido, convidan á los vecinos y hacen todos las señales de alegría, mas no cubren nada mientras son casaderas; pero cuando han perdido la virginidad usan enaguas hasta la rodilla, hechas de varias hierbas resistentes ó de algodón que nace allí espontáneo, de lo cual sacan hebras hilando, las unen y entretejen, aunque van desnudos; sin embargo, para adornar los aposentos y para sus lechos colgados que necesitan, hacen colchas, que ellos llaman hamacas.

5. Tienen reyezuelos, y les obedecen con tanta reverencia que, si él mandara á alguno precipitarse de alta roca ó de cualquier picacho, sin dar otra razón más que decirle: «mando que te tires», sin tardanza cumplen la orden del caci-



que. Pero óigase la extensión que tiene la regia potestad. El rey no tiene ningún otro cuidado más que sembrar, cazar y pescar. Todo lo que se siembra, todo lo que se planta, ó se pesca ó se caza, todo lo que se hace por otras artes, se hace al arbitrio del rey. Él reparte á su arbitrio esos ejercicios á cada individuo. Recogidas las cosechas, se juntan en los graneros del rey; de allí se reparten todo el año para uso del pueblo, según la familia de cada uno. Es, pues, el cacique, como el rey de las abejas, ecónomo y repartidor de su grey; estaban en la edad de oro, no había mío y tuyo, semillas de discordias. El tiempo que les sobraba de sembrar y recoger, lo empleaban en jugar á la pelota, danzar, cazar y pescar. De fueros judiciales, de pleitos, disputas y riñas entre los vecinos, no se hacía mención: teníaase por ley el arbitrio del cacique. Lo mismo se observaba en las demás islas, y en todas se contentaban con poco.



6. Debajo del agua encuentran cierto género de joyas que ellos estiman mucho, de conchas rojas (*coral?*), que llevan colgado á las orejas. Pero sacan otro más precioso de grandes conchas de caracol, cuyas carnes son rico manjar. En el cerebro de cada concha encuentran piedrecitas transparentes, rojas y brillantes; los que han visto algunas, afirman que no son de menos valor que el piropo brillante, llamado comúnmente rubí. A la concha ésa le llaman *cohobo*, y á su piedrecita *cohibici*.

También buscan en tierra unas piedrecitas brillantes de color amarillo y negro, de que llevan collares y alhajas para adornarse los brazos, el cuello y las pantorrillas, aunque van desnudos.

Ahora hablaremos de su situación; después un poco de su ruina.







## LIBRO II

---

### CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Las islas Lucayas.—2. Iniquidad pirática de algunos españoles.—3. Se reprueba.

**L**os nuestros son de opinión, por conjeturas, que las Yucayas estuvieron unidas en otro tiempo á las demás grandes islas, y los indígenas declaran que así lo creyeron sus antepasados; pero que, por la fuerza de las tempestades, poco á poco se fué separando la tierra una de otra, entre-metiéndose el mar, como del estrecho de Mesina, que separa de Italia la Sicilia, opinan los autores, que

en otro tiempo era una tierra contigua. También vemos á cada paso que en algunos lugares ha crecido la tierra y crece cada día y empuja al mar, como en las ciudades de Rávena y Padua, que tenían próximo el mar, y ahora muy retirado, así al presente en muchos sitios hay mar donde solía haber tierra. Así, pues, se podrán formar conjeturas por semejanza.

Refieren que la mayor parte de estas islas fueron en lo antiguo muy abundantes de productos varios; y digo que fueron porque al presente están desiertas, conforme se dirá en su lugar. Dicen que cada una de las Yucayas tienen de ámbito de doce á cuarenta millas, y que ninguna es mayor, como se lee de las Stróphadas y Simplégadas de nuestro mar, destinadas para los romanos que desterraban, Giara, Seripho y otras muchas islas pequeñas. Mas éstas confiesan que estuvieron en otro tiempo llenas de habitantes, pero ahora desiertas, por cuanto de su espesa muchedumbre

dicen que fueron llevados los infelices isleños á la triste ocupación de las minas de la Española y la Fernandina, faltando sus habitantes por haberse consumido un millón y doscientos mil, ya por varias enfermedades, ya de necesidad, ya del excesivo trabajo. Causa pena contar esto, pero es preciso decir la verdad. De su ruina de entonces se tomaron venganza los yucayos, en cierta ocasión, matando á los raptos, según extensamente lo conté en las primeras Décadas.

2. Por codicia, pues, de coger yucayos, al modo que los cazadores persiguen á las fieras por los bosques de las montañas y por los lugares palustres, así ciertos españoles, construyendo dos naves á expensas de siete hombres, desde el puerto llamado Puerto Plata, sito en el lado de la Española que mira al Septentrión, pasaron á las Yucayas á caza de hombres hace tres años; aunque yo escribo ahora esto, rogándome Camilo Gilino que rebuscara en mis estantes algo ori-

ginal no dado á luz acerca de estos descubrimientos, para enviárselo á Vuestra Excelencia. Fueron, pues, aquéllos; investigaron todas aquellas islas sin encontrar presa, porque sus convecinos, habiéndolas explorado muy bien tiempo antes, las habían devastado. Porque sus consocios no hicieran burla de ellos si se volvían sin nada á la Española, dirigieron las proas á la osa bootes (*constelación*). La mayor parte dicen que mintieron al afirmar que habían escogido por su gusto aquel rumbo, sino que una tempestad que de repente les sobrevino y duró dos días, les echó frente á la tierra que describimos, habiendo visto de lejos un alto promontorio.

Cuando los nuestros se aproximaban á la playa, estupefactos los indígenas de tal portento, creyeron que había ido hacia ellos algún monstruo, porque ellos no usan embarcaciones. Con el anhelo de verlo, primero, corriendo á porfía acudieron á la costa; de seguida hu-



yeron todos más ligeros que el viento de los que desembarcaban en los botes, y dejaron la playa desierta. Los nuestros siguieron á los fugitivos, y se adelantaron al pelotón algunos jóvenes corriendo más aprisa: cogieron á dos, un hombre y una mujer, que corrían menos, y llevándolos á las naves, los vistieron y los soltaron. En vista de aquella liberalidad, los indígenas llenaron de nuevo la playa. El rey de ellos, al tener conocimiento de lo benéficos que eran los nuestros, y viendo los vestidos nuevos y preciosos que nunca jamás habían visto, porque se cubren la mayor parte con pieles de leones ú otras fieras, envió á los nuestros cincuenta familiares suyos cargados de provisiones del país. Cuando salieron á tierra, los recibió amistosamente y con reverencia; y deseando ellos ver los alrededores, les dió quien les acompañase y guiara. Adonde quiera que se encaminaban, los indígenas, llenos de admiración, les salían con regalos



como á divinidades adorables, particularmente cuando los veían con barbas y lanzas , y cubiertos con vestidos de seda.

¿Y qué? Al cabo los españoles violaron la lealtad del hospedaje; pues cuando lo hubieron registrado todo cuidadosamente, con astucia y varias mañas procuraron que un día fueran muchos á ver las naves, que se llenaron de espectadores. Así que las tuvieron llenas de hombres y mujeres, levantando anclas y extendiendo las velas, se los llevaron para esclavos, llorando. De este modo , todas aquellas regiones de amigas las dejaron enemigas , y de tranquilas alteradas, quitando los hijos á sus padres y los maridos á las mujeres.

3. Pero de las dos naves, sólo una se salvó; la otra no se volvió á ver más : conjeturan que se fué á fondo con inocentes y culpables porque era vieja. Aquel despojo incomodó sobremanera al Senado de la Española. Por entonces no los castigaron ; habiendo deliberado

sobre devolver la presa, no se llevó á cabo nada en vista de la dificultad de hacerlo, en particular por haberse perdido la una embarcación.

Ciertas particularidades de estas las he sabido por un varón sabio y sacerdote jurisconsulto, que se llama el Bachiller Alvarez de Castro, el cual, por su saber y buenas costumbres, fué nombrado Deán de la episcopal de la Concepción en la Española, y además Vicario, y juntamente inquisidor de la herejía, á quien se le debe dar fe más libremente. Como Plinio en la descripción de Taprobana, en el principado de Claudio, dice que, oída la fama de los romanos, se debía dar fe al embajador enviado con tres compañeros por aquel rey y llamado Rhachia, así también yo, en las cosas que me ponen en duda, doy fe á los hombres de autoridad.

Este mismo, tras varias quejas contra aquellos raptos, dice que las mujeres de allí traídas se visten con pieles de león, y los hom-

bres con las de otras fieras cualesquiera, y que aquella raza de hombres son blancos y más altos que la común estatura de los hombres. Dice que, habiéndoles dejado sueltos, se les encontraba por los estercoleros buscando entre los fosos de delante la muralla, los cadáveres podridos de los pollinos para comérselos, y que al fin se murieron de pesadumbre la mayor parte. Los que quedaron los repartieron entre los ciudadanos de la Española para que se sirvieran de ellos según costumbre, ora en casa, ora en las minas ó en la agricultura.





## CAPITULO II

---

SUMARIO: 1. Noticias sobre las Lucayas y sus habitantes.  
—2. Su rey gigante, y los hombres sirviéndole de caballos.—3. La cria de ciervos en casa.—4. Alimentos.

**V**OLVAMOS á su patria, de donde nos hemos salido. Opino que aquellas tierras son las de Bacalaos, descubiertas hace dieciséis años por Caboto de Inglaterra, ó contiguas á ellas, de las cuales en otro lugar hemos hablado largamente. Ahora hay que tratar de su situación con respecto al cielo, sus ritos, producciones y costumbres.

Afirman que caen á la altura de los mismos grados polares y los mismos paralelos que la Vandalia de España, vulgo Andalucía. En el

espacio de pocos días reconocieron la mayor parte de las regiones, quedándose en un golfo que se mete mucho en tierra, donde echaron anclas. Las principales son Chicora y Duhare. De los chicoranos dicen que son algo morenos, como nuestros labradores abrasados del sol en verano. Los hombres llevan su pelo negro hasta la cintura; las mujeres más largo, en rizos; uno y otro sexo se ata la cabellera; son imberbes, no se sabe si por naturaleza, ó por arte aplicándose algún género de medicina, ó si se arrancan los pelos á estilo de los tenustitanos. Como quiera que sea, les gusta mostrarse pulidos: y cito por testigo á otro de no menos autoridad entre los seglares que aquel Deán entre los ordenados: llámase el licenciado Lucas Vázquez Ayllón, de la ciudad de Toledo, y uno de los senadores de la Española, partícipe en costear aquellas dos naves. Enviado desde la Española por procurador á nuestro Senado de las cosas de Indias, vino y pidió

con insistencia se le diera permiso de volver á aquellas tierras para fundar en ellas una colonia.

De los chicoranos sacados de ella se trajo uno que le sirva; y bautizado se llama Francisco, y el apellido lo toma de su patria Chicora. Mientras se detenía atendiendo á los negocios, los tuve alguna vez convidados al amo Ayllón y á Francisco Chicorano, su sirviente. No es tonto este Chicorano, ni deja de saber bien, y ha aprendido con bastante facilidad el idioma español. Así, pues, voy á contar las cosas, ciertamente admirables, que me manifestó el propio licenciado Ayllón, que las tenía escritas según la relación de sus compañeros, y las que de palabra declaró Chicorano. Cada uno, según su entender, dé crédito ó niéguelo á las cosas que voy á referir. Es una peste nativa del linaje humano la envidia, que nunca cesa de arañar, é induce á buscar espinas en los campos ajenos por más limpios que estén. Esa peste se ceba principal-



mente en los que son romos de ingenio, y en los que, teniéndolo bueno, pasan una vida holgazana cual pesos inútiles de la tierra, sin cultivar las letras.

Dejando, pues, á Chicora, fueron al otro lado de aquel golfo, y aportaron en la región llamada Du-hare. Los naturales de aquí dice Ayllón que son blancos, y lo afirma el moreno Francisco Chicorano, y tienen el pelo rubio que les llega hasta los talones; tienen un rey de talla gigantesca, que se llama Datha, y cuentan que no es mucho menor que él su mujer, la reina: cinco hijos les han nacido. En vez de caballos, se sirve el rey de jóvenes altos, que, en hombros, le llevan corriendo y le vuelven á donde le agrada.

Aquí varios me han hecho vacilar en contar esto, particularmente el Deán y Ayllón; pues habiendo el uno dicho que los jóvenes, el otro sostiene que eran caballos. El Deán dice que no habló con ninguno que hubiera visto caballos; Ay-



llón afirma que lo oyó á muchos, y Francisco Chicorano, aquí presente, no nos ha resuelto la cuestión. Si se me pregunta lo que opino, yo no creo que aquella gente tan bárbara é inculta tenga caballos.

3. Cerca de ésta hay otra región que se llama Xapida, la cual dicen que cría perlas y otra especie de piedras preciosas de la tierra, que ellos aprecian mucho, y son semejantes á las perlas. En todas las tierras que recorrieron hay rebaños de ciervos como de bueyes entre nosotros. Paren en casa y crían: de día andan sueltos paciendo por los bosques; por la tarde vuelven á ver los cervatillos retenidos en casa, y se dejan encerrar dentro de los corrales y ordeñar cuando han alimentado á sus crías. No tienen ninguna otra leche, ni queso de otra.

4. Crían muchas clases de aves, gallinas, ánades, patos y otras semejantes. Su pan es el maíz, como entre los isleños; no tienen la raíz yuca de que se hace el cazabi, que

es el pan de los pudientes. El grano de maíz es muy semejante á nuestro panizo de Lombardía, pero tiene el tamaño de la legumbre guisante. También siembran otra clase de cereal que llaman xathí, y se cree que es el mijo; esto no lo afirman por cierto, principalmente porque pocos castellanos saben lo que es el mijo, supuesto que en Castilla no se siembra en parte alguna. De batatas tienen diversas clases, pero menudas. Son las batatas unas raíces que se comen, como entre nosotros los rábanos, zanahorias, pastinacas, nabos y rapos. De estas cosas, de la yuca y demás comestibles, se ha dicho de sobra en las primeras Décadas.





## CAPÍTULO III

---

SUMARIO: 1. Isla de sacerdotes: su intervención en la guerra.—2. Costumbres de aquellas islas.—3. Fábula de hombres con rabo.

**S**OMBRAN otras muchas regiones que piensan están bajo el gobierno del mismo rey: Hitha, Xamunambe y Tihe.

Los de ésta llevan vestidura sacerdotal, son tenidos por sacerdotes y les veneran las otras regiones vecinas. Los naturales de ésta se cortan el cabello, dejándose solamente dos mechones que les cuelgan de las sienes, y se los atan por debajo de la barba. Cuando, según la pestífera costumbre que los hombres tienen, van á la guerra contra sus vecinos, ambas partes lle-

van á éstos al campamento, no para que ellos peleen, sino para que presencien la lucha. Así que ya están próximos á venir á las manos, sentándose todos ó tendiéndose en el suelo, los rocían con el jugo de ciertas hierbas que magullan con los dientes, al modo que nuestros sacerdotes hacen la aspersión con un ramo humedecido (*el hisopo*) á los que van á Misa; y verificada aquella ceremonia, saltando de repente se lanzan contra sus enemigos; pero los dichos se quedan cuidando de los campamentos. Acabada la lucha, curan á los heridos sin distinción de amigos y enemigos, y cuidan de enterrar los cadáveres de los muertos. Estos no comen carne humana; á los prisioneros de guerra, la parte vencedora se los queda de esclavos.

2. Recorrieron los españoles muchas pequeñas regiones de aquella gran provincia, entre las cuales nombraron á éstas: Arambe, Guacaya, Cuoathe, Tanzaca y Pahor: sus habitantes son algo morenos.

Ninguna de ellas posee letras, sino que celebran con ritmos y cantos la memoria hereditaria de las antigüedades que les dejaron sus mayores; se ejercitan en danzas y bailes; gustan del juego de pelota, en el cual son muy diestros. Las mujeres hilan y cosen, aunque la mayor parte se visten con pieles de fiera; sin embargo tienen algodón, que nuestros lombardos llaman *bombaso*, y de las películas de ciertas hierbas resistentes sacan hebras, como es entre nosotros el lino y el cáñamo.

3. Otra región hay que se llama Yuciguaním. A ésta, dicen los indígenas por relación de sus antepasados, que arribó en otro tiempo, por el mar, una gente con cola, larga de un palmo y de recia como el brazo, que no era movable como la de los cuadrúpedos, sino tiesa en redondo, como la vemos en los peces y en los cocodrilos, y que se extiende en duros huesos; por lo cual, cuando querían sentarse, empleaban asientos con agujero, ó á

falta de ellos, excavando el suelo hasta hacer un hoyo de un palmo ó poco más, tenían que meter allí la cola para descansar; charlan que la gente aquella tenían los dedos tan anchos como largos, y el pellejo áspero casi con escamas; que solamente solían comer pescado crudo, y que, faltándoles, se murieron todos sin quedar uno, ni dejar prole ninguna.

Estas y otras muchas tonterías semejantes cuentan entre ellos que les dejaron sus abuelos y progenitores. Pasemos á sus ceremonias y ritos.







## LIBRO III

---

### CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Dos fiestas religiosas anuales.—2. Otra de difuntos.

No tienen templos, y veneran por tales las casas de los reyes, de lo cual presentan un ejemplo. Dijimos que en la provincia de Duhare es rey un gigante llamado Datha. En el palacio de éste, que es de piedra, cuando las demás casas son de vigas puestas de punta y están cubiertas de paja ó hierbas, encontraron dos simulacros de hombre y de mujer, de la altura de un niño



de tres años, que con un solo nombre les llaman Juamaharí. Las imágenes tienen su casa en el palacio: se las ve dos veces al año, una al tiempo de la siembra; se les pide que comiencen bien y con felicidad los sembrados, y que prosperen: otra vez á la siega, en acción de gracias si ha salido bien; si no, para que mejore, y aplacándose los dioses otro año se muestren más propicios. Sacan los simulacros con pompa solemne y gran concurso del pueblo, pero no vendrá mal oír cómo lo hacen.

La noche precedente á la fiesta de la adoración, el mismo rey, poniendo su cama en la habitación de las imágenes, duerme delante de ellas. Al hacer de día, acude el pueblo. El rey saca en brazos las imágenes apoyadas contra el pecho, y desde alto las enseña al pueblo, que con temor y reverencia, arrodillado ó postrado, saluda á gritos juntamente á los simulacros y al rey. De seguida, bajándose el rey, con unos lienzos de algodón

lindamente elaborados á su estilo, las sujeta al pecho de dos ancianos de reconocida autoridad; que las sacan adornadas con un vestido de plumas de diversos colores, y las acompañan á campo raso con himnos y cánticos, bailando las doncellas y danzando los jóvenes, y á nadie le es permitido quedarse en casa entretanto, ni estar en otra parte; nota de hereje contraería, no sólo quien faltara, sino quien hiciera la ceremonia con frialdad ó descompostura.

Durante todo el día están los hombres acompañando á las imágenes, y toda la noche las mujeres, que no duermen, dando todas las muestras de alegría y adoración. Por fin, al día siguiente, las vuelven al palacio con el mismo orden que las sacaron. Esto tocante á simulacros, de quien piensan que alcanzarán la fecundidad de los campos, la salud de los cuerpos, la paz, ó la victoria en la guerra, si les sacrifican con reverencia y debidamente. Estos hacen sus

ofrendas con comidas hechas, al modo que la antigüedad, con harina. Respecto de las cosechas de los campos, piensan que son escuchadas sus oraciones, particularmente si van mezcladas con lágrimas.

Hay cada año otro día de fiesta, en el cual colocan en el campo una estatua medio tosca que la fijan en el suelo sobre una viga alta, con el mismo acompañamiento de las anteriores, y rodean la primera viga con otros palos menores clavados (*en el suelo*). El pueblo, según las facultades de cada uno, cuelga en los palos, para la deidad, multitud de dones que por la noche se reparten entre sí los principales, como nuestros sacerdotes las tortas ofrecidas por las mujeres, ú otros cualesquier dones.

El que honra á la deidad con mejores ofrendas, es tenido por de más reputación. Para recibirlas hay testigos presentes, á modo de notarios, que, acabadas las ceremonias, relatan lo que ha dado cada cual; y excitados con esta am-

bición, cada uno procura á porfía aventajar á su vecino. Desde que sale el sol hasta la tarde danzan alrededor de la estatua, ensalzándola con muy varios cantares; y al primer crepúsculo de la noche, bajándola de la viga, si son de la playa, la tiran de cabeza al mar; si habitan junto á los ríos, la sumergen en ellos, y ya no se la ve más: cada año vuelven á hacer una nueva.

2. El tercer día de fiesta es otro en que, desenterrando los huesos de cierto cadáver antiguo, levantan en el campo una tienda de madera, á estilo de las de campaña, pero con el vértice descubierto para que se pueda ver el cielo. Levantando un tablado en medio del pabellón, ponen los huesos exhumados. Rodéanlo las mujeres solas llorando, y cada una ofrece dones en proporcion de los bienes que tiene. Al día siguiente los vuelven á la sepultura, y son tenidos por cosa sagrada. Enterrados los huesos, ó cuando están para enterrarlos, el sacerdote

principal, perorando desde cierta tribuna rodeado de todo el pueblo, predica en su mayor parte las alabanzas del muerto; después varias cosas sobre la inmortalidad de las almas, y después, adónde van. Dice que primero van al helado ártico y á las regiones de apretadas nieves, y que se purifican en poder del rey, señor de aquellas tierras, llamado Mateczungua, y que después pasan á las regiones australes, bajo el poder de otro gran príncipe llamado Quexuga, el cual, suave y munífico pero cojo, les hace mil caricias.

Imbuyen al pueblo que las almas gozan eternamente de aquellas delicias, entre danzas y cantos de las jóvenes, abrazando á los hijos y lo que quiera que antes hayan amado, y disparatan que allí los viejos rejuvenecen, de suerte que todos tienen la misma edad, llena de goces y de alegría. Estas cosas se transmiten de viva voz de mayores á menores, cual sacratísima y verdadera historia; el que parecie-

ra sentir de otro modo, sería arrojado de la sociedad de los hombres. Piensan también que viven hombres sobre la rueda de los cielos, y no tienen duda alguna de los antípodas. Creen que hay dioses en el mar, como la embustera Grecia decía osadamente niñerías sobre sus nereidas y dioses marinos y el verdoso Forco.

Acabado de predicar esto, al retirarse el pueblo parece que los purifica y los absuelve de sus faltas, aplicándoles á las narices el humo de ciertas hierbas, hablando entre dientes, halentando sobre ellos y soplándoles.

De aquí el pueblo se retira contento á sus casas, creyendo que las funciones de aquel embaucador tienen que ver, no solamente con el alivio del alma, sino también con la salud del cuerpo.







## CAPÍTULO II

---

SUMARIO : 1. Á la muerte del cacique.—2. Costumbres.—3. Sus medicinas.—4. Ridículos saludos.—5. Cómo hacen gigantes á los reyes.

**A**MBIÉN embaucan al ignorante vulgo con otro engaño cuando se muere su príncipe. Haciendo que no queden testigos junto al moribundo, están ellos allí, y con sus arterías fingen ocultamente que exhala chispas y pavesas como la lumbre cuando se atizan los tizones, ó los papeles azufrados cuando se tiran en alto por entretenimiento. Aquéllas imitan un poco á las exhalaciones volantes<sup>1</sup>, que el pueblo juzga estre-

---

<sup>1</sup> No se adivina qué otra cosa puedan significar las palabras *saltantes capreas*.



llas que caen, cuando discurren por el aire y luego se disipan; pues en el momento que el príncipe entrega el alma, aquella llama de chispas se eleva con horrible estallido á la altura de tres brazas, y allí se acaba. A esa llama la saludan como alma del difunto, y le dicen el último adiós. En esta persuasión, la acompañan con llantos, lágrimas y alaridos, y juzgan que se ha pasado al cielo. Por fin, gimiendo y llorando, llevan el cadáver á la sepultura.

2. La viudas no pueden ya unirse á otro hombre si el marido pereció de muerte natural; pero si fué por sentencia de los jueces, se les da permiso para casarse. Ama esta gente la castidad en las mujeres; aborrecen á las deshonestas, y las apartan del trato de las castas. A los principales les es permitido tener dos mujeres: á los plebeyos sólo una. Los hombres se dedican á las artes mecánicas, principalmente á la carpintería, y á preparar las pieles de fieras; á las mujeres les está

reservado manejar las ruecas, el huso y la aguja. Dividen el año en doce lunas; tienen en esas tierras magistrados para hacer justicia; castigan con juicio severo á los malvados y facinerosos, principalmente á los ladrones.

Sus reyes son gigantes, de lo cual se ha hecho mención: todas aquellas regiones son tributarias. Los tributos cada uno los paga de sus productos, porque no andan embarazados con el mortífero dinero: comercian cambiando las cosas. También éstos son aficionados á los juegos, principalmente al de pelota, y asimismo á la trompa, agitándola sobre mesas, y á tirar saetas al blanco. Las luces que tienen de noche son teas y aceite de varias frutas, aunque crían olivos. Les gusta tener convites alternativamente: viven mucho tiempo, y tienen robusta senectud.

3. Las calenturas se las curan fácilmente con jugos de hierbas, y con igual facilidad las heridas con tal que sean curables. Tienen y co-

nocen muchas clases de hierbas salutíferas. Si uno siente pesadez de agria bilis en bebiendo jugo de cierta hierba común llamada *guay*, ó comiéndose la misma hierba, vomita la bilis, y pronto se pone bueno; y no usan ningún otro género de medicinas, ni quieren más médicos que á las viejas de experiencia ó los sacerdotes conocedores de las ocultas virtudes de las hierbas.

Tampoco tienen nuestra molicie, no usando los olores de la Arabia ó perfumes ni aromas peregrinos; contentándose con los productos naturales de su patria viven más contentos, más sanos y con más vigor en la ancianidad. Se dan poco á la gula con varios manjares y diversas viandas; con poco se quedan satisfechos. Cualesquiera deidades que hayan elegido, las adoran con mucho fervor.

4. Da risa oír los gestos con que el pueblo saluda á sus príncipes, y con que el príncipe saludado los recibe, principalmente á los próceres. El que saluda, en señal de re-

verencia levanta ambas manos hasta las narices, y de seguida las extiende á la frente y al colodrillo, haciendo con la boca cierto mugido ruidoso, casi de toro. Mas el príncipe al plebeyo no le corresponde con ninguna señal; pero al saludo de los notables responde inclinándose silencioso la cabeza al hombro izquierdo.

5. Pero oiga Vuestra Excelencia una invención apenas creíble. He dicho que el principal tirano de aquellas regiones tiene estatura de gigante; y preguntándole al licenciado Ayllón, arriba mencionado, varón grave y de autoridad, por qué sólo el rey y sola su mujer alcanzan aquella alta estatura, y no ninguno del pueblo, por lo que oyó á los que fueron sus compañeros en el gasto de las naves, y á Francisco, su criado, por relación de sus vecinos, dicen que no es la naturaleza ni el nacimiento quien les ha dado semejante don de aventajar á los demás en esa prerrogativa, sino por arte violenta, del siguiente modo.

Mientras los niños están en la cuna y al pecho de las nodrizas, llaman á los maestros de esa arte, los cuales, por espacio de algunos días, untan los miembros del niño con medicamentos de ciertas hierbas que ablandan los huesos tiernos; luego estiran una y otra vez los huesecitos, que han tomado la blandura de cera templada, tanto que lo dejan al infeliz casi exánime; después alimentan á la nodriza con ciertas comidas que tienen mucho alimento. Finalmente, la nodriza, cubriéndole con mantas calientes, le da el pecho y lo regala con la leche formada de comidas sustanciosas. Dejando pasar algunos días, vuelven al triste ministerio de dar tormento á los huesos.

Esto dicen Ayllón y su criado Francisco Chicorano, pero el mencionado deán de la Concepción me contó que había oído á los deportados con la nave que se salvó otra cosa diferente de lo que á Ayllón le habían dicho sus compañeros acerca de los medicamentos y del arte

de hacer crecer el cuerpo; pues dice que eso no se hace torturando los huesos, sino comiendo cierto embutido de muchísima sustancia, que se saca majando varias hierbas á propósito, en particular cuando comienzan á crecer (*los que lo comen*), en el cual tiempo la naturaleza propende al crecimiento, y las comidas se convierten en carne y huesos.

Ciertamente es maravilloso, pensando bien estas cosas, lo que se cuenta de las virtudes de las hierbas. Si se entendiera bien la virtud oculta de ellas, yo lo creería posible. De que sólo puedan hacerlo los reyes, la razón está á la vista: se tendría por reo de lesa majestad el que se atreviese á gustar aquellas comidas ó á pedirles á los maestros la regla de condimentarlas, porque este tal parecería querer equipararse á los reyes, supuesto que entre ellos es indecoroso y desautorizado que el rey no tenga más que la estatura común, cuando es menester que, dominando á los de-



más, mire desde alto á los que se le presentan. Lo que me han dicho, eso digo. Vuestra Excelencia será libre para creerlo ó no. De los ritos y costumbres basta ya.

Vengamos á los dones de la naturaleza agreste: del pan y de las carnes se habló; digamos un poco de los árboles.









## LIBRO IV

---

### CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Producciones.—2. Nueva expedición á las Lucayas.—3. La superstición explotada.—4. El abuso castigado.—5. Leyes protectoras de los indios.—6. Su inobservancia.

**E**NCONTRARON que se crían espontáneamente selvas de encinas, pinos y cipreses y avellanos, almendros y vides silvestres negras y blancas, serpeando por las ramas de los árboles, sin que saquen vino de ellas; el que beben, lo hacen de varias frutas. También aquella tierra lleva higueras y varias clases de olivos que injertándolos ya no son bravíos, como sucede entre nosotros, que sin

cultivo no tendrían otro sabor que el de su natural aspereza. Cultivan huertos, y abundan en aromas de muchas clases, y les gustan los cultivados jardines; en los huertos cultivan árboles: es particular el que se llama *corito*, que cría un fruto sabroso, de grande como un melón pequeño. Otro hay llamado *guacomine*: da una fruta mayor que el melocotón; dicen que tiene agradable y excelente olor, y que es saludable. Plantan asimismo y cuidan otros muchos y otros varios géneros de cosas, de las cuales hablaremos en otra ocasión, no sea que, refiriéndolo todo de un tirón, produzcamos hartura.

2. Al propio licenciado, el senador Ayllón, le hemos concedido lo que deseaba. Ha sido despachado por nosotros y por la Majestad cesárea á consulta nuestra. Va á construir en la Española una armada nueva para pasar con ella á aquellas regiones y levantar una colonia; y no le faltará quien le siga, porque toda esta nación española es

tan amante de cosas nuevas, que á cualquiera parte que, sólo por señas ó con un silbido se la llame para algo que ocurra, de seguida se dispone á ir volando; deja lo seguro por esperanza de más altos grados, para ir en pos de lo incierto. Esto se puede inferir de lo que ha sucedido. Cómo les recibirán los naturales, tan maltratados con el robo de sus hijos y parientes, el tiempo lo dirá. Ocurre un caso semejante, que aunque fuera del orden no se ha de omitir, con los isleños yucayos rebuscados por los españoles habitantes de Cuba y de la Española, y deportados para ocuparlos en el para ellos triste trabajo de las minas.

3. Conociendo los españoles las sencillas opiniones de ellos acerca de las almas que, una vez expiadas sus culpas en las heladas montañas del ártico, habían de pasar al Mediodía, á fin de que, dejando espontáneamente el suelo natal, se dejaran llevar á la Española y á Cuba, que son meridionales para

aquellas islas, procuraban persuadir á los desgraciados, y les persuadían, que habían venido de aquellos lugares en que habían de ver á sus difuntos padres, hijos, parientes y todo género de amigos, y gozarían juntamente de todo género de delicias en medio de los abrazos de todo lo que amaban. Imbuídos primeramente en estas tretas por sus embaucadores, como arriba lo hemos mencionado, y después por los españoles, dejando su patria iban cantando en pos de una esperanza vana; mas cuando echaron de ver que los habían engañado y que no encontraban á sus padres ni á ninguno de los que buscaban, sino que se veían obligados á sufrir penosos mandatos y crueles trabajos, á que no estaban acostumbrados, caídos en la desesperación, ó se mataban á sí mismos, ó escogiendo el hambre, exhalaban su espíritu de inanición, sin que razón alguna ni fuerza les persuadiera que tomaran alimento, según otra vez lo dije. Así acabaron los infeli-

ces yucayos, de los cuales queda ya exiguo número entre los españoles, como de los mismos indígenas.

4. Pero me parece que á las quejas y llantos de los infelices inocentes se ha levantado alguna deidad á vengar tanto estrago y el haber perturbado la tranquilidad de tantas naciones, visto que, por más que digan que los mueve el deseo de extender la religión, luego se entregan á la ambición, la avaricia y la violencia. Pues han muerto, ó á manos de los mismos oprimidos, ó heridos con saetas envenenadas, ó sumergidos en el mar, ó afligidos con varias enfermedades, todos los que fueron los primeros agresores, yendo por otro camino del que les había sido mandado por los Reyes.

5. Las disposiciones de las leyes que se les dieron, siendo testigo yo que diariamente las estudié con los demás colegas, están formadas con tanta justicia y equidad, que más santas no puede haberlas; porque está decretado desde hace muchos

años que se conduzcan con aquellas nuevas naciones nacidas con el esplendor de la edad, con benignidad, compasión y suavidad, y que los caciques asignados con sus súbditos á cualquiera que sea, sean tratados á modo de súbditos y miembros tributarios del Estado, y no como esclavos; que sean bien alimentados, dándoles la debida ración de carne y pan para soportar el trabajo; que se les dé todo lo necesario, y, como á jornaleros, el premio de cavar durante el día en vestidos ó adornos á propósito; que no falten habitaciones en que descansen de noche; que no se les despierte antes de salir el sol, y que den de mano antes de la tarde; que en ciertas temporadas del año, dejándoles libres de las minas, se dediquen á sembrar la raíz de yuca y el trigo maíz; que en los días de fiesta descansen de todo trabajo, asistan á los templos, y después de Misa les permitan entretenerse en sus acostumbrados juegos y danzas, y en armonía con esto las de-



más cosas dispuestas, con razones de prudencia y humanidad, por varones jurisconsultos y religiosos.

6. ¿Pero qué sucede? Idos á mundos tan apartados, tan extraños, tan lejanos, por las corrientes de un océano que se parece al giratorio curso de los cielos, distantes de las autoridades, arrastrados de la ciega codicia del oro, los que de aquí se van mansos como corderos, llegados allá se convierten en rapaces lobos. Los que se olvidan de los mandatos del Rey, se les reprende, se les multa, se les castiga á muchos; pero cuanto más diligentemente se cortan las cabezas de la hidra, tantas más vemos pulular. Aténgome al proverbio aquel: «en lo que muchos pecan impune queda».

Ahora estamos formando nuevas constituciones, y pensamos enviar nuevos gobernadores. Veremos lo que quiere la suerte de los (*indios*) que han quedado.



## CAPITULO II

---

SUMARIO: 1. Razones en contra de dar libertad á los indios.—2. Ejemplo de su ingratitude.—3. Documento notable.

**V**ACILAMOS sobre si deberán ser libres, y no se les deberá exigir ningún trabajo contra su voluntad ó sin pagárseles; pues entre varias opiniones de varones graves, estamos en duda, principalmente por el parecer de los religiosos de la religión dominicana, que con sus escritos nos inclinan á lo contrario, sosteniendo que ha de ser para los indios mucho mejor y más seguro, y más conducente á su salud del cuerpo y del alma, el que sean destinados á servicio perpetuo hereditario,

que no el que se les ocupe en servicios temporales.

Porque aquellos á quien fueron encomendados hasta ahora al arbitrio del Rey y en nombre de otro ausente, manejaban el asunto cual mercenarios. Recelándose que se les quiten después de algunos años, como suele hacerse, sin tener cuidado ninguno del bienestar de los infelices, en contra de los capítulos de las leyes santas los consumían en las minas hasta la muerte á uno y otro sexo, sin miramiento á la edad, con tal que saciaran la sed de oro suya y del amo. Ni les daban el necesario sustento, ni cuidaban de su salud si ocurría que enfermaran por el desacostumbrado y demasiado trabajo. Dicen que, por el contrario, el que sabe que ha de transmitir á su heredero los indios repartidos, cuidará como de cosa propia, no solamente de conservarlos sanos, sino de que se aumente el número con los cuidados de las mujeres y los hijos.

Pero acerca de darles libertad

dicen que no, aduciendo muchos ejemplos; que nunca los bárbaros pudieron maquinar la muerte de los cristianos sin que lo pusieran por obra, y que habiéndose probado muchas veces si les convenía la libertad, se vió que era para ellos una ruina, porque se dan á la vagancia en la desidia y ociosidad, y se vuelven á sus antiguos ritos y feas iniquidades.

2. Hay una tercera causa particular y horrible con que se prueba que especialmente en el creído continente no son dignos de libertad. En cierta parte de la gran provincia del creído continente, en la región que se llama Chiribichí, los frailes dominicos habían erigido un templo, hará como doce años. Con mil trabajos, hambre y necesidades se daba de comer á los hijos de los caciques y de los principales, y cuando tenían más edad se esforzaban por traerlos á la religión, aconsejándoles, amonestándoles, enseñándoles y mezclando halagos.

Habían instruído á la mayor parte de los niños de tal manera, que cuando los clérigos decían Misa ellos les ayudaban en el altar con bastante cultura y exactitud. Sabían la lengua española muy bien; pero he aquí una maldad horrenda. Pasados los años de la niñez, y apenas entrados en la adolescencia, dos principales de los allí educados, que se pensaba haberles ya pasado de la índole ferina de sus mayores á los dogmas de Cristo y á las costumbres humanas, eligiendo una guarida á modo de lobos, volviendo á sus primeras trazas reincidieron en su antigua y nativa maldad; y reuniendo gran muchedumbre de guerreros comarcanos, y sirviendo ellos de caudillos, acometieron al convento donde les habían educado con caridad paternal. Tomado el convento y destruído hasta los cimientos, mataron sin dejar uno á los que les habían educado y á los que les habían servido.

3. Dejando rodeos á un lado,

para que después de mis agrias acusaciones se conozca que los españoles merecen alguna excusa si se niegan á darles libertad, lea Vuestra Excelencia uno de los manuscritos presentados en nuestro Senado de Indias por algunos frailes que se salvaron, porque entonces estaban fuera buscando qué comer para los demás. (*Se leyó*) estando nosotros reunidos en casa del presidente de nuestro Senado, García Loaisa, que estudió en Italia, obispo de Osma y confesor del César, elegido en Roma por sus méritos maestro general del Orden de Predicadores, del cual Vuestra Excelencia ni es desconocido ni malquisto. Helo ahí en su mismo idioma español (pues lo entiende fácilmente cualquier latino ó italiano por el parentesco de esas lenguas); para que nadie me acuse de que al traducirlo se ha cambiado algo del sentido del escrito, ó de la intención del que lo envió, me ha parecido hacerlo así.

Oigamos al propio fraile, que se llama Fr. Tomás Ortiz, hablando



de viva voz delante del Senado y escribiendo en nombre de otros:

«ÉSTAS SON LAS PROPIEDADES DE LOS INDIOS,  
»POR DONDE NO MERECE LIBERTADES

» Comen carne humana en la tierra firme: son  
» sodométicos más que generación alguna: nin-  
» guna justicia hay entre ellos: andan desnudos:  
» no tienen amor ni vergüenza: son estóolidos  
» alocados. No guardan verdad si no es á su  
» provecho: son inconstantes: no saben qué cosa  
» sea consejo: son ingratisimos y amigos de  
» novedades. Se precian de embeudarse, que  
» tienen vinos de diversas yerbas y frutos y  
» granos, como cerveza y sidras, y con tomar  
» fumos también de otras yerbas que emborra-  
» chen y con comerlas. Son bestiales, y pré-  
» cianse de ser abominables en vicios: ninguna  
» obediencia ni cortesía tienen mozos á viejos,  
» ni hijos á padres.

» No son capaces de doctrina ni castigo: son  
» traidores, crueles y vengativos, que nunca  
» perdonan: inimicísimos de religión. Son hara-  
» ganes, ladrones: son de juicios muy terrestres  
» y bajos: no guardan fe ni orden. No se guar-  
» dan lealtad maridos á mujeres, ni mujeres á  
» maridos. Son echizeros y augureros, y covar-  
» des como liebres. Son sucios: comen piojos  
» y arañas y gusanos crudos doquiera que los  
» hallan: no tienen arte ni maña de hombres.

» Cuando han aprendido las cosas de la fe,  
» dicen que esas cosas son para Castilla, que  
» para ellos no valen nada, y que no quieren  
» mudar costumbres: son sin barbas, y si algu-  
» nos les nascen, pélanlas y arráncanlas. Con



» los enfermos no tienen piedad ninguna: está  
 » grave el enfermo, aunque sea su pariente ó  
 » vecino, le desamparan ó llevan á los montes  
 » á morir, y dejan cabe él un poco de pan y  
 » agua y vánse: quanto más crescen se hacen  
 » peores: hasta diez ó doce años parece que  
 » han de salir con alguna crianza y virtud: pa-  
 » sando adelante se tornan como bestias brutas.  
 » En fin, digo, que nunca crió Dios tan cozida  
 » gente en vicios y bestialidades, sin mistura  
 » alguna de bondad ó policía.

» Agora juzguen las gentes para qué pueda  
 » ser cepa de tan malas mañas y artes: los que  
 » los habemos tractado, esto avemos experimen-  
 » tado dellos. Mayormente el Padre Fray Pedro  
 » de Córdova, de cuya mano yo tengo escripto  
 » todo esto, y lo platicamos en uno con otras  
 » cosas que me callo: hablamos á ojos vistas.  
 » Son insensatos como asnos, y no tienen en  
 » nada matarse.»





## CAPITULO III

---

SUMARIO: 1. Desgracias y mal fin de muchos españoles.—  
2. Prosperidad de Hernán Cortés. — 3. Prevenciones  
contra los piratas.

**E**STAS y otras cosas se discuten todos los días; y aunque sufran varias dilaciones, sin embargo han recaído, como arriba dijimos, casi cruentamente sobre la cabeza de los opresores. Y no pocos de los mismos españoles han sucumbido á causa de las enemistades originadas entre ellos por el mando, de lo cual hablé en mis primeras Décadas.

Allí se trató de los Pinzones y de muchos habitantes de Palos y de Moguer en la costa andaluza del océano, que iban recorriendo las

vastas playas del creído continente y las riberas del portentoso río Marañón, y traspasándoles los indígenas caníbales con sus flechas envenenadas, y matándoles luego, hicieron con ellos varios guisos, pues son antropófagos los caníbales, que también se llaman caribes; y de Solís, á quien le sucedió lo mismo al otro lado del creído continente, de cuya horrible desgracia tomó nombre aquel golfo de mar en que Magallanes se detuvo mucho tiempo en el viaje con su armada; y después de esto de Alfonso Ojeda y Juan Cosa, que exploraban con mucha tropa las regiones de Cunuana, Cuchibacoa, Cauchieto, Yuraba, que murieron malamente.

También de Diego Nicuesa, capitán de unos ochocientos hombres, que, después de perdidos, andaban buscando desde el golfo occidental de Uraba las costas de Veragua; y de Juan Pontes, que en la región florida, descubierta primeramente por él, fué derrotado por los bárbaros, y desnudos, y herido mortalmente

luego, enfermo de aquella herida murió en la isla de Cuba; y de otros muchos capitanes y escuadrones muertos por la valentía de los caníbales, á quien proporcionaron con sus cuerpos ricos convites: se encontraron á los caníbales con una armada de canoas que habían navegado en ordenada formación, muchas millas desde sus confines á caza de hombres. Las canoas son sus lanchas unilígneas (en griego *monoxilon*), que á veces son capaces de 80 remos; y, por fin, hablé extensamente de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, que se llama Fernandina, que de inmensas riquezas que tenía cayó en la pobreza y ahora se ha muerto, y anduvo con Hernán Cortés en disensiones y odio mortal.

2. De todos éstos sólo queda en pie Cortés, que se cree tiene de los tesoros que juntó en aquella gran ciudad lacustre Tenustitán que venció y devastó, hasta un millón trescientos mil pesos de oro (este peso español es un tercio más que el du-

cado); pues manda en muchas ciudades y príncipes, en cuyos ríos y montañas hay abundante oro, y no faltan ricas cavernas de minas de plata. Pero acaso acerca de él se verificará aquel proverbio vulgar: «de riquezas, fidelidad y talento, se encuentra en lo secreto mucho menos de lo que pregona la fama». El tiempo lo dirá.

Juan Ribera, conocido del embajador Tomás Maino y de Gilino, procurador de Cortés ante el César, educado (*por él*) desde niño y que ha tomado parte en todos sus hechos, dice que su amo Cortés tiene preparados trescientos mil pesos para enviárselos al César; pero que, escarmentado de tantas naves cargadas como han cogido los piratas franceses, no se atreve á enviarlos. También hay preparadas en el creído continente, y en la Española, Cuba y Jamaica, muy grandes riquezas de oro, perlas, azúcar, canela, que se cría en las islas; también hay dispuestas cantidades de madera *corino* ó grana á propósito

para teñir las lanas, que los italianos la llaman *vercino* y los españoles *brasil*. De estos árboles hay en la Española espesos bosques como entre nosotros pinares y carrascales.

3. Acerca de proteger esas naves, deliberándose en nuestro Senado de las cosas de Indias el partido que se debiera tomar para poner remedio, se determinó, y el César á propuesta nuestra proveyó y mandó, que cada uno de ellos, con las cosas que hayan recogido, acudan á la Española, capital de aquellas regiones, y que desde allí, juntándose las naves de todas aquellas tierras, se forme una armada poderosa, con la cual pueda defenderse con seguridad de la injusticia de los piratas si les salieran al encuentro. Lo que la suerte tendrá de parado, se queda en el archivo de la Providencia divina.

No falta quien diga que Cortés ha fundido dos cañones de oro, capaces de balas de hierro como pelotas pequeñas de jugar. Tal vez

(*lo habrá hecho*) para ostentación; pues, á mi entender, la blandura del oro no es á propósito para resistir tanta furia, ó lo habrán fingido por envidia, pues sus ínclitas hazañas á toda hora son objeto de libidos ataques.







## LIBRO V

---

### CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Expedición de Garay al Panuco.— 2. Hernán Cortés le impide levantar una colonia.

**Q**UANDO me ocupaba en escribir esto, han traído la noticia de que han arribado á nuestras costas españolas cuatro naves de Indias : las riquezas que traen no las sabemos aún. Han traído para el César cartas del Senado de la Española acerca de un caso cruel y criminal que ha ocurrido poco ha, y por conjeturas se teme que ocurra algo peor.

De Francisco Garay, goberna-

dor de Jamaica, hablé mucho en los libros que Santiago Pierio llevó á Roma para el Pontífice Adriano. Queriendo levantar una colonia en el río Panuco, del cual toma nombre la región, y el cacique y sus alrededores, que están contiguos al territorio de Méjico, lo había intentado por dos veces, y otras tantas le habían derrotado los indígenas, casi desnudos. El año pasado acometió la misma empresa otra vez con once naves y más de setecientos hombres y muchos jinetes, apoyado en la autoridad de las cartas reales, en que se le daba permiso para erigir una colonia en la ribera de aquel río. Este es notable por tener su álveo capaz de grandes embarcaciones, y hace las veces de puerto porque la provincia aquélla, sujeta á la jurisdicción Tenusitana, no tiene puertos y es estación de poca confianza.

Llegaron sin novedad Garay y sus compañeros: una tempestad fuerte los descompuso en el mar, y la fortuna de la guerra los perdió

en tierra: perdió dos naves, que naufragaron al atracar. Halló las orillas del río ocupadas por los soldados de Cortés, erigida una colonia y puestos magistrados que rijan al pueblo con permiso del cacique Panuco; porque dice (*Cortés*) que aquellas tierras pertenecen á su jurisdicción de Méjico, y que el río Panuco va comprendido bajo el nombre de Nueva España, que él puso á aquellas tierras, y el César lo confirmó.

Garay se vió con dos paisanos suyos de España, que habitaban allí, les habló, les mostró las patentes del Rey, en las que le asigna para habitar las riberas del Panuco, y que para eso había venido; les exhortó y amonestó que obedecieran el mandato del Rey, y que cedan (*el mando*) ó que conserven las varas de pretores en nombre de él, no en el de Cortés, y que de él reciban y observen las demás leyes y constituciones necesarias para el buen régimen y tranquilidad.

2. Todo en vano: oída esta arenga, sin más meditar sobre ella, sin vacilación ninguna respondieron que Cortés había dispuesto y erigido en tierra que de antiguo pertenecía á la jurisdicción de Méjico aquella colonia, sita dentro de los confines de Nueva España, designados por el César, y que por tanto con razón serían tratados de traidores si se apartaran (*de Cortés*) y oyeran las pretensiones de Garay. Este citó otra vez y volvió á mostrar las cartas ; (*respondiéronle que*) eran subrepticias y obtenidas sin informar bien al César ; dijeron que las habrían logrado por influencia del obispo de Burgos, presidente del Senado de Indias, en contra de Cortés, á quien el Obispo quiere mal por causa de Santiago Velázquez, vicegobernador de Cuba, amigo suyo y en otro tiempo sirviente de su hermano Fonseca, y enemigo encarnizadísimo de Cortés.

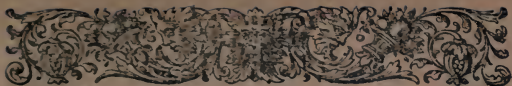
De estas enemistades se habló con harta extensión en las cosas pertenecientes á uno y otro, que

por sí solas ocupan un volumen regular. Garay dijo á los que se resistían que eran reos de lesa majestad si no obedecían sus órdenes. Ellos respondieron que pondrían sobre sus cabezas las letras del Rey, á usanza española, y que aceptarían sus mandatos en cuanto era debido; que, tocante á la ejecución, habían de consultar al Rey y al Senado de Indias para que, oídas ambas partes, juzgue el Rey César lo que sea más conducente á su servicio. Dijeron que, en su concepto, mandaría otra cosa el César si supiera en cuánto peligro se pone con esta novedad un negocio tan grande; porque si los bárbaros, recientemente vencidos, llegaran á entender que hay disensiones entre los cristianos, intentarían emanciparse.

Por fin determinaron enviar mensajeros á Cortés; se puso por obra, y fueron y le manifestaron el asunto. Él destinó dos capitanes suyos que procurasen persuadir á Garay que fuera á verse con él en la gran

ciudad lacustre de Tenustitán, que es la capital del poderoso imperio y dista unas sesenta leguas del río Panuco. Fueron los mensajeros á Garay, y le convencieron; se puso Garay en camino, pues se reconocía inferior á Cortés. Éste procuró hacerse yerno suyo al hijo de Garay, mediante una hija que le había nacido de través.





## CAPÍTULO II

---

SUMARIO: 1. Primeras noticias de la derrota de Garay en el Panuco.—2. Peligrosa porfía de encontrar el estrecho que no hay entre ambos continentes americanos.

**M**IENTRAS se andaba en esto (si ello sucedió por plan secreto de Cortés, ó los indígenas atacaron á su modo espontáneamente á la tropa de Garay y la derrotaron, lo dejan en duda los senadores de la Española y cuantos escribieron particularmente estas cosas á sus amigos; que fuera de un modo ó de otro, importa poco para la sustancia del hecho) fué derrotado todo el ejército de setecientos hombres, y de ellos fueron muertos doscientos cincuenta, según se dice, y escriben que murió



el propio Garay; si en poder de Cortés ó en otra parte, si atacado de calentura ó por providencia interiormente benigna y clemente de Cortés, que librara á ese hombre de las angustias de los humanos afa-  
nes para gozar él sólo de las dul-  
zuras de la tiránica profesión, lo  
han dejado en duda <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Si, pues, no hay prueba ninguna, es injusto achacar á un héroe como Hernán Cortés acción tan villana y traidora, cual habría sido inducir á los indios á que atacaran á Garay y enseñarlos á derrotar un ejército español mayor que el que tenía el mismo Cortés. Este no había olvidado las pérdidas que sufrió, las heridas que había recibido, los peligros gravísimos que corrió en la ciudad de Méjico y en el campo también. ¿Cabe suposición más disparatada que ésa, de que procurara el desastre de Garay?

Por otra parte, no necesitaba de semejante infamia: su ascendiente militar, sus riquezas y su talento le facilitaban ganarse á la tropa de Garay, como se había ganado la de Pánfilo de Narváez. La duda calumniosa que algunos promovieron y se revela en el texto, sobre si Cortés habría hecho envenenar á Garay, se disipó completamente averiguándose y probándose en toda forma, con testimonio jurado de los médicos, que Francisco Garay había muerto de dolor de costado, y no de veneno alguno, como puede verse en Herrera, Déc. III, lib. V, cap. VII.

Al modo que no hay león ni elefante que no tenga parásitos, así todo hombre grande tiene que sufrir las picaduras de los envidiosos, que vienen á ser así como insectos de los hombres de mérito relevante.

Pues no tenemos cartas ni de Cortés ni de los magistrados enviados á aquellas tierras, ni de ninguno de los compañeros de Garay, sino únicamente del Senado de la Española, que escribe al César y á nuestro Senado haber arribado á la última punta occidental de Cuba, por donde aquella isla mira al frente de Yucatán, cierto Cristóbal Olite, capitán de Cortés, con trescientos hombres y ciento cincuenta caballos, en no despreciable armada, y dicen que trata de llevarse de Cuba otros ciento de refresco, con los cuales afirma que explorará aquellas tierras que hay entre Yucatán (que no se sabe aún si es isla) y el creído continente, y cuentan que ha dicho que fundará allí una colonia.

Dicen los senadores que han sabido esto y lo de Garay por el que lleva el correo de Cuba. Dicen al mismo tiempo que les parece que el reclutador Olite habrá lanzado entre el vulgo estos rumores á fin de que, quitada la esperanza de irse

con Garay, se vayan con él los vagos que desea llevarse.

2. En otro párrafo de la carta dicen que Gil González está preparado en el puerto de la Española para ir al mismo punto. De la historia de su navegación por el mar austral, el embajador Tomás Maino se llevó consigo un ejemplar para el arzobispo de Cosenza, que se lo había de entregar al Sumo Pontífice Clemente. Es navegación directa: se necesita fijarse en ella para que se pueda entender cuál sea el intento de estos capitanes que, con permiso y mandato del César, investigan aquellas tierras.

Porque regresando Gil del mar austral, donde halló un gran mar de agua dulce lleno de islas, se propuso investigar por el Septentrión lo que la suerte le depare acerca del estrecho tan deseado. Por eso fué á la Española con los tesoros nombrados en su lugar, dejando la armada del Sur para construir otra nueva para el Septentrión; pues él cree que entre Yucatán y el conti-

nente pasa la corriente de aquella aglomeración de aguas por algún río navegable, al modo que del lago Verano se ve salir el Ticino, y del Venaco el Mincio, del Lario el Abdua, del Lemano el Ródano para llevar al mar las aguas que toman.

Al saber esto, y que Pedro Arias, Gobernador del creído continente, con ánimo de acometer la misma empresa tomó el propio rumbo con un ejército que reunió de no despreciable número de jinetes y gente de á pie, el Senado ha prohibido la marcha de Gil González, no sea que, si se juntan Olid y Pedro Arias y el mismo Gil, se destrocen mutuamente. Asimismo, por postas aceleradas y con las naves citadas, han amonestado á Pedro Arias, á Hernán Cortés y á Olid, so pena de lesa majestad, que no hagan armas unos contra otros si se encuentran, y les han hecho saber que, si contravinieren, serán ignominiosamente depuestos por los magistrados. Este dictamen de aquel Senado ha sido

aprobado por el nuestro. Lo que suceda lo escribiré.

Hay tal furor de buscar ese estrecho, que se exponen á mil peligros; pues cualquiera que lo encontrara, si se puede encontrar, obtendrá en sumo grado la gracia del César y gran autoridad. Porque, si se hallara paso del océano austral al septentrional, sería más fácil el viaje á las islas que crían los aromas y las perlas. Y no valdría la empeñada cuestión con el rey de Portugal, de que se ha tratado bastante en mis primeras Décadas. Pero hay poca esperanza del estrecho.

Sin embargo, no nos separamos de la opinión de Gil, de que pueda encontrarse algún río que absorba las aguas dulces hacia el Septentrión, supuesto que han averiguado que por el Sur no tienen aquellas aguas ninguna salida. Si eso sucediera, se hace ver que habría camino bastante cómodo de ambos mares, contándose solamente de los ríos de agua dulce que corren hacia el Sur hasta las costas del mismo mar

austral tres leguas de ancha llanura, por la cual dice Gil que habría camino suave para cualesquiera carretas y carros, y muy corto para el círculo equinoccial.









## LIBRO VI

---

### CAPITULO PRIMERO

**SUMARIO:** Conjeturas de que habrá en la zona tórrida otras islas de especias, oro y perlas á más de las conocidas.

**A**MBIÉN opinamos, Príncipe Ilustrísimo, apoyados en argumentos ciertísimos, que no han de tardar muchos años sin que se descubran nuevas islas, ya debajo del ecuador, ya próximas á él, bien á éste ó al otro lado, y que tendrán próximas otras islas ricas en arenas de oro, conforme ya se han encontrado las Malucas y demás descritas anteriormente. Pues si la virtud que el sol tiene en

el equinoccio sobre la materia terrestre, dispuesta para recibir el don celeste que se le ofrece, infunde en aquellos árboles ese gusto aromático , ¿quién se atreverá á arrojar tal mancha sobre la poderosa naturaleza, ni hacerle la injuria de sostener que ella ha agotado su virtud en el brevísimo espacio de las Malucas, como si dijéramos en el dedo meñique de un gigante en comparación de toda la redondez , y que con tan exiguo parto vació su útero, henchido de tan egregia prole?

En el Senado de Indias propuse yo esta razón á mis colegas, añadiendo un ejemplo para que se entienda más fácilmente. Sospecho que se la escribí, pero no me acuerdo bien; porque, hallándome próximo á los setenta años, la edad y los cuidados me han entorpecido la memoria. Mas estas cosas, aun repetidas, no suelen, sin embargo, desagradar, aunque en otra parte se las haya visto fuera de los límites de su campo.

Gocé yo de Roma por espacio de diez años, en los tiempos de Sixto IV é Inocencio VIII; llamándome la atención la fama de las guerras de Granada, me trasladé á España, y al venir de Roma recorrí el resto de Italia. Atravesé la parte de Francia que baña nuestro mar, al otro lado de los Alpes; aquí, en los treinta y siete años que me ha retenido España con las benévolas promesas de los Reyes Católicos Fernando é Isabel, y con recibirme honoríficamente á su servicio, lo he examinado todo. Y dirás, Príncipe Ilustrísimo: ¿á qué viene esto tomado tan de lejos? En estos viajes encontraba carrascales, después pinares, pero cortando entrambas selvas, montes ó lugares campestres y ríos ó lagunas; después se presentaban otra vez soledades de árboles espontáneamente nacidos, que ocupaban mucho terreno; pasaba estos pinares ó carrascales y ríos ó lagos, y cruzaba llanuras semejantes á las anteriores, produciendo aquellas variedades la materia que hay

bajo la superficie de los terrenos.

Así, Príncipe Ilustrísimo, debajo del círculo equinoccial y á este lado y al otro, desde el trópico de Cáncer hasta el de Capricornio, espacio que la mayor parte de los filósofos juzgaron equivocadamente desierto, como abrasado por el ardor del sol perpendicular, hay extensiones inmensas de mar y de tierra, como que es muy grande el espacio de esta circunferencia, que con su largura da vuelta á todo el orbe en toda su extensión. Aquel círculo, pues, es el mayor de todos los círculos; por tanto, si en tan breve espacio de tierra, como dije, tiene la naturaleza tanto poder y arte que lo que produce en una parte de la misma región se encuentre también en otra que reciba el mismo influjo en el género de productos que dé la tal tierra, ¿quién duda que también en este género de los aromas, debajo de tamaña mole del cielo, puedan encontrarse otras tierras que reciban esa misma virtud que ha sido concedida

á las islas Malucas y sus vecinas, que parte están bajo el mismo ecuador, parte caen al uno y al otro lado del mismo?

Esforzóse uno del colegio por aparecer más sabio, resolviendo el argumento.—Mira, dijo, de estas cosas no han hecho mención ninguna los antiguos. Si tales tierras existiesen realmente, ó las conoceríamos nosotros, ó alguna nación tendría noticia de ellas. Pero su objeción, por su ignorancia de las letras, particularmente de Filosofía, y por su poca experiencia, fué fácilmente resuelta con asentimiento del Gran Canciller, afectísimo de Vuestra Excelencia, y de los demás colegas. Pues dicho llevo que no hay que admirarse de que haya noticia de las Malucas y sus vecinas y de otras no, por cuanto las Malucas están casi enfrente de la India ultragangética, y son casi suburbios de las regiones de China y del gran golfo, y de Gatigara, tierras conocidas, y no distan mucho del golfo Pérsico y de la Ara-

bia, falsamente dicha Feliz, por lo cual se fueron introduciendo poco á poco entre ellos (*los aromas*), y desde que comenzó á extenderse la molicie romana también entre nosotros, con no pequeño perjuicio nuestro, pues languidecen y se afe-minan los hombres, y se enerva el vigor con la delicadeza de tales olores, perfumes y aromas.

Y tocante á las otras islas desconocidas, está á la vista la razón de por qué han estado ocultas hasta ahora, y es que los continentes próximos á ellas, por igual designio de la Divina Providencia, han permanecido ignorados hasta estos nuestros tiempos.

Después, consideradas estas cosas que son mucha verdad, si aquellas tierras son los palacios del mundo, y si las islas adyacentes son los alrededores de esos palacios, ¿quién ha podido pasear los salones y examinar los cuartos interiores estando ocultos todavía los palacios? Por tanto, hemos hallado los palacios cuando hemos descubierto ig-



notas regiones, tan vastas que son más que tres veces toda Europa si, como otras veces lo hemos probado, desde el llamado cabo de San Agustín de nuestro creído continente medimos lo que en nuestros tiempos ha venido á ser conocido por los hombres hasta el río Panuco, que dista unas setenta leguas de la gran ciudad Tenustitán, que está en la laguna. En otra parte se ha tratado esto extensamente.







## CAPITULO II

---

SUMARIO: 1. Esperanzas fundadas en la expedición de Caboto por el estrecho de Magallanes al Pacífico.—2. Que la hará en menos tiempo que Magallanes.—3. Y con más provecho.

**A**MBIÉN encontraremos las otras partes de los palacios, y no está lejos la esperanza de ver cumplido este deseo, porque la tenemos de que Sebastián Caboto, descubridor de Bacalaos, á quien hacia primeros de Septiembre se le concedió por autoridad de nuestro Senado el permiso que pedía de emprender aquella navegación, volverá en menos tiempo y con mejor suerte que la nave *Victoria*, que, salvándose ella sola de cinco compañeras que eran, ha dado vuelta al mundo y regre-

só cargada de clavo. De esto se habló extensamente en su lugar.

Caboto pidió al erario del César una flotilla de cuatro naves, pertrechada de todos los aparejos de mar y de los cañones correspondientes: dice que ha encontrado compañeros en *Hispalis*, que se llama Sevilla, emporio de todo el comercio de Indias, que le han ofrecido espontáneamente la suma de diez mil ducados, con la esperanza de gran lucro para aprovisionar la flotilla y para lo demás que haga falta. Hacia los idus de Septiembre (día 13) despachamos á Caboto, que fué á ofrecer obligaciones á los socios partícipes: 'cada uno de los que contribuyen con dinero, si la cosa sale bien como se espera, participará del lucro á prorrata.

2. Resta, Ilustrísimo Príncipe, demostrar con algún argumento verosímil por qué he dicho que regresará en menos tiempo que la *Victoria*, y por qué pensamos que este negocio se ha de llevar á cabo más felizmente, no parezca que,

hinchados de vanidad, queremos dar cuenta de lo futuro.

Caboto ha de partir en el próximo mes de Agosto del año mil quinientos veinticinco, y no antes seguramente; porque ni se podría preparar en menos tiempo lo necesario para tamaña empresa, ni aquel viaje debe emprenderse antes, á causa del curso de los cielos; porque es conveniente navegar hacia el equinoccio cuando el sol, estando para llevársenos el verano y los días largos, comienza á llegarles á los antecos (*antictones*). Pues ha de caminar en derecha, no solamente al trópico de Cáncer y al ecuador, sino también á la línea de Capricornio en el antártico, cincuenta y cuatro grados á que se hallan las gargantas del estrecho de Magallanes, recorrido igualmente á costa ajena y con muerte de muchos hombres; y no (*ha de ir*) por rodeos y con varias detenciones y vueltas, como tuvo que ir Magallanes, quien empleó tres años errante en aquella navegación con trabajos

y miserias, con varias y duras calamidades, y de su flotilla de cinco naves (*volvió sólo*) una con la mayor parte de los compañeros (*recogidos*) de las cuatro, y, por fin, él perdió la vida. Esto se trata con bastante latitud en el libro de la vuelta al mundo, destinado al Pontífice Adriano.

Éste, pues, hará su navegación en menos tiempo, porque conoce muy bien aquellas regiones, antes desconocidas. Y que haya de hacerse con más felices auspicios y mejor fortuna, como lo pensamos, se colige de esto. En el tiempo que los días son muy cortos entre los pueblos del ártico, Caboto los tendrá muy largos, y así recorrerá cómodamente aquellas costas, hasta que, cruzando á la derecha el tortuoso estrecho de Magallanes, próximo á la estrella Canopo, dirigirá la proa al otro lado de nuestro creído continente, que ocupa mis primeras Décadas, enviadas á tu tío Ascanio y á los Pontífices León y Adriano, y por la zona de Capricornio regre-

sará al ecuador, y en ese espacio encontrará un número innumerable de islas situadas en aquella inmensidad del mar.

3. Mas oye en qué fundamos nuestra esperanza de grandes riquezas. La flota de Magallanes, cuando hubo pasado con tanta desdicha de la gente el buscado estrecho, dejando á derecha é izquierda las islas que encontraba, y viéndolas todas de lejos, dirigía siempre la mirada y las proas á las Malucas; todo su empeño era dar con ellas. Explorando de paso lo que producían cada una de las otras islas, pasaban rápidamente: aunque en muchas tomaba tierra por hacer aguada y leña, y adquirir por cambio de cosas lo necesario para comer, sin embargo, se detenía poco, y en aquel breve tiempo se informaba lo mejor que podía, por señas y gestos, acerca de los productos de cada isla que visitaba, y supo que en alguna parte las arenas van mezcladas de mucho oro, y decía que en otras partes se cría el arbusto de riquísi-

ma canela, que es parecido al granado, de cuyas preciosas cortezas obtuve yo pedazos, como lo saben Maino y Gilino.

De perlas grandes y de otras piedras preciosas, oyó cosas que no eran para olvidadas. Se proponía dejar para otro tiempo más favorable la investigación de aquellas islas, anhelando sólo las Malucas con la boca abierta y respiración jadeante; pero cuando se proponía grandes cosas, la mala suerte le hizo morir á manos de gente bárbara casi desnuda, según se ha dicho en su lugar.

Si, pues, de camino en la citada navegación, que nunca llevó á cabo linaje alguno de hombres, adquiriría tales noticias sobre la excelencia de aquellas islas, ¿qué no deberemos esperar del comercio que se haga con aquellos insulares estando allí de asiento? Pues se les ha de tratar benévolamente, y sin violencia ni injuria ninguna se ha de comerciar, y se les ganará la voluntad con halagos y regalos;



pues los diez mil ducados que Caboto ha de recibir de sus socios se emplearán en comprar provisiones para dos años y en pagar su haber á ciento cincuenta hombres: el resto se echará en mercancías que se conozca han de gustar á los isleños, á fin de que den con gusto, á cambio de cosas nuestras que ellos no conocen, lo que se cría naturalmente entre ellos y lo estiman poco, pues no conocen el uso pestífero del dinero, y en cualquier nación se tiene por precioso lo que es de lejanas tierras.

Cuando hayan explorado y reconocido con prudente diligencia las islas, irán costeando todo el lado austral de nuestro creído continente y arribarán á las colonias de Panamá y Natán, levantadas en aquellas costas y límites de Castilla del Oro. Después, quienquiera que entonces sea Gobernador de la provincia de aquel continente, llamado Castilla del Oro, nos comunicará lo que suceda; pues se piensa en cambiar á la mayor parte de



los Gobernadores, no sea que con la larga costumbre de mandar se insolenten: en particular á los que no hayan sido conquistadores de las provincias, pues tocante á estos capitanes se tiene en cuenta otra razón.

Pediremos á Dios que todo salga fausta y felizmente cuando sepamos que ha zarpado la armada.







## LIBRO VII

---

### CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Sobre conservar las Molucas. — 2. De la fuente que rejuvenece. — 3. Testimonios fehacientes. — 4. Razones en contra. — 5. Conjeturas en pro.

**P**ERO antes partirá otra armada á las Molucas para mantener la posesión tomada, y no obstará el haber admitido por cuñado al rey de Portugal, á quien el César le ha dado por esposa á Catalina, hermana póstuma de padre y madre, muy elegante, de diecisiete años, la más hermosa y discreta de las doncellas. Es vano rumor del vulgo que el César haya convenido con el rey

de Portugal en darle, so color de dote, tan inmensa y pingüe finca, por más que se queja (*el portugués*) de que si se le impide aquel comercio va á ser mucho perjuicio para él y una ruina para su pequeño reino, que un día fué condado de Castilla. Además el César, que es prudentísimo, tiene buen cuidado de que no se les haga tan grande agravio á los reinos de Castilla, que es á quien el asunto interesa y son el nervio principal de todo su poder. Bastante hemos divagado con las Yucayas, Chicora, Duhare, los trópicos, el equinoccio y demás.

2. Contemos ahora fuera del orden unas pocas cosas que Gilino afirma que agradarán. Comencemos por un portento muy notable de la naturaleza, acerca del cual primero explicaré lo que se cuenta, después lo que opinan los filósofos acerca de ello, y por fin lo que á mí se me ocurre en mis cortos alcances, como tengo costumbre de hacerlo en cualesquier puntos difíciles de creer.

En mis primeras Décadas, que, corren impresas por el mundo, se dió noticia de una fuente que dicen tiene tal virtud oculta que, usando su agua bebida y en baños, hace rejuvenecer á los ancianos. Apoyándome yo en el ejemplo de Aristóteles y de nuestro Plinio, me atreveré á dar cuenta y consignar por escrito lo que no vacilan en afirmar de viva voz hombres de suma autoridad; pues ni Aristóteles escribió de la naturaleza de los animales lo que él hubiera visto, sino lo que únicamente le contó Alejandro Macedonio, á quien con muchísimo gasto envió á investigar esas cosas, ni tampoco Plinio anotó veintidós mil cosas notables sino apoyándose en lo que otros habían dicho y escrito.

3. Los que yo cito, á más de cartas de ausentes y lo dicho de viva voz por los que van y vienen frecuentemente, son el Deán aquel, y el senador Ayllón, jurisconsulto que se han mencionado, y el tercero el licenciado Figueroa, enviado á la

Española de presidente del Senado y para que pidiera cuentas de su administración á todos los empleados, y á su arbitrio enderezara lo torcido, fomentara lo que fuera derecho, auxiliara á los buenos y castigara á los malos.

Los tres declaran unánimes que han oído lo de la fuente que restaura el vigor, y creyeron en parte á los que lo contaban. Dicen que ellos no lo vieron ni lo comprobaron con ningún experimento, porque los habitantes de aquella tierra Florida tenían las uñas muy afiladas, y eran acérrimos defensores de sus derechos; no quieren ver huéspedes, y menos de éstos que tratan de quitarles la libertad y ocupar su suelo patrio. Pasando en flotas desde la Española y con viaje más corto desde Cuba, se propusieron varias veces los españoles sojuzgarlos y establecerse en sus costas; pero cuantas veces acometieron esa empresa, otras tantas fueron rechazados, derrotados y muertos por los indígenas, que,

aunque van desnudos, pelean con muchas clases de armas arrojadas y con flechas envenenadas. De esto puso el Deán un ejemplo.

Tienen de criado á un yucayo que se llama Andrés Barbudo, porque, entre sus (*conterráneos*) imberbes, él salió con barbas. Se dice que éste nació de padre ya muy anciano. Desde su isla natal, cercana de la región Florida, atraído por la fama de aquella fuente y por el anhelo de alargar la vida, preparando lo necesario para el viaje, al modo que los nuestros por recobrar la salud van de Roma ó de Nápoles á los baños de Puteoli, marchó á tomar la deseada agua de aquella fuente; fué, se detuvo allí, bañándose y bebiendo el agua muchos días con los remedios establecidos por los bañeros, y se cuenta que se fué á su casa con fuerzas viriles, é hizo todos los oficios de varón, y que se casó otra vez y tuvo hijos; este hijo suyo pone por testigos de ello á muchos de los que fueron traídos de su patria,



Yucaya, los cuales afirman que vieron á aquel hombre ya casi decrepito, y después rejuvenecido y con fuerzas y vigor corporal.

4. Yo no ignoro que estas cosas van contra la opinión de todos los filósofos, los cuales juzgan que no es posible el regreso de la privación al hábito. Los vapores acuoso y aéreo del humor radical se han perdido, ó por lo menos disminuído en el anciano, lo confieso; pero al hombre de tierra que se ve dominado del frío seco, le es dado convertir la sustancia de cualquier comida y bebida en su naturaleza tétrica y triste. Yo no concedo que aquel hábito perdido cuando languidece el calor natural se perturbe hasta corromperse; por eso, el que no se atreve á creer cosa ninguna más que lo probable y acostumbrado, preguntará cómo pueda suceder lo que aquéllos dicen.

5. Así, pues, entre las afirmaciones de ellos y los argumentos fuertes de los antiguos sabios, vacilando yo sobre si es posible que,

aparte de los milagros divinos, tenga la naturaleza tanta virtud, no apoyándome en las medicinas de Medea, con las cuales fingen los griegos que rejuveneció á su suegro Eson, ni en los versos de Circe con que cambió en animales á los compañeros de Ulises y los volvió, sino enseñado con ejemplos de animales brutos; me propongo argumentar sobre este asunto tan insólito é imposible á juicio de muchos, para que no formemos juicio de que hombres tan graves hablaron enteramente sin fundamento.

Primeramente leemos de águilas que se renuevan, también de culebras que echando la piel vieja entre los espinos ó estrechas hendeduras de las rocas ó peñas, dejando allí el despojo rejuvenecen; de los ciervos que, absorbiendo por las narices el áspid oculto durante el invierno entre las tapias ó los límites de las cercas y mucho tiempo buscado, enterneciéndose por la fuerza del veneno con la blandura de carne cocida, y cambiando totalmente

la piel antigua, toma nueva carne y nueva sangre, si es verdad lo que se cuenta. Dígase lo mismo de las cornejas y cuervos, que se abstienen de beber en verano hacia el solsticio, durante los abrasadores vientos de la canícula, porque saben por natural instinto que en aquellos días son insalubres las aguas de las fuentes, y luego de los ríos que brotan del útero de la tierra, entonces menstruante.

¿Qué diremos asimismo de ciertas otras cosas, de las cuales autores no vulgares han dejado escrito mucho para la posteridad? Si esto es verdad, si la naturaleza, artífice maravillosa, se complace en mostrarse generosa y con tanto poder en las cosas mudas que no comprenden su excelencia, como en ingratos animales, ¿qué maravilla será que engendre y críe algo semejante en su seno tan variamente fecundo en lo que es más excelente (*en el hombre*)?

Vemos que se producen efectos varios por las propiedades de las

aguas que corren por varias hendeduras de la tierra, y de allí sacan varios colores, olores, sabores, cualidades y también pesos; y no menos manifiesto es que á cada paso se curan varias enfermedades con varias raíces, troncos, hojas, flores y frutos de árboles; y cuando falta, ó diré más propiamente, cuando está exuberante la pituita, se reproduce la suprimida bilis, y, por el contrario, cuando se echa á perder la sangre buena, se encuentra modo de purificarla disminuyéndola con jugo de flores ó hierbas, ó comiéndolas, ó con baños y medicinas á propósito, y así al que está enfermo por depresión de humores se le da la salud con sacudidas.

Si, pues, en esto suceden tales cosas, como es manifiesto, ¿por qué hemos de maravillarnos de que la pródiga madre naturaleza, para comprimir aquella parte terrestre, cualquiera que sea el humor radical, que fomenta algo, de modo que, restituyendo los vapores acuoso y aéreo, se renueve en la sangre el en-

torpecido calor natural, con cuya renovación se temple también la torpeza y pesadez, y con la restauración de todo esto la vieja casa se restaure con ayuda de tales adminículos? Así, pues, yo no me maravillaría de que las aguas de la tan asendereada fuente tuvieran alguna virtud aérea y acuosa, desconocida para nosotros, de templar el entristecimiento, aquel restaurando las fuerzas.





## CAPÍTULO II

---

SUMARIO: 1. Penalidades para remozarse.—2. Se responde á una objeción.—3. Una fuente de pez.—4. Una mina de piedras esféricas.

**N**o piense Vuestra Excelencia que esto se adquiere con comodidad, ó que se tiene que hacer sin tormento y espacio de tiempo, y sin ayunos y abstinencia de comidas agradables y de bebida, y tomando líquidos que saben mal al paladar. Los que desean alargar la vida pasan también sus dificultades, como los que van en busca de baños y los que desean verse libres de la molesta enfermedad de las pupas, que muchos piensan ser elefantina. Pues éstos, con motivo de tomar (*el agua de*)



la madera común en la Española, que se llama guayacán, por espacio de treinta días se abstienen de todas las comidas y bebidas acostumbradas, y con semejante ayuno les dejan los médicos tan débiles que á mí me parece que se pueden quitar mil géneros de enfermedades sin beber el cocimiento de guayacán, único que usan durante todo aquel tiempo.

2. Ahora responderé á una objeción tácita, que á primera vista parece legítima. Dijeron algunos: no solamente no hemos visto jamás, ni hemos oído á ningún hombre que haya obtenido aquella dote de la naturaleza, sino que á cada paso vemos que los ciervos, culebras, águilas y demás animales semejantes, que á juicio de los sabios alejan la vejez, á los pocos años se mueren.

Y en verdad que no va fuera de propósito el argumento en que se apoyan. A éstos les digo yo que, así como á pocos hombres les ha sido dado ingenio perspicaz, ó compren-



der lo que es sabiduría, así tampoco á todas las águilas, ciervos, cornejas y culebras les ha sido permitido penetrar el conocimiento de este arcano, pues los brutos tienen vario sentido de las cosas, como sucede en los hombres; y si conocen el arcano no pueden gozar de él, porque, teniendo presentes los tormentos pasados y las incomodidades de la larga vida, les espanta, y no cuidan de volver muchas veces á la misma tienda á comprar la misma mercancía. A los cuadrúpedos y aves de esta clase debe serles duro sufrir reiteradamente tantos fríos en invierno, tales ardores del sol en verano, y frecuentes faltas de alimento; pero más horrible al hombre por las sobreañadidas molestias del espíritu, que no tienen los animales, y mil desgracias á que está expuesto en las varias vicisitudes de las cosas humanas, por cuya causa á muchos les pesa el haber nacido, cuanto más no han de desear más largos años de vida entre las penas del fuego y del agua.

Los que anhelan más altos escalones en la rueda de la fortuna, roen con más amargura esta vianda; y así, la pródiga naturaleza, por don especial, ha puesto un término á la vida de los hombres, no sea que con el demasiado vivir se insolenten, ó caídos en la adversidad se desespere- ren, y por lo mismo la maldigan. Y si algunos, con las artes sobre- dichas de indagar sus secretos y practicarlos, engañaron tal vez á la naturaleza y supieron alargar la vida, deberá creerse que lo han lo- grado pocos, y esos pocos no con tanta ventaja que puedan hacerse inmortales, ó se les permita disfru- tar tan insólita prerrogativa por mucho tiempo.

Bastante y de sobra hemos diva- gado con esta discusión. De aquí tome ó deje cada uno lo que le aco- mode; pues estos escritos míos, ta- les cuales son, tienen que marchar de seguida á Roma con el nombre de Vuestra Excelencia para com- placer á varones insignes que me los piden.

3. Contemos algunas otras cosas que, aunque no son imposibles de creer, sin embargo son admirables, porque no las sabe ningún europeo, ni ningún habitante del mundo hasta ahora conocido. En la isla Fernandina, que es Cuba, mana una fuente de agua de pez. Hemos visto la pez, que se la han traído al César: es mas blanda que la pez de árbol, pero á propósito para imprimir y embrear los cascoss de las naves, y para los demás usos acostumbrados.

Vacilando yo también un poco, por lo nuevo de la cosa, cuando en otra diferente tenemos á mano un hecho semejante, dejo de maravillarme. Dejando á un lado la sal de roca, de pozo ó de mar, si las aguas que corren por alguna parte por los valles, como sucede en todos los reinos de Castilla, reteniéndolas en eras se convierten en sal cuajada por el calor ardiente del sol, ¿quién se maravillará de que, por igual designio de la naturaleza, con las aguas de aquella

fuente, llevadas por los aluviones á algunas cavernillas y receptáculos fuera del álveo del propio arroyo que corre, y vueltas á lo llano, pueda suceder igualmente que, sometidas á un sol muy fuerte, se condensen en pez y se endurezcan?

4. Otra cosa hay que no debe omitirse. En la propia isla Fernandina hay un monte que cría globos de piedra tan redondos, que ningún artífice podría redondearlos más; pesan como el metal, y valen para saciar la insana rabia de los príncipes en la guerra. Aquel licenciado Figueroa, que dije fué nombrado Presidente de todos los magistrados de la Española para que les pidiera cuenta de la administración de justicia, trajo varios: vi todos los que se le ofrecieron al César. El monte aquel cría esas pelotas, desde las balas de escopeta hasta las propias de cañones y culebrinas. Uso palabras vulgares (*escribiendo en latín*) cuando no las tiene la antigua lengua latina, y séame permitido poner cubierta nueva á

lo nuevo que sale á luz, con permiso de los que no lo dan: quiero que me entiendan. Los que él trajo y nosotros vimos, ni eran menores que una avellana, ni mayores que una pelota pequeña de jugar; pero dice que se crían allí naturalmente mayores y menores.

Con el fin de averiguar si la materia de aquella piedra está mezclada con algún metal, le dimos una á un herrero para que la rompiera: y es tanta su dureza, que casi le estropeó juntamente al herrero el martillo y el yunque antes que hacerse pedazos. Una vez partida, juzgaron que tenía venas de metal: mas de qué metal fueran, ya no lo investigaron. Estas pelotas se guardan también en el depósito del César.

Otras cosas no desagradables se me han ocurrido: me parece que no dejarán de agradar á Vuestra Excelencia ni á sus cortesanos amantes de leer, y en particular á los desocupados.





## LIBRO VIII

---

### CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Cueva misteriosa.—2. Vegetales medicinales.—3. Más sobre el pez pescador.—4. Y sobre la isla de amazonas.

**E**N las primeras Décadas se hizo mención de una cueva grande del mar que hay en la Española en la región Guacayarima, que se extiende algunos estadios dentro de altas montañas mirando al Occidente: ahora se navega por dentro de aquella cueva. En su último rincón, obscuro porque los rayos del sol aun en su ocaso apenas penetran por sus entradas, dicen con horror los que



entraron que les hacía temblar las entrañas el formidable estrépito de las aguas que caen desde alto á la cueva.

Es gracioso oír lo que los indígenas creen acerca del misterio de aquel antro, según se lo han transmitido sus antepasados. Piensan que la isla tiene espíritu vital, y que aspira y respira, y come y digiere cual vivo animal monstruoso de sexo femenino. Juzgan que la caverna de aquel antro es la natura femenina de la isla y el ano por donde expelle sus excrementos y echa sus inmundicias: prueba es el nombre que la región tiene de la cueva, pues *guaca* es región ó cercanía, y *yarima* es ano, ó lugar de limpiar.

Cuando oigo estas cosas, me acuerdo de lo que creía la ruda antigüedad acerca del fabuloso Demogorgón, que respiraba en el útero del mundo, y así causaba el flujo y reflujo del mar. Con estas cosas fabulosas mezclamos algunas verdaderas.

2. Cuán feliz es por varios conceptos la Española, y cuán feraz de muchas cosas preciosas, lo dije muchas veces en mis (*libros*) anteriores á Ascanio y á los Pontífices León y Adriano: encuentran en ella gran variedad de materias medicinales, cada día más.

Del árbol de cuyos troncos, cortados y reducidos á polvo, cociéndolos se hace una bebida para quitar de los huesos y las medulas la infeliz enfermedad de las pupas, por una parte yo he dicho bastante, y, por otra parte, los pedazos de esa madera que corren por toda Europa hacen formar juicio. Cría también innumerables especies de cosas aromáticas, así hierbas como árboles, y abundancia y variedad de goma destilada, en cuyo número está la que los boticarios llaman eneldo, conveniente para aliviar la pesadez de cabeza y los vértigos. También el licor mahate de ciertos árboles, casi aceitoso. Cierta italiano sabio llamado Codro, que para investigar las cualidades de las co-

sas recorrió aquellos lugares con permiso que obtuvo (pues de otra manera no puede hacerlo ningún extranjero), persuadió á los españoles de que aquel licor tiene la virtud del bálsamo.

3. Ahora repitamos algo acerca del pez cazador, que me incomodó un poco en alguna ocasión. En los primeros libros de las Décadas á Ascanio, no me equivoco, entre otras cosas admirables por lo nuevas y desusadas, dije que los indígenas tenían un pez que cazaba los otros peces. Al modo que nosotros cogemos al cuadrúpedo con otro cuadrúpedo y las aves con otras aves, así ellos se acostumbraron á coger unos peces con otros.

Riéronse de mí en Roma, sobre esto y otras varias cosas semejantes los que tienen propensión á la maledicencia, en tiempo del Papa León, hasta que, regresando allá de su legación de catorce años en España, por los Pontífices Julio y León, Juan Rufo de Forli, arzobispo de Cosenza, que conocía cuan-

to yo escribía, les tapó la boca á muchos con su testimonio en auxilio de mi buena fama.

También á mí al principio me pareció duro de creer. Por eso investigué de los antedichos varones autorizados y de otros muchos qué es lo que hay de ese pez, y dicen que eso lo vieron en los pescadores como cosa tan común como lo es entre nosotros el perseguir las liebres con galgos, ó al jabalí estrechado entre cercas con mastines, y que ese pez es sabroso de comer; y teniendo la figura de anguila, y no siendo mayor, se atreve á embestir á los peces más grandes y á las tortugas mayores que un escudo, al modo que la comadreja embiste á la paloma y á otro animal más grande si puede llegar á él, y saltando sobre la cerviz lo acosa hasta matarlo.

Este pez los pescadores lo tienen atado con una cuerda en el casco de su lancha: el pez está poco distante del casco para no ver el fulgor del aire, que no sufre de modo

alguno. Y lo que es más admirable: tiene en el colodrillo una bolsa tenacísima, con la cual, así que ha visto nadando cerca de sí otro pez, con su movimiento da la señal de coger la presa; alargándole la cuerda cual perro suelto de la cadena, se echa sobre la presa, y, volviendo el occipucio, echa la bolsa aquella de piel á la cabeza y salta sobre la presa si es un pez grande; pero si es enorme tortuga, (*la agarra*) donde se deja ver fuera de la concha, y no la suelta jamás hasta que, tirando poco á poco de la cuerda, le arri-man al lado de la lancha. Entonces los pescadores, si es un pez grande (que de los pequeños no cuidan), echándole garfios tenaces le matan; después le acercan hasta que vea el aire, y entonces suelta la presa; pero si es una tortuga se tiran al mar los pescadores (*indios*), y en hombros la levantan hasta que sus compañeros la agarran con las manos.

Una vez suelta la presa, el pez se vuelve á su sitio, y allí perma-

nece fijo hasta que le dan de comer de la presa, como al halcón de la codorniz cogida, ó hasta que otra vez le suelten para cazar. De cómo los cría el amo, se dijo bastante en su lugar. Los españoles llaman á aquel pez revuelto (*reversum*), porque embiste á la presa y la coge con su bolsa de piel, revolviéndose.

4. Mas acerca de la isla Matinínó, de la cual no dije yo, sino que referí haber oído, que la habitan mujeres solas á estilo de amazonas, lo dejan en duda estos testigos, como yo entonces; sin embargo, Alfonso Argollo, secretario del César para las cosas de Castilla y cuestor para recaudar aquí las rentas de la Ilustrísima Margarita, tía del César, el cual ha recorrido aquellas regiones, afirma que es historia y no fábula. Yo doy lo que me dan.







## CAPITULO II

---

SUMARIO: 1. Isla abundante de sal y de peces. — 2. Aguas de río medicinales.—3. Sitios de mucha pesca.—4. Onocrótales.

**E**L Deán aquel me refirió otras cosas no indignas de saberse y confirmadas por otros muchos. Hay una isla que dista de la Española como setecientas leguas, próxima al continente, llamada Margarita por cogerse allí perlas de las conchas en número muy grande; dista de la Margarita treinta millas un golfo del continente con figura de arco como la luna menguante ó la herradura de las mulas. Los españoles llaman á este golfo *anchón*.

Tiene de circuito unas treinta



millas, y le distinguen dos cualidades que tiene. Toda la parte de su playa que se baña con el flujo ó las procelosas tempestades, está llena de sal; pero en todas aquellas regiones que miran al Septentrión, hay poco flujo y reflujo: en las meridionales, al revés.

La otra cualidad es de peces, principalmente los róbalos y mujoles. Se junta en aquel golfo tal muchedumbre, que las naves no pueden navegar en él fácilmente por las grandes bandadas, que, dando en ellos las proas, se retardan: los pescadores, extendiendo las redes, con fácil impulso echan la bandada á la orilla. Allí hay tres clases de ayudantes: los que á pie, metidos en el agua de la playa hasta la rodilla, cogen á mano los pescados y se los dan á los que, dentro de la nave, los abren y destripan; éstos se los tiran á la mano á la tercera clase de compañeros, que salan el pescado con la sal que con este fin han recogido en la playa. Así salados, los extienden al sol en la lla-

nura arenosa, y en un solo día se curan. Porque allí tienen mucho ardor los rayos del sol, ya porque están próximos al equinoccio y rodeada de montes la planicie, á la cual caen rodando los rayos, ya porque naturalmente el sol, dando en la arena, la calienta más que no á la tierra de meollo. Cuando se han secado, los cogen hasta llenar la nave. De la sal lo mismo: le es lícito á cualquiera cargar las naves de ambos productos. Llenan toda la comarca de aquellos peces; la misma Española, madre común de aquellas tierras, apenas usa otro pescado salado, en particular de aquella clase.

Acerca de las perlas, cómo se crían y crecen y se cogen, se ha explicado latísimamente en las primeras Décadas.

Los mismos varones graves que trato frecuentemente en mi casa con motivo de los negocios que tienen en nuestro Senado, dicen que hay en la Española, en la ciudad episcopal de la Concepción, dos

ríos pequeños, vadeables cuando no hay aluviones repentinos de lluvias extraordinarias, de los cuales el uno se llama Baho y el otro Zate, guardándoles los antiguos nombres de la tierra. Ahora los españoles, por las dotes que diré, al sitio donde se juntan le llaman confluencia.

2. De tanta distancia de mar como hay desde el estrecho gaditano hasta el principio de la Española, que son, poco más ó menos, cinco mil millas de mar, que se navegan sin ver más que cielo y agua, por el cambio también de las comidas y las bebidas, y en particular del aire, por estar la Española y Jamaica muchos grados más allá del trópico de Cáncer, hacia el equinoccio y Cuba, en la misma línea del trópico, que casi todos los filósofos juzgaron inhabitable y tostada por el sol, dicen éstos que los recién idos caen por lo regular en varias enfermedades. Y cuentan que si van á las aguas de los ríos Baho y Zate, ya mezcladas en un álveo, bebiéndolas y lavándose en ellas, quedan limpios

en el solo espacio de quince días, y dentro de otros tantos se curan de los dolores de nervios y medulas, y que también han sanado los que se consumían de fiebres y los que padecían tumor en los pulmones; pero que si se empeñaban en bañarse ó usar de aquellas aguas por más tiempo, les entraba disentería.

Por eso los que se dedican á recoger oro de sus arenas, pues no hay río que no lo tenga, ni tampoco parte alguna de tierra, se atreven á hacer bañar en el álveo de aquellos ríos á los operarios hacia el medio día, y no les permiten beber aquellas aguas, aunque sean dulces y de buen gusto, porque fácilmente causan la disentería, principalmente en los que están buenos.

3. Dicen los mismos que en la punta septentrional de Guacayari-ma de la región española, en corto trecho hay muchas islas de pequeño ámbito, que piensan estuvieron juntas en otro tiempo. Una de éstas se aventaja á las demás como excelente pescadería, y se llama Jabá-

que, con acento en la penúltima sílaba. Por algunas partes se puede vadear el mar entre aquellas islas, pero de trecho en trecho hay pozos profundos, y vastos y frecuentes remolinos. Cuentan que los pozos están llenos todo el año de varias clases de peces, que se juntan como en un refugio seguro: como en la era puede el amo barrer el trigo amontonado, así dicen que pueden con poco trabajo llenar de peces las naves los que á eso van.

4. Es gracioso oír lo que cuentan de ciertas aves marinas, mayores que águilas y buitres; por lo que dicen, conjeturo que son los voraces onocrótalos, pues dicen que tienen una garganta muy ancha, tanto que á la vista de todos se tragó sin romperlo medio capote con que se cubría un soldado, que se lo tiró al ave cuando ésta le embestía con rabioso chillido, y después que la mataron se lo sacaron del buche sin que lo hubiera roto. Dicen que de un bocado se tragó vivos peces de cinco libras ó más.

Y como se alimentan de peces, no es fuera de propósito decir cómo cogen su presa nadando ésta bajo las aguas del mar, aunque ellos no se sumergen como otras aves marítimas, patos, ánades y cuervos marinos. Elevándose á lo alto, á modo de milanos y alcotanes, dan vueltas en el aire y esperan que el pez salga á la orilla; al resplandor del aire, vuela alrededor gran bandada, y á veces se tiran á la presa muchos de una vez con rapidísimo descenso, de modo que el mar mismo se abre en espacio de medio brazo. Con aquel estruendo se queda atontado el pez y se deja coger. Las más veces cogen un pez grande entre dos compañeras: entonces da gusto ver desde las naves, si las hay, ó desde la playa, cómo riñen; ninguna suelta la presa, hasta que, partida en pedazos, cada una se lleva el suyo.

Dicen que esa ave tiene palmo y medio de pico, más encorvado que el de cualquier otra ave de rapiña, y el cuello muy largo, y las alas



más largas que el águila ó el buitre, pero que es tan flaca que apenas tiene tanta carne como las palomas. Por eso, para sostener el gran peso de su ancho buche, la pródiga naturaleza le ha dado grandes alas, puesto que no eran menester para llevar el ligero cuerpo. A estas aves les llaman los españoles alca trices.

Abundan además en aquellas regiones otras muchas aves que nosotros no conocemos, y en particular loros de varios colores y tamaños, como gallos, y mayores, y otros menores que pajaritos, y no son menos comunes allí las bandadas de loros que entre nosotros las codornices y grajos. También ellos comúnmente comen tordos y tórtolas como nosotros, y en las casas crían por gusto papagayos en vez de jilgueros y picazas.

También hay otro don de la naturaleza que no es para callado.









## LIBRO IX

---

### CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Abundancia de anguilas.— 2. Precocidad de los animales.— 3. Arbol de la canela.— 4. Plátanos.

**H**AY en la Española una colonia con puerto, que se llama Zavana porque está en una planicie pantanosa y de mucha hierba, á propósito para criar bueyes y caballos, pues los españoles llaman Zavana á semejante llanura. La colonia tiene un buen río: en ciertas temporadas del año recibe en su álveo tantas aguas llovedizas que se llena toda la llanura, y eso que es anchísima, por

estorbar los collados y los límites de ella que las aguas corran libremente al puerto.

Aquel aluvión arrastra semejante cantidad de anguilas que, cuando el río vuelve á su cauce entre las algas palustres y la espesura de las cañas que allí nacen naturalmente, se quedan las anguilas en seco como enzarzadas. Al saber esto los marineros, si alguna vez les plugo ir en tiempo oportuno, con consentimiento de los vecinos pudieron cargar las naves de esa pesca; pero si adelantándose la inundación, como muchas veces acontece por la varia disposición del cielo, retardaron el ir á buscar las anguilas, ó si no teniendo paciencia para esperar por haber ido antes pensaron en marcharse, para que la abundancia exuberante de anguilas pudriéndose no corrompa el aire, echan al llano las piaras de cerdos y dan opíparo convite á los marranos, de que hay multitud increíble en las islas de los pocos que se llevaron de aquí.

2. Por la naturaleza de aquel clima, todos los cuadrúpedos ó están preñados ó lactando todo el año, y no es raro que hagan ambas cosas á la vez: las becerras y las pollinas conciben á los diez meses, y frecuentemente paren dos de una vez; y que viven más tiempo que en otras partes con el aire de nuestros climas, lo prueban con un ejemplo. El Deán arriba nombrado llevó á la Española, hace veintiséis años, una vaca que aún vive y pare cada año, según testimonio de los vecinos, y en mi presencia se ha jactado (pues está todavía entre nosotros) que con los nietos de la tal vaca sola y la prole sucesiva juntó un rebaño de más de ochocientas cabezas; de todas las aves cuentan lo mismo, que apenas salidas del nido se hacen adultas y tienden á engendrar nueva prole.

3. También merece otra alabanza entre los colonos de la episcopal de la Concepción, que es la sede de su deanato, y es que fué de los primeros que sembraron el árbol de la

canela, aunque con semillas lo hizo antes otro, y después él por medio de plantaciones; y es tanta ya la abundancia de esos árboles, de grandes como el moral, en la Española, Cuba y Jamaica (cuya mitra abacial hace poco que me dió el César con suma benignidad), que opinamos que de aquí á pocos años una libra ha de valer lo mismo que ahora nos llevan por una onza los farmacéuticos. Pero en las cosas humanas no nace nunca el regaliz sin que vaya junto algo de cizaña. Al olor de estos árboles acuden tantas hormigas, que se comen cuanto se siembra junto á ellos y en sus cercanías, y ya ocasionan á los colonos graves molestias.

De las bellotas de este árbol y de lo largo de sus vainas, se refieren cosas sabrosas. Al soplar los vientos, principalmente cuando maduran, es tal el choque de ellas, que parece que hay bandadas de patos y ánades graznando entre aquellos árboles. Cuentan que de este choque, según que el jugo esté verde ó

maduro, y según lo que pesa en la bellota la almendra y la medula, se producen varias modulaciones de sonidos no desagradables.

4. Acerca del árbol, que yo mejor llamaría col porque es como un cardo esponjoso, no sólido aunque se hace tan alto como el laurel, hay que repetir muchas cosas: en las primeras Décadas se hizo mención de él. Los que lo disfrutan le llaman plátano, aunque se diferencia muchísimo del plátano, y no tiene parentesco ninguno con él: como que el plátano es un árbol sólido y ramoso, más frondoso que los demás árboles, estéril, alto, recio, vivaz, como es de creer que Vuestra Excelencia lo habrá oído alguna vez; pero este otro, conforme lo he dicho, es casi inútil aunque da fruta, poco frondoso, muere cada año (*hebes*) es frágil, tiene sólo un tallo, sin ramas, echa pocas hojas, que de largas tienen cuando más brazo y medio, y de anchas dos palmos, agudas por abajo y muy parecidas á las hojas de la caña.

Cuando por el frío del invierno se ponen lánguidas, inclinan la cabeza, y por su propio peso miran á la tierra; es tan pródigo este árbol de su vida vegetal, que á los nueve meses, ó cuando más á los diez de haber nacido, se pasa, envejece y muere. Crece de repente, y cuando es adulto cría pocos racimos de su seno. Cada racimo procrea treinta frutas, y á veces algunas más: estas tienen en las islas la figura y el tamaño de un cohombro cortado; en el continente crían más grandes racimos y crecen más. Antes de sazonar son verdes: cuando maduran se ponen blancos. La pulpa se asemeja mucho á la manteca fresca en lo blanda y en el sabor. La primera vez que se prueba no agrada, pero á los que se han acostumbrado les sabe muy bien.

El vulgo de Egipto charla que ésta es la fruta de nuestro primer padre Adán con que manchó al género humano. Los extranjeros traficantes en inútiles aromas y perfumes y olores de la Arabia que



afeminan, y en inútiles perlas, que fueron á aquellas tierras en busca de ganancias, llaman á esas frutas musas; pero á mí no se me ocurre con qué nombre pueda llamar en latín á ese árbol ó col. He consultado varios autores latinos, y entre los modernos los que se tienen por latinísimos: ninguno me da norma. Plinio hace mención de cierta fruta que llaman mixa; cierto literato no mediocre dice que debe de llamarse *mixa*, porque esa palabra dista poco de musa. No me ha parecido bien, por cuanto Plinio afirma que de la mixa se hace vino; pero de ésta es un disparate decir que pueda hacerse.

Vi yo muchas de éstas, y comí no pocas en Alejandría de Egipto, cuando en nombre de mis reyes católicos, Fernando é Isabel, desempeñaba mi embajada para con el Sultán; yo no creo que de aquella pueda sacarse vino. Ahora contemos de dónde les fué esta fruta á los españoles que habitan en aquellas tierras, y por qué ya no les gusta.

Cuentan que primero la llevaron de aquella parte de la Etiopía que se dice vulgarmente Guinea, donde es común y nace espontáneamente. Una vez sembrada, se aumenta tanto, que muchos están arrepentidos de haberla plantado y criado en sus predios. Dondequiera que se siembra una vez, deja la tierra inútil para los demás productos, con perjuicio de la liberalidad de los altramuces, que benefician los campos: cría y extiende sus raíces con más fecundidad que la enredada grama ó la piedra de una montaña, de suerte que el campo en que entra ya no se puede limpiar ni con arado ni con azadón, sin que, renaciendo perpetuamente de cualquier raicilla delgada y capilar oculta entre los terrones, vuelvan á pulular nuevos hijos, que cuando salen de hondo tronco de tal manera chupan á su madre viva que apuran toda su virtud y la matan antes de tiempo. Lo mismo les sucede después á los mismos hijos, como en castigo de la poca piedad filial

que con su madre tuvieron, que en dando el fruto de seguida perecen. Es tan frágil, que, aun cuando se hace tan recia como el muslo de un hombre y tan alta como un laurel, según se ha dicho, con un golpe mediano de una espada ó de un bastón se troncha cual planta de cañaheja ó de cardo.





## CAPITULO II

---

SUMARIO: 1. Arboles sedosos.— 2. Utilidades del bejuco.—  
3. Plagas de mosquitos.— 4. Remedio en los cucuyos.

**H**AY en la Española, en el territorio del cacique Viejo, un árbol que se llama mocarix, cuyo nombre conserva todavía la región, y tiene el tamaño del moral copudo. En las puntas de las ramas cría algodón no menos útil que el de semillas que se siembra cada año. Otro árbol cría lana, como en la Escitia, buena para hilada y tejida; pero no la aprovechan porque ya la de carnero les es inmensamente más ventajosa y no tienen operarios del arte de la lana hasta el día de hoy. Se au-

mentarán poco á poco las artes mecánicas á medida que crezcan los pueblos.

2. No debe omitirse cómo la naturaleza les suministra espontáneamente cuerdas y maromas. No hay apenas árbol de cuyas raíces no pulule cierta hierba parecida á la verbena: llámánla bejuco, y es como los altramuces. Trepa por el tronco del árbol que le sirve de madre, más fuertemente agarrada que la yedra. Cuando llega á las últimas puntas se vuelve y rodea al árbol madre con tantas vueltas, que le cubre á modo de capota ó sombrilla y le defiende del demasiado calor. A propósito para atar cualesquier grandes costales y para llevar peso, así como para unir las vigas y junteras de las casas, dicen que sujetándolas con bejuco se mantienen más seguramente apretadas que clavándolas con clavos de hierro, porque ni se pudre nunca por la lluvia, ni se pone seco con las sales, y desgajándose un poco cede si la violencia de los huracanes con-

mueve la casa, pues las casas son de madera. Los indígenas llaman huracanes á los furiosos torbellinos de viento que solían arrancar de raíz grandes árboles, y muchas veces destruirles las casas. Las que estaban engalabernadas con clavos, saltando éstos, se desbarataban; pero las que estaban sujetas con nudosas ataduras de bejuco, en la sacudida no hacían más que vacilar, y luego volvían á su sitio, arreglando el engalaberno. Al principio de ocupar los nuestros la Española se veían muy molestados de estos furiosos huracanes.

Durante ellos, afirman que con frecuencia se dejaron ver los demonios del infierno, pero que cesó aquella horrenda calamidad desde que se presentó en la isla el sacramento de la Eucaristía, y que ya no volvieron á verse más los demonios, que solían aparecerse familiarmente á los antiguos, de noche. Por eso á semejanza de tales espectros hacían sus zemes, ó sea simulacros adorables de madera, ó de tela de



algodón, rellena también de algodón hasta darle la dureza de la piedra, á la manera que los pintores dibujan vestiglos en las paredes para aterrorizar á los hombres y apartarlos de maldades. A tu tío Ascanio, cuando la fortuna era para él una madre, le envié con otras cosas dos zemes de los que trajo Colón, primer descubridor de los arcanos del océano.

Bejuco puede cualquiera cortar como á tajo cuantos brazados necesite para cualquier cosa que se le ocurra.

3. Atendamos ahora á otro beneficio admirable de la naturaleza. En la Española y en las otras islas del océano hay lugares pantanosos muy á propósito para apacentar rebaños. Las colonias levantadas en sus orillas se ven terriblemente atacadas de varias especies de mosquitos que cría aquel calor húmedo, y eso no solamente de noche como en las demás regiones; por eso los habitantes edifican las casas bajas, y dejan en ellas puertas



pequeñas, por donde apenas puede entrar el amo, y sin agujeros para que no puedan entrar los mosquitos. Por lo mismo se abstienen también de encender teas, porque los mosquitos tienen instinto natural de ir á la luz, y, sin embargo, muchas veces encuentran por donde meterse.

4. La naturaleza envía aquella peste, y la misma da también el remedio. Así como á nosotros nos ha dado gatos para extirpar la fea raza de los ratones, les ha dado á ellos astutos cazadores de los mosquitos, que les son por varios títulos ventajosos: les llaman cucuyos. Estos son unos gusanos con alas, inocentes, poco más pequeños que los murciélagos. Yo les llamaría mejor una clase de escarabajos, porque en la misma disposición que ellos, debajo del ala que sirve de dura vaina, tienen otras alas que esconden debajo de aquélla cuando no vuelan.

A este animal, al modo que de noche vemos relucir las moscas

nocturnas, y entre la espesura de las cercas á ciertos gusanos perezosos, la próspera madre naturaleza le dió cuatro espejos muy brillantes: dos en el sitio de los ojos, y dos en los ijares ocultos bajo la cáscara, los cuales manifiesta cuando sacando sus alas finas, como lo hacen los escarabajos, se echa á volar, y así cada cucuyo lleva consigo cuatro luces. Pero da gusto oír de qué manera son remedio de un mal tan grande como es el verse acosado de los aguijones de los mosquitos, que en algunas partes son poco menores que las abejas.

El que advierte que tiene en su casa estos tan malos huéspedes (como son los mosquitos) ó teme que se le entren, procura coger cucuyos, á los que engaña con esta industria inventada por la admirable maestra la necesidad. El que necesita cucuyos, sale de casa en el primer crepúsculo de la noche llevando en la mano un tizón encendido; se sube á cualquier altura próxima donde puedan verle

los cucuyos, y, llamándolos á voces, da vueltas al tizón gritando fuerte: cucuyo, cucuyo. Piensan sencillamente algunos que, gustándoles el sonido de la voz que les llama, acuden volando los cucuyos; mas yo creo que van al resplandor del tizón, porque á cualquier luz acude un enjambre de mosquitos, que los cucuyos se comen en el aire mismo, como los vencejos y las golondrinas.

Cuando ha venido el deseado número de cucuyos, el cazador suelta de la mano el tizón: á veces algún cucuyo se va tras el tizón y se deja caer al suelo. Entonces puede cogerle fácilmente el que lo necesita, como el caminante coge al escarabajo cuando lleva cerrada la cáscara. Otros niegan que suelen cogerse así los cucuyos, sino que dicen que los que van á cazarlos tienen preparadas unas ramas muy frondosas, ó anchas telas con las que le pegan al cucuyo cuando va volando alrededor, y le echan al suelo, donde caído está torpe y se

deja coger, ó, según otros dicen, cuando se deja caer echánle encima la dicha rama frondosa ó la tela, y le cogen.

Como quiera que sea, el que ha ido á cazar el cucuyo, cuando ha cogido á este cazador se vuelve á su casa, y cerrando la portezuela de ella, le suelta. El cucuyo, volando precipitadamente, da vuelta á la casa en busca de mosquitos: debajo de las camas colgadizas y en torno de la cara de los que duermen, que suelen atacarla los mosquitos, parece que está de guardia para que puedan dormir los allí encerrados.





### CAPITULO III

---

SUMARIO: 1. De la luz que dan los cucuyos, y cómo se aprovechaba.— 2. Culebrillas malignas.— 3. Las amazonas.

**O**TRA ventaja útil y graciosa proviene de los cucuyos. Cuantos ojos abre cada cucuyo, tantas luces disfruta su huésped. A la luz del cucuyo, que va revoloteando, hilan, cosen y tejen los indígenas y tienen sus danzas: éstos creen que le gustan las armonías de los que cantan, y que él también ejecuta en el aire los movimientos de los que bailan; pero es que él, siguiendo las varias vueltas de los mosquitos, por necesidad describe muchos círculos volando arrebatadamente por comer.

También los nuestros leen y escriben á la luz, que brilla siempre en el cucuyo mientras tiene aquélla su regalada vianda; pero en habiendo apurado los mosquitos, ó ahuyentándose ellos, él comienza á tener hambre y su luz va faltando; por eso cuando observan esto, abriéndole la portezuela, le dejan ir libre para que se busque la comida.

Por entretenimiento, ó por hacer miedo á los que temen cualquiera sombra, cuentan que muchos maleantes á veces se frotan la cara de noche con la carnegilla de un cucuyo muerto para salir con la cara reluciente al encuentro de sus vecinos, que han expiado por dónde irían, como á veces entre nosotros los jóvenes traviesos, poniéndose una careta con la boca abierta y grandes dientes, procuran asustar á los niños ó á las mujeres, que se espantan de poco, pues la cara restregada con la masa del cuerpo reluce cual llama de fuego; pero luego se debilita aquella virtud luminosa y se extingue, no siendo



más que cierto humor luciente que hay en una poca materia.

Otra ventaja maravillosa se saca del cucuyo. Los isleños enviados de noche por los nuestros, caminan más á gusto atándose dos cucuyos en los pulgares de los pies; guiándose por su luz, andan tan bien como si llevaran consigo tantas candelas cuantas luces llevan descubiertas los cucuyos, y aun toman otro en la mano para buscar uthias de noche. Son las uthias cierta clase de conejos poco mayores que los ratones, y eran el único cuadrúpedo que conocían y comían hasta que llegaron los nuestros.

También pescan á la luz de los cucuyos, á la cual arte se dedican muchísimo, ejercitándose desde niños: de modo que al uno y el otro sexo lo mismo les da nadar que andar por tierra. Y no es esto maravilla si se tiene en cuenta el parto de las mujeres, que cuando conocen que se cumple el tiempo de dar á luz se salen al bosque vecino, y



allí, agarrando con ambas manos las ramas de algún árbol, paren sin auxilio de ninguna comadre; y corriendo, la misma madre lleva en brazos la criatura al próximo río. Allí, una y otra vez, ella misma se lava y lava al hijo, y lo restrega y le sumerge, y se vuelve á casa sin quejarse, sin hacer ruido, y le da de mamar. Después, todos los días, según costumbre, se lavan muchas veces y lavan al hijo. Esto lo hacen todas de igual manera. No falta quien diga que en algunas partes las que van á parir se van adonde hay agua, y allí esperan el parto, poniéndose en disposición (*cruribus apertis*) para que caiga al agua. Cuéntanse por muchos cosas varias respecto á esto.

Cuando poco antes de medio día estaba yo escribiendo esto del gracioso cucuyo, se me ha presentado de improviso, acompañado de Camilo Gilino, á quien tengo siempre en mi casa, ya porque es servidor de Vuccencia, ya porque me gustan sus costumbres, el portero de la

cámara del César, Santiago Cañizares, que desde los primeros comienzos de estas cosas, con no pocos amigos jóvenes amantes de novedades, palaciegos de los reyes católicos Fernando é Isabel, había marchado con el propio Colón, cuando, obtenida la segunda armada de diecisiete naves, se fué á la empresa del océano, de la cual escribí con bastante extensión á Ascanio.

Este (*Cañizares*), durante la comida, contó muchas cosas en presencia de Gilino. Al ver que yo había hecho mención del cucuyo, dijo que vió el primero en cierta isla de los caníbales, entre las tinieblas de una noche obscurísima, cuando, habiendo desembarcado, estaban tendidos en la arena, un solo cucuyo que, saliendo del bosque próximo, relucía tanto sobre sus cabezas, que los compañeros podían verse y conocerse perfectamente unos á otros, y jura que podían leerse fácilmente las cartas con su luz. Lo mismo declara un varón de peso, ciudadano de Sevilla, que se llama P. Fer-

nández de las Varas, uno de los primeros habitantes de la Española, y el primero que en ella edificó desde los cimientos una casa de piedra; afirma que leyó cartas muy largas á la luz del cucuyo.

2. Y no pasaré por alto lo que éste contó de unas pequeñas culebri-llas delgadas y malísimas. De ellas refiere que se suben rápidamente á los árboles próximos á los caminos, y cuando advierten que va á pasar por allí algún caminante, con la cola se cuelgan de una rama, y soltándose de ella embisten al incauto pasajero y se le tiran á la cara para herirle en el ojo, y que no se propone herirle en otra parte más que donde el ojo brilla (*en la niña*); pero pocos incurren en esta desgracia, porque una larga experiencia les ha enseñado la cautela de pasar apartándose de los árboles sospechosos. Cuenta medio espantado, este varón distinguido, que se le tiró á él una, y que le habría herido si no hubiera sido que, avisado por un isleño que le acompañaba<sup>1</sup>, le-

vantó la mano izquierda contra el animal que se arrojaba. Dicen que es terrible su aguijón.

3. Añaden también éstos que es verdad lo que se cuenta de la isla habitada solamente por mujeres que á flechazos defienden [con bravura sus costas, y que en ciertas temporadas del año pasan allá los caníbales para engendrar, y que desde que están encintas ya no aguantan á los hombres, y que á los niños (*que les nacen*) los echan fuera y se guardan las hembras, de lo cual hice mención en las primeras Décadas, y lo dije así como por fábula. Poco más arriba referí que el secretario Alfonso Argollo dijo lo mismo que Cañizares. Me he enterado muy bien de este punto, que se pasó cuando se hizo larga mención de los ritos de los isleños; pues ni el jinete salta á la meta de un solo salto del caballo, ni las naves cruzan todo el mar con un solo soplo de los vientos.





## LIBRO X

---

### CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Fiestas sagradas.—2. Ayunos y oraciones.—  
3. Ofrendas.—4. Oráculos.

**E**N los buenos tiempos de los caciques, en ciertos días mandaban por medio de enviados y pregoneros convocar á los súbditos de su territorio para celebrar las ceremonias sagradas. Ataviándose á su modo y pintándose con varios colores de hierbas, como leemos que lo hicieron en otro tiempo los agatirsos, acudían los hombres, y particularmente los jóvenes; pero las mujeres, desnudas,

sin ningún género de teñido ni pintura si eran doncellas: las que habían admitido varón, se cubrían únicamente las ingles con enaguas. Uno y otro sexo se llenaban los brazos, muslos, pantorrillas y talones de cáscaras ensartadas de ciertos caracoles, que á cualquier movimiento producen un ruido agradable. Se adornaban la cabeza con festones de flores de varias hierbas: en lo demás, iban también desnudas.

2. Así cargadas de caracoles, golpeando el suelo con los pies, bailando, cantando y danzando, saludaban con reverencia al cacique, el cual, sentado en el umbral de su puerta, recibía á los que iban llegando tocando con un plectro el atabal. Habiendo de hacer las ofrendas sagradas á su zeme, quiero decir, al simulacro, semejante á los manes infernales según se pintan, á fin de que purgados sean más agradables á la deidad, metiéndose en la garganta hasta la epiglotis, ó digamos hasta la campanilla,



la paleta que cada uno lleva siempre en la mano en tales días, vomitaban y evacuaban el estómago (*pompam*) hasta no dejar nada.

Después de eso se iban al palacio del cacique, y se sentaban todos delante del zeme regio en círculos á modo de teatro, como las revueltas de un laberinto. Con los pies doblados debajo de sí como los zapateros, se estaban sentados y mirando al zeme cabizbajos: casi temblando de reverencia y temor, le pedían que no le fueran desagradables los sacrificios que le iban á hacer. De seguida, con su acostumbrado murmullo, le exponían sus votos al dios. Asisten al zeme los bobitos, que son sacerdotes y médicos diferentemente arreglados que los demás.

3. Entretanto que esto se hacía en el palacio del cacique, en otra parte las mujeres timbaleras se ocupaban en la ofrenda de las tortas. Hecha la señal por los bobitos, ceñidas con guirnaldas de varias flores, danzando y cantando sus himnos, que



llaman areitos, ofrecen tortas en canastos primorosamente labrados. Entrando, comenzaban á rodear á los que estaban sentados; éstos, levantándose como de un salto repentino, colmaban de maravillosas alabanzas al zeme, y referían cantando las hazañas de los antepasados del cacique. Después daban gracias al zeme por los beneficios que les había hecho, y le pedían humildemente que hiciera les salieran bien las cosas futuras. Por fin, cuando arrodillados ambos sexos ofrecían al dios las tortas, las santificaban recibíéndolas los bobitos, y las partían en tantos pedazos cuantos eran los hombres que allí se encontraban. Cada uno se llevaba intacta á su casa su partecilla, y la guardaba todo el año como cosa sagrada. Según se les persuadían los bobitos, pensaban que lo pasaría mal, y se vería expuesta á muchos peligros de fuego y huracanados torbellinos, la casa que careciera del tal pedacito.

4. Mas he aquí otra cosa no

poco ridícula. Después de hechas las oblacones, esperaban con la boca abierta respuestas de la deidad de madera ó de algodón relleno, al modo que la sencilla antigüedad del oráculo de Apolo. Si engañados, ó por el espíritu acaso incluído allí ó por los bobitos, se figuraban que había salido del zeme alguna voz, que los bobitos interpretaban á su antojo, dando gritos en alabanza suya, salían contentos cantando y tañendo, y pasaban todo el día al raso jugando y danzando.

Pero si no, tristes y cabizbajos, salían juzgando que estaba irritado el zeme, y tomaban aquel su silencio por gran maravilla; temían por eso enfermedades y otros quebrantos, y, si amenazaba guerra, temblaban por sus infelices resultados. Uno y otro sexo, con el cabello tendido, suspirando y derramando muchas lágrimas, privándose de adornos salían, y con ayunos y abstinencia de cosas dulces se mortificaban hasta quedar extremada-

mente débiles, mientras no llegaran á entender que se habían reconciliado con el zeme. Así lo han contado Santiago Cañizares y sus compañeros de trabajos.

Si me preguntas, Príncipe Ilustrísimo, cuáles mi parecer, digo que á mi juicio los engañaban los bobitos sacerdotes y médicos con algún arte mágico ó de embaucamiento. Pues son muy dados á los agujeros, y lo traen de sus mayores, á quien se aparecían frecuentemente los genios infernales y les imponían mandatos, como latamente se dijo en las primeras Décadas.





## CAPITULO II

---

SUMARIO: 1. Sacrificios humanos á Dabaiba.— 2. Capillas en palacio. — 3. Ayuno general. — 4. Trompetas y campanas. — 5. Pureza. — 6. El alma. — 7. Entierros inhumanos.

**A**MBIÉN en alguna parte del creído continente están entregados á ceremonias vanas que merecen referirse. Se explicó bastante en su lugar sobre lo que adoran en el gran río Dabaiba, que así como el Nilo se dice que desagua por muchas bocas en el mar de Egipto, así entra, y mayor que el Nilo, en el golfo de Uraba ó Castilla del Oro. Contemos ahora los ritos, que hasta ahora yo no conocía, y que me los han referido los de las colonias del Darién.

Dabaiba es el nombre de un si-

mulacro, así como del río. Á su templo, que dista de Darién unas cuarenta leguas, envían los caciques desde regiones muy distantes, en ciertas temporadas del año, esclavos para que los inmolen, y también veneran el lugar con numeroso concurso de pueblo. Delante de su deidad degüellan á sus esclavos, después los queman, persuadidos de que el olor de aquellas llamas es agradable al simulacro, como la luz de la cera ó el humo del incienso entre nosotros á los habitantes del cielo.

Dicen que allá en remotísimos tiempos, por haberse irritado aquella deidad, faltaron todos los ríos y fuentes, y que la mayor parte de los hombres de aquellas regiones perecieron de sed y de hambre, y los que quedaron, abandonando todos los lugares de las montañas, bajándose á las cercanías del mar, cavaron hoyos en la costa y se sirvieron de ellos en vez de fuentes.

2. Por eso todos los caciques, acordándose de tamaña calamidad,

por piadoso temor tienen en casa sus sacerdotes y sagrarios rodeados de antemurales, que barren y limpian todos los días, y tienen cuidado de que no haya en ellos nada de moho ó suciedad, ni tampoco hierba ú otra basura.

Cuando un cacique piensa pedir á su simulacro particular sol ó lluvias, ó cosa semejante de que necesite la comarca, se sube con sus sacerdotes á un como púlpito que hay en su sagrario de casa, para no bajarse de allí hasta que alcan- cen lo que piden al implorado numen. Con peticiones muy fervientes y rígidos ayunos instan, suplican rendidamente que les conceda lo que le piden y no les abandone.

Preguntándoles los españoles presentes á qué Dios hacen sus oraciones, dicen que aquéllos respondieron que al Dios que crió los cielos y el sol y la luna y todo lo invisible, y del cual proceden todos los bienes; y dijeron que Dabaiba, deidad general de aquellas regiones, fué la madre de ese criador.



3. Entretanto que el cacique y sus compañeros están orando en el templo, el pueblo así imbuído se mortifica con cuatro días de rígido ayuno, pues en este tiempo no toma nada de comer ni beber; y al quinto día, para que el estómago, estrechado con tanta necesidad, no se eche á perder, se toman sólo unos sorbos de una bebida líquida de harina de maíz, á fin de que poco á poco recobre las fuerzas desfallecidas.

4. No viene mal decir el modo que tienen de convocar para las cosas sagradas, y los instrumentos de que usan. Estimulados por la sed de oro, fueron un día los españoles con buen golpe de gente armada á recorrer las riberas del río Dabai-ba. Vencido el régulo que encontraron, les dió unos catorce mil pesos de oro batido en varias figuras muy bien elaboradas, entre las cuales encontraron tres trompetas de oro, y otras tres campanas también de oro, una de las cuales tenía seiscientos pesos: las otras eran menores. Preguntados para



qué les servían las trompetas y las campanas, dicen que respondieron que solían usar el toque de las trompetas para excitar la alegría de los días de fiesta y de los juegos, y el ruido de las campanas para llamar al pueblo á las cosas sagradas.

Las lenguas de las campanas parecían fabricadas á estilo de las nuestras, pero tan blancas y relucientes que á primera vista, si su longitud no hubiera indicado otra cosa, habrían creído los nuestros que estaban hechas de perlas ó de sus conchas: echaron de ver que eran de huesos de pescados. Dicen que tienen un sonido suave y dulce al oído, por más que el del oro sue- la ser sordo. Meneando las lenguas de las campanas lamen los labios de ellas, conforme lo vemos en las nuestras.

Había entre el botín mil trescientos cascabeles como los nuestros, que sonaban agradablemente, y bragas de oro *quibus includunt nobiles virilia funiculo post tergum ligata gosampino*.

5. Sus sacerdotes tienen que abstenerse de toda lujuria: si se encontrara que alguno había manchado el propósito de la castidad, ó moriría apedreado ó quemado: tienen formado juicio que al Dios aquel criador le agrada la pureza. Durante el tiempo del ayuno y la oración, aunque fuera de él andan siempre pintados, van con la cara lavada y limpia, y con las manos y los ojos levantados al cielo, y se abstienen, no solamente de malas mujeres ú otra cualquier impureza, sino también de las esposas.

6. Son hombres tan simples que no saben dar nombre á el alma, ni conocen su virtud, y así (*preguntándoles*) qué es lo invisible y desconocido que mueve los cuerpos de los hombres y de los brutos, se maravillan y hablan entre dientes: dicen que es no sé qué cosa misteriosa que ha de vivir después de la vida del cuerpo: ese nosequé creen que después de esta peregrinación, si ha vivido sin mancilla, y ha reservado el cuerpo que le dieron de

hacer injuria á nadie, irá á cierta felicidad eterna; por el contrario, si le deja caer en el lodo de alguna liviandad, ó en violento robo, ó en furiosa ira, dicen que se encontrará con mil tormentos que le están preparados en lugares tétricos, debajo del centro (*de la tierra*). Y al decir esto, alzando las manos, señalaban el cielo, y luego, bajándolas, el seno de la tierra.

7. Entierran los cadáveres en sepulturas. La mayor parte de las mujeres siguen vivas al marido en el sepulcro. Estos pueden tener cuantas quieran, excepto las afines y parientas, á no ser que sean viudas. Y en esto descubrieron cierta superstición ridícula en que están. La espesa mancha que se ve en la luna llena, creen que es un hombre echado al húmedo y frío globo de la luna para que allí sea perpetuamente atormentado padeciendo frío y humedad, en castigo del incesto que cometió con una hermana suya.

En los sepulcros dejan por arriba unos hoyitos, en que echan cada

año un poco de maíz y algunos sorbos del vino que hacen á su modo; piensan que de eso se aprovechan los manes de sus difuntos. Mas he aquí una atrocidad más cruel que toda otra barbarie. Cuando ocurre que se muere alguna mujer que está lactando, entierran juntamente la criatura viva, poniéndola á los pechos (*del cadáver*). La viuda, en algunas partes, se casa con el hermano ó el pariente del primer marido, en particular si dejó hijos. Se dejan engañar fácilmente por los embustes de sus sacerdotes, y así observan religiosamente mil géneros de tonterías. Esto en las vastas regiones del gran río Dabaiba.





### CAPITULO III

---

SUMARIO : 1. Almas inmortales y almas temporeras. — 2. Los aniversarios.— 3. Orgías en ellos.— 4. Zalemas al cacique reinante.— 5. Madera incorruptible.— 6. Bacanático fin de fiesta.

**P**ERO escucha otras cosas de éstas, que me las han contado hace poco varones graves que han explorado las costas meridionales de aquella tierra; cosas que pasaron por alto Gil González y sus consocios, pero que son dignas de saberse; pues á más del propio Gil, también otros, según lo he dicho muchas veces, investigaron con flotas varias comarcas de aquellas inmensidades.

Entre los caciques de aquellas regiones, aparte de otros errores fatuos, encontraron que estaban

imbuídos en uno jamás leído ni oído hasta el presente. En algunas partes les han enseñado que los reyes y los magnates tienen almas inmortales; pero de las almas de los demás creen que mueren con el cuerpo, excepto las de los sirvientes que necesitan los mismos príncipes, y sólo las de aquellos que cuando mueren sus amos se dejan enterrar vivos juntamente con el cadáver del amo; pues los antepasados les dejaron la creencia, y ellos la tienen por cierta, que las almas de los caciques, en desprendiéndose del vestido del cuerpo, van á delicias perpetuas, paseándose constantemente alegres por amenos jardines, comiendo y bebiendo, y ocupándose en juegos y danzas de doncellas, como lo tenían por costumbre mientras vivieron. Por esto á porfía se tiran muchos á los sepulcros de sus amos; y si los criados tardan en hacerlo, como lo hemos dicho alguna vez de las mujeres de los reyes en algunas regiones, juzgan que sus almas de eternas se hacen temporales.



2. Los herederos de los reyes y de los principales, por antigua costumbre, renuevan cada año la pompa funeral, que se arregla y verifica de este modo: el cacique, ó quienquiera que sea de entre los principales, acude con el pueblo y los de los alrededores al lugar del cadáver; el organizador de las honras lleva gran cantidad de vino hecho á su modo, y de toda clase de comidas.

Allí los de ambos sexos, pero en particular las mujeres, pasan toda la noche sin dormir, tan pronto deplorando con tristes ritmos y muecas la desgraciada suerte del difunto, principalmente si murió en la guerra á manos de los enemigos (pues ellos se consumen mutuamente en odios mortales por más que viven contentándose con poco); tan pronto, criticando la vida y costumbres del enemigo vencedor, con dicterios y denuestos rabiosos llámanle tirano, cruel y traidor, que con emboscadas, y no por su valor ni por su fuerza corporal, venció al

amo de ellos y devastó su territorio. Esta es la costumbre que tienen. Después ponen una imagen del enemigo, y parodiando una lucha se ensañan contra la estatua con varias acometidas, y, por fin, la cortan á trozos en vana venganza de su difunto.

3. Después se ponen á comer y beber hasta la embriaguez y la crápula, pues de semillas y hierbas que embriagan componen varias bebidas, como los belgas hacen la cerveza de los lúpulos, y los cántabros la sidra de manzanas. Luego emprenden las danzas y alegres cantares, hasta quedar del todo rendidos, ponderando con grandes alabanzas las virtudes de su señor, que era bueno y generoso y muy amante de su pueblo, y que tenía cuidado de repartir la siembra y la siega y todas las mieses en bien de su pueblo (porque éste es el cuidado principal de los caciques), y que en la guerra era soldado valeroso y astuto general. Volviendo otra vez al llanto, con los himnos del

principio lloran al muerto, diciendo á gritos: «¿Quién nos ha privado de ti, príncipe ínclito? ¡Oh infausto día que nos quitó tanta felicidad! ¡Ay, desdichados de nosotros, que perdimos tal padre de la patria!»

4. Habiendo hecho estas y semejantes exclamaciones, volviéndose al príncipe actual dicen maravillas de sus méritos, bondad y demás virtudes, y con desordenados saltos y danzas, cual bacantes furiosas, rodean al cacique y le miran con reverencia y le adoran, (*diciendo*) que ven en él el remedio presente y futuro de los males pasados, y el consuelo de sus aflicciones; como aduladores, le llaman el más elegante de los elegantes, el más hermoso de los hermosos, el más generoso entre todos lo que lo son: aclamándole todos á una voz, le proclaman piadoso, benigno, y otras muchas cosas semejantes.

Al amanecer salen de las casas, y encuentran allí preparada una canoa capaz de sesenta remos y más, con la imagen del difunto. Pues hay

allí árboles muy corpulentos, cidrosos, en particular los naturales de aquellas tierras.

5. Y de sus excelentes cualidades he sabido una poco ha, que yo no conocía hasta ahora. Dicen que estas tablas cidrosas, á más de otras buenas cualidades antiguas, por su sabor amargo son inmunes de la malhadada plaga de las culebrillas, que dondequiera que hay mar fangoso roen los cascos de las naves y los taladran más que una criba agujereada. Los españoles llaman á estas culebrillas *broma*.

6. Los mayordomos y administradores del cacique tienen preparada fuera la dicha lancha del difunto llena de las bebidas, hierbas y frutos que le gustaban cuando vivía, y de pescado, carne y pan, mientras sale el que ha ordenado la pompa (*fúnebre*). Saliendo los convidados, llevan en hombros la canoa alrededor, dando vueltas al palacio; y de seguida, en el mismo sitio en que tomaron la canoa para llevarla á costas, le prenden fue-

go y la queman con las cosas que tiene: piensan que aquel humo ha de ser gratísimo al alma del muerto.

Entonces todas las mujeres, hartas de vino sin medida, con el cabello tendido y sus vergüenzas del todo descubiertas, echando babas intemperantemente, tan pronto andando despacio como corriendo, temblándoles las piernas, á veces apoyándose en las paredes, cayéndose alguna vez y haciendo las bacantes con dejarse caer impúdicamente, por fin, tomando las armas de los hombres, vibrándolas, arman ruido, y tiran las picas y las armas arrojadizas, y manejan las flechas disparándolas á tontas y á locas aquí y allá, y dan golpes al palacio. Después de esto, rendidas, sin cubrirse sus vergüenzas, se tumban y duermen hasta que se cansan.

Esto es principalmente en la isla del mar austral llamada Casuaco, á la que los nuestros fueron de paso al mando de Espinosa.



## CAPITULO IV

---

SUMARIO : 1. Más abyección aún. — Agüeros. — Prostitución. — Lo que contaban de un monstruo volátil.

**P**ERO no debemos callar otra cosa que se ha pasado, aunque no es bastante limpia. Los jóvenes entregados á estas locuras, ejecutando arcitos á voces (son sus juegos), con una espina aguda de un pescado que en español y en latín se llama *raya* y en griego *bitis*, se taladran por medio el miembro viril, y agitándose con saltos y danzas rocían el pavimento del palacio con la sangre que les chorrea, y, por fin, echándose de un polvo descubierto para eso por los bautos (*bobitos?*) que hacen oficio de ciru-



janos, médicos y sacerdotes, en menos de cuatro días se curan las heridas que se hicieron.

Hay en aquellas tierras astutos magos y agoreros, y no dan comienzo á cosa alguna sin el augurio, ni á cazar, ni á pescar, ni á sacar oro de las minas; si piensan ir á buscar las conchas de las perlas, no se atreverán á mover un pie sin que antes el maestro de ese arte, el *tequenigua* (es nombre de dignidad), indique á su antojo que es tiempo (*de hacerlo*). Entre ellos no hay prohibido ningún grado de afinidad ó parentesco, aunque en otras partes se abstienen, y se juntan los padres con las hijas, los hermanos con sus hermanas, y los herederos reciben con los demás bienes, por derecho hereditario, á las mujeres de sus padres aunque sean madres. Dicen que son obscenos y públicamente sodomitas.

3. En otras partes existe asimismo otra costumbre, que también está en boga en nuestras islas Española, Cuba y Jamaica. Aquella

mujer es tenida por más generosa y honrada que, siendo capaz, haya admitido más hombres á unirse y con más profusión se haya prostituído. Ponen no pocos ejemplos, pero uno es chocante.

Pasaban de Jamaica á la Española algunos españoles mezclados con bárbaros de Jamaica: entre las mujeres había una muy hermosa, que se había conservado intacta hasta aquel día y amaba la castidad. Dirigiéndose á ella de acuerdo los españoles, comenzaron á llamarla avara y malamente codiciosa de su honor. Tal fué la lasciva chocarrería de los jóvenes desvergonzados, que casi pusieron rabiosa á la moza, y así determinó *suo prostratu quotquot coire vellent expectare*. La que antes había resistido, en aquella lucha estuvo muy generosa con los que le pedían abrazarla.

En aquellas islas es infame el nombre de la avaricia; pero en el continente, en muchas partes al revés. Aman la castidad conyugal,

y por ello son tan celosos que las mujeres que pecan contra ella lo pagan siendo degolladas.

Vamos á cerrar, Príncipe Ilustrísimo, la parte tuya con un monstruo portentoso. Lo que resta, ó si ocurre algo mientras lo esté escribiendo, el Pontífice Máximo, con su diploma de pergamino que me han traído hace poco, me manda que se lo dedique á él.

Cerca de la fuente del río Dabai-ba hay una región que se llama Camará, con acento en la final. Se cuenta por lo que recuerdan los que viven, que se levantó de repente en aquella región, por el Oriente, una tempestad sumamente violenta de vientos y torbellinos que arrancaba de raíz cualesquier árboles que encontraba al paso, y se llevaba por el aire muchas casas, principalmente las de madera; la cual tempestad cuentan que trajo á la región aquella dos aves, casi iguales á las decantadas arpías de los poetas, como que tenían de doncella la cara, barba, boca, nariz, los dientes, las

claras cejas, los venerables ojos y el aspecto.

La una dicen que era de tanto peso que ninguna rama de los árboles á que se llegaba la podía sostener sin desgajarse, y aun dicen que por su peso, en las peñas de las rocas adonde iba para pasar la noche, quedan aún las huellas de sus uñas. Mas ¿para qué recuerdo yo esto? Con tanta facilidad agarraba entre las uñas á un hombre caminante, y se lo llevaba para comérselo á las altas cumbres de las montañas, como los milanos suelen arrebatarse un polluelo. La otra, por que era menor, juzgan que sería prole de la más grande.

Los españoles que desde la desembocadura de aquel río recorrieron en sus flotas las regiones aquellas hasta cuatrocientas leguas, declaran que hablaron con muchos que vieron muerta á la mayor, y en particular los varones de peso que muchas veces he mencionado, el jurisconsulto Corrales y el chanetre Osorio y Espinosa.

Mas es digno de oirse de qué manera se libraron de semejante plaga tan grande los dabaibenses de Camará. Como la necesidad aguza el ingenio, los camaranos inventaron para matar el ave rapaz un medio que merece muy bien contarse. Cortaron una viga alta; en una de sus puntas esculpieron la efigie de un hombre, pues son diestros en el arte de hacer cualesquier imágenes: en una noche iluminada por la claridad de la luna, abrieron un hoyo en una senda próxima al camino por donde la prodigiosa ave se dejaba caer desde el vértice de las montañas en busca de presa, y la fijaron en el suelo dejando sobresalir la figura del hombre. Próximo al camino había un espeso bosque, en el cual se escondieron ellos preparados con sus arcos y dardos en emboscadas para hierirla.

Apenas salido el sol, se presentó el horrible monstruo. Se precipita desde la altura de los aires sobre la vana presa: se tira á la efigie, la agarra, la aprieta y le clavó las

uñas de suerte que no pudo revolverse, mientras saltando de sus emboscadas los bárbaros, le dieron tantos flechazos que se quedó con más agujeros que una criba. Soltándose por fin, cayó muerta allí cerca.

Atándola con cuerdas, y colgándola de largas picas, los que la mataron la llevaban en hombros por toda la vecindad para librar á la gente del miedo que había concebido, y para que se supiera que estaban ya seguros los caminos que la rabiosa ave había hecho intran-sitables. Sus matadores fueron tenidos por dioses, y aquellos pueblos los recibieron honoríficamente, no sin ofrecerles dones, como sucede entre muchas gentes donde, al que lleva las muestras de algún león, oso ó lobo que ha matado, le hacen regalos los vecinos que temían ser perjudicados por aquella fiera.

Dicen que tenía las canillas más gruesas que un muslo grande de hombre, pero cortas, como son las



de las águilas y demás aves de rapina. A la más joven, una vez muerta la madre, no la vieron más.

Ya, Dios guarde á Vuestra Excelencia, á quien deseo vida tranquila en el reino de sus mayores.







DÉCADA OCTAVA

*Al Pontífice Máximo Clemente VII*

---

## LIBRO PRIMERO

---

### CAPÍTULO ÚNICO

SUMARIO: 1. Introducción.—2. División.—3. Cortés y Garay.



BEATÍSIMO Padre: He recibido de Vuestra Beatitud un diploma en pergamino, con el anillo del Pescador según uso de los pontífices. Dos puntos comprende: el uno, alabanzas de lo que envié á sus predecesores acerca de las cosas del Nuevo Mundo. El otro, mandándome no permita que caigan en el ancho tragadero del olvido las demás

cosas que han sucedido. No niego que mereceré alabanza por mi deseo de obedecer; por el tosco modo de decir, si no merezco alabanza, mereceré á lo menos perdón. Estos asuntos tales y tan grandiosos, habrían merecido los alientos de Cicerón; conforme muchas veces he hecho protesta de ello en el discurso de los primeros (*libros*), he puesto un vestido vulgar, por no tenerlo de seda ú oro, á las hermosísimas nereides, quiero decir, las islas del océano llenas de perlas, y ocultas desde el principio del mundo.

Antes de que llegara á mis manos el mandato de Vuestra Beatitud, había yo dirigido al vizconde Francisco Sforzia, Duque de mi patria cuando su fortuna le mantenía libre de la mala voluntad del Rey Cristianísimo, según me lo exigían sus negociadores en la corte del César, la mayor parte de los apuntes posteriores á los enviados á Adriano y leídos por Vuestra Beatitud.

Mas al presente, debiendo dedi-

car mis vigiliass á Vuestra Beatitud, me ha parecido que será conveniente acompañar este de ahora con copia de lo anterior, aunque se dedicó á otro, así como el Colegio de los príncipes purpurados de la Iglesia suele ir delante del Pontífice en procesión, así esa Década ducal abrirá el camino. Lo que después de eso han contado varios de los que han tomado parte en los sucesos acerca de lo que les ha pasado á muchos varones, de los cuadrúpedos, aves, insectos, árboles, hierbas, ritos y costumbres de las gentes y del arte mágica, y del actual estado de Nueva España, y de varias flotas, recíbalo Vuestra Beatitud, de cuya autoridad á ninguno de los vivientes le es lícito separarse impunemente.

2. Citemos en primer lugar lo que le sucedió á Francisco Garay, gobernador de la isla Jamaica, que lleva el nombre nuevo de Santiago (cuya prelatura abacial me confirió hace poco la benignidad del César), cuando pensaba levantar una colo-

nia junto al río Panuco contra la voluntad de Fernando Cortés, lo cual por fin le ocasionó la muerte. Después (*diremos*) adonde fueron Gil González, que buscaba por el Septentrión el tan deseado estrecho, y Cristóbal de Olid, acerca de los cuales tocamos algo en la adjunta (*Década*) ducal. Después hablaremos algo de Pedro Arias, gobernador del creído continente, que iba en busca de lo mismo. De seguida citaremos al licenciado Marcelo Villalobos, juez del juicio en el Senado en la Española, y á su criado Santiago García Barrameda, que vino hace poco de al lado de Hernán Cortés, gobernador de Nueva España, y contó ciertas cosas de importancia.

También haremos comparecer aquí á otros muchos, y entre ellos á Fray Tomás Ortiz, de los bicolores frailes dominicos, varón de distinguida probidad, que vivió mucho tiempo entre los chirivichenses indígenas del creído continente, y no omitiremos á Santiago Alvarez



Osorio, de clara estirpe, sacerdote del episcopado de Darién, y dignidad de Cantor, el cual pasó también no pocos años al mando de Espinosa por la inmensidad aquella del mar austral, con sumas penalidades de cosas y peligros, y en la investigación de las regiones de Dabaiba. De los no cortos escritos de estos varones autorizados ausentes, y de lo que cuentan de viva voz los que vienen á negocios, escojo lo que tres Pontífices y otros príncipes me mandáis que os refiera.

3. Encabecemos, pues, la narración con la vida y el desgraciado fin de Garay. En los libros precedentes, dirigidos, me parece, al Pontífice Adriano, predecesor de Vuestra Beatitud, se ha dicho en muchos lugares que entre Hernán Cortés, conquistador de Nueva España y de sus grandes provincias, y este Garay mediaron odios ocultos, porque Garay parecía querer ocupar las tierras del Panuco, vecinas de las jurisdicciones de Cortés. Dijí-

mos también que este mismo Garay por dos veces fué derrotado, con sumas pérdidas por los indígenas del gran río Panuco, casi desnudos, y que las dos veces acudió á refugiarse en poder de Hernán Cortés, el cual lo rehizo viéndole falto de las cosas necesarias, como consta extensamente de mis escritos y los del propio Cortés, que corren por el orbe cristiano.





## CAPÍTULO II

---

SUMARIO: 1. Salida de Garay para el Panuco.—2. Mal consejo.—3. Buena ocasión mal aprovechada.—4. Por mal camino.

**H**AN llegado cuatro naves de Indias, y por las cartas de los que han compartido sus trabajos y desgracias, y por lo que de viva voz cuentan los que regresan (*de allá*), conocemos las vicisitudes de Garay. Éste, el día catorce de Junio <sup>1</sup>, con áni-

---

<sup>1</sup> El autor pone XVIII Kal. Junii. Esto, según las reglas, significa el 15 de Mayo; pero como este mes tiene los idus el día 15, debiera fechar por ellos, pues no hay XVIII Kal. Junii, sino únicamente XVII. En vista de tal anomalía podemos creer que la verdadera fecha del texto es 14 de Junio, en latín XVIII Kal. Julii. Véase lo que advertí sobre esto en el tomo primero de esta obra, pág. LV del Prólogo.

mo de ocupar, con permiso del César, las riberas del gran río Panuco, ya conocido, á fin de levantar allí la colonia que tiempo antes llevaba en cierne partió de Jamaica, llamada con nuevo nombre la isla de Santiago y gobernada por él mucho tiempo ha, con una armada de once naves que tenían cabida de seiscientos veinte y de ciento cincuenta toneles; dos eran de la clase que los españoles llaman carabelas, y otras tantas bergantines de dos órdenes de remos; el número de soldados, ciento cuarenta y cuatro jinetes, trescientos arqueros de á pie, doscientos arcabuceros, doscientos armados de escudo y espada. Se encaminó hacia Cuba, que se llama Fernandina.

Ésta corta el trópico de Cáncer; Jamaica está más al Sur, dentro de la zona que los antiguos llamaron falsamente tórrida. Cuba es casi doble más larga que Italia. Garay fué á su última punta de Occidente, que tiene puerto y se llama el

Cabo de las Corrientes, para tomar allí agua reciente y leña, y hierba para los caballos. Se detuvo algunos días.

2. Aquel cabo no dista muy largo trecho de los primeros límites de Nueva España, en donde manda Cortés en nombre del César, y allí supo que Cortés había levantado una colonia á la orilla del Panuco. Garay reunió á los capitanes, tuvieron consejo y deliberaron lo que debieran hacer. Algunos opinaron que debían irse en busca de nuevas tierras, ya que tantas se ofrecían, y que era de temer la fortuna de Cortés; otros aconsejaron no dejar la empresa comenzada, principalmente teniendo los diplomas del César, en que da su consentimiento para que aquélla se llame provincia Garayana.

Triunfaron los votos de los que se inclinaron á lo peor. Le agradó á Garay el pernicioso parecer de sus compañeros; y, una vez explorado el ánimo de los capitanes hizo el vano simulacro de fundar

un estado, y repartió los cargos para ganarse más la voluntad de los principales con los honores que les ofrecía. Rectores de aquella sombra de colonia nombró á Alfonso Mendoza, sobrino (ó *nieto*) de don Alfonso Pacheco, que fué Maestre de los Espatenses, y le dió por colega á Fernando Figueroa, vecino de Castro del César, de no humilde cuna, y otros dos que se había llevado de la isla de Cuba. Pretor urbano hizo á Gonzalo Ovallo, noble salmantino, pariente del duque de Alba, y á Villagrán, antiguo criado de la Casa real, y á Santiago Cifuentes, hombre del pueblo pero industrioso y discreto. También nombró de entre el pueblo soldados ejecutores, que los españoles llaman alguaciles, y ediles para corregir las pesas y medidas. Garray hizo que todos éstos le juraran fidelidad en contra de Cortés si se hubiera de proceder contra él por las armas ó de otra manera.

3. De este modo engañados por la esperanza, y no conociendo bas-



tante la fortuna, los sucesos y las mañas de Cortés, se dieron á la vela: si hubiesen sabido aprovechar la ocasión, buen cariz les presentó la fortuna. Sobrevino una tempestad del Sur que hizo equivocarse á los pilotos; atracando las naves, dieron con un río poco menor que el Panuco. Piensan que es el Panucio, y dista de aquél como setenta leguas al Septentrión, adonde les había transportado la fuerza de los vientos hacia la tierra florida, conocida tiempo ha.

El día veinticinco de Junio, en que España celebra la fiesta de su celestial protector Santiago, arribaron á la desembocadura de aquel río; echaron las áncoras, encontraron palmas á la orilla, y le llamaron el río de las Palmas. Gonzalo Docampo, cuñado de Garay, tomó el encargo de explorar los alrededores con un barco de dos órdenes de remos, que necesitaba de poco fondo. Subiendo río arriba Docampo poco á poco, trecho de quince leguas en el espacio de tres días,

vió que aquél recibía otros; y como tenía puesta la vista en el Panuco, mintió que era tierra inculta y desierta; pues más tarde averiguaron que la provincia estaba llena de pueblos, y era amena y feraz. Creyéronse la mentira, y determinaron marchar hacia el Panuco.

4. Los caballos habían ya enfermado de hambre, y los sacaron de las naves con la mayor parte de la gente de á pie. Se mandó á los marineros que fueran siempre navegando á vista de la playa, como si tuvieran imperio sobre las olas. El mismo Garay echó á andar por tierra con dirección al Panuco en formación, no fuera que, si les daban alguna embestida los indígenas, les cogieran desprevenidos.

En los tres primeros días no encontraron nada cultivado por donde iban: todo era horrible, por ser terrenos palustres y pantanosos. Se encontraron con otro río navegable rodeado de altos montes, por lo cual llamáronle el río de Montalto. En parte á nado, en parte juntando

y entrelazando vigas, lo cruzaron por fin con sumo peligro y trabajo.

Al otro lado de aquel río vieron lejos una población grande: formaron los escuadrones, y marchaban poco á poco, poniendo al frente los arcabuceros y demás soldados que podían herir á distancia. Al acercarse los nuestros huyeron los del pueblo, abandonando sus casas, que se encontraron llenas de provisiones del país. Garay reparó las fuerzas de la tropa, ya desfallecida de hambre y del trabajo del camino, y asimismo los caballos. De lo demás se llevaron para el camino.







## LIBRO II

---

### CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Con maíz y manzanas.—2. Panuco arriba.—  
3. Dificultades del camino.—4. Sin provisiones.

**D**E dos clases de alimentos llenan sus graneros aquellos bárbaros: del cereal de la tierra, que muchas veces hemos dicho se llama maíz, semejante al panizo de Lombardía, y de unas manzanas olorosas que nosotros no conocemos, de sabor agridulce, útiles y á propósito para contener el flujo, como lo leemos y lo experimentamos respecto de las servas y las bayas de cornejo. No son me-

nores que la naranja y el membrillo: á esta fruta los indígenas le llaman guayanas.

2. Caminando al otro lado del río Montalto por tierras incultas, se encontraron con un gran lago que, por una garganta estrecha no vadeable por parte alguna, desagua en el mar vecino. Subieron orillas arriba del lago hasta treinta leguas desde la desembocadura del río; tentaron los vados porque sabían que más abajo corrían muchos ríos al lago, y pasaron medio á nado con sumo trabajo y peligro.

Ofrecióseles vasta llanura, y vieron á lo lejos un pueblo grande. Con el fin de que (*los indígenas*) no huyeran de miedo, como los anteriores, mandó Garay parar el escuadrón, fijaron las banderas al raso, y mandó delante los intérpretes que el año anterior había tomado cerca de aquella tierra y sabían ya la lengua española; ofreciéndoles la paz, se hizo amigos á los habitantes de aquel pueblo, que dieron á los nuestros en abundancia



pan de maíz, y frutas y aves de aquella tierra. De paso se encontraron con otro pueblo (*cuyos habitantes*), divulgada la fama de que los nuestros no hacían daño, los esperaron tranquilos y les dieron provisiones, aunque no para hartarse. Casi se armó un tumulto contra el jefe Garay porque no permitió que entraran á saco el pueblo. Prosiguiendo el camino, encontraron un tercer río, y al cruzarlo perdieron ocho caballos que se llevó la fuerza de la corriente.

3. Después hallaron vastas lagunas cenagosas llenas de variedad de mosquitos nocivos, y de tenaces plantas de bejuco, que se enredan á las piernas del caminante y le impiden andar. De lo próspera que la naturaleza se muestra en este bejuco, se trató extensamente en lo que ha ido para el Duque. Con agua hasta la cintura los de á pie, y hasta la barriga los caballos, cruzaron medio desfallecidos. Entraron ya en tierras dotadas de gleba mollar, y por tanto cultivadas por

pueblos numerosos. Garay no permitió que se hiciera daño á nadie.

Cierto amanuense de Garay que se libró del gran desastre que abajo describiremos, escribe á Pedro Espinosa, administrador de Garay, y ahora, después de la muerte de éste, procurador de sus hijos ante el César, una larga carta en la cual, acerca de las dificultades de aquel viaje, pone en latín estas palabras llenas de dolor, pero en tono festivo: «Hemos venido á la tierra de la miseria, donde no hay orden alguno, sino que en ella habita el trabajo sempiterno y todas las calamidades, donde nos trataron cruelmente el hambre, el calor, mosquitos malignos, fétidas chinches, crueles murciélagos, flechas, bejucos que se enredan, lodazales que nos tragan y pantanos cenagosos.»

4. Por fin llegaron á los alrededores del río Panuco, pero en mala hora. Hizo alto Garay esperando las naves, y no encontró nada que comer. Sospechaban que Cortés se había llevado todas las provisiones,

con el fin de que, no encontrando éstos nada, ni para sí ni para los caballos, ó retrocedieran, ó se murieran de hambre. Tardó en llegar la armada en que iba lo necesario: la gente de Garay se desparramó, buscando que comer, por los pueblos y aldeas de los bárbaros.

Garay comenzó á sospechar que Cortés le miraba con malos ojos; envió á su cuñado Gonzalo Docampo á explorar el ánimo en que respecto de él estuvieran los de la colonia de Cortés. Gonzalo volvió seducido ó engañado, y dijo falsamente que todo estaba asegurado y dispuesto en favor de Garay: el cual, en vista de lo que dijo su cuñado y los compañeros con él enviados, con mala estrella se acercó más al Panuco.





## CAPITULO II

---

SUMARIO: 1. Una colonia de Cortés. — 2. Disensiones entre españoles. — 3. Desgracias de Garay.

**A**quí hagamos una pequeña digresión para que mejor se entiendan estas cosas y las que siguen. A la orilla de este gran río Panuco, no lejos de su desembocadura al mar, había un pueblo grande del mismo nombre, de catorce mil casas, de piedra en su mayor parte, con palacios reales y templos magníficos, según la fama que corría. Cortés había destruído completamente aquel pueblo y lo había quemado todo porque no había querido obedecerle, y no permitió que se edificara nada en

aquel suelo. Del mismo modo había tratado á otro pueblo que estaba unas veinticinco millas río arriba, mayor que Panuco (dicen que de veinte mil casas): le arrasó también, y le prendió fuego por el mismo motivo: éste se llamó Chilla. A tres millas más arriba del destruído Chilla levantó Cortés su colonia, en una excelente llanura, pero sobre un collado de poca elevación, y la llamó la villa de San Esteban.

Por el álveo de este río pueden subir las naves de carga por espacio de muchas millas. Los naturales de allí derrotaron dos veces á Garay, como se dijo con bastante extensión anteriormente; pero no pudieron resistir á Cortés, á quien se le allana cuanto topa. Ponderan lo buenas que son aquellas regiones, no solamente buenas para sembrar y para aprovechamiento de árboles, sino que crían, según dicen, ciervos, liebres, conejos, jabalíes y otras muchas fieras, y asimismo aves acuáticas y silvestres, y tienen á la vista montes altísimos,

en algunas partes cubiertos de nieve. Al otro lado de ellos es fama que hay ciudades cultas y poblaciones excelentes, en una llanura dilatada que aquellos montes separan de éstas de la marina. También serán sometidas como no lo estorbe la índole inquieta de los españoles, que rara vez están de acuerdo por engreirse con sus honores.

2. Cuánto tira cada uno de por sí en esta fascinadora materia de la ambición, en la cual ninguno sufre apaciblemente el mando de otro, bastante se ha visto en lo que precede, donde se trató de las enemistades entre Santiago Velázquez, vicegobernador de Fernandina, que es Cuba, y Hernán Cortés; y luego entre el mismo Cortés y Pánfilo de Narváez, y con Grijalba, de quien tomó nombre el río en la provincia de Yucatán; y luego de la rebelión de Cristóbal de Olid, que se apartó de Cortés, y después de las (*diferencias*) entre Pedro Arias, Gobernador del creído continente, y Gil González, y últimamente de la



codicia general de buscar un estrecho del mar septentrional al del Sur; pues de todas partes acuden los capitanes que hay por aquellas tierras en nombre del Rey. Estas cosas en parte se han dicho en sus lugares, y lo que resultó de esas tormentas se referirá.

3. Volvamos á Garay, de quien nos hemos separado. Habiendo arribado, encontró todos los alrededores empobrecidos, y averiguó que su cuñado no había dicho verdad respecto á los habitantes de la villa de San Esteban, puesto que no vió nada en su favor. Los partidarios de Garay dicen que los enviados de Cortés se llevaron todas las provisiones de las aldeas de los bárbaros para que, ó el hambre los hiciera marcharse, ó diseminarse por los pueblos vecinos en busca de que comer; que es lo que sucedió, pues las naves no venían, detenidas por la mar contraria.

Hay en aquella región un pueblo grande, de unas quince mil casas, llamado Narciapala. En este pue-



blo, los de Cortés prendieron como usurpador de territorio ajeno á Alvarado, que capitaneaba cuarenta caballos de Garay, y á sus compañeros que los estaban apacentando, y se los llevaron presos á la colonia de San Esteban, levantada con este nombre por el mismo Cortés; de modo que el pobre Garay vino á establecerse entre Escila y Caribdis esperando su flota.

Por fin llegaron á las bocas del Panuco los de la armada: tres (*naves*) de las once; otras cuatro dijeron que habían naufragado. Á la nave capitana de la armada, dos de los jefes de aquella provincia por Cortés, Santiago Docampo, pretor urbano, y Vallejo, capitán de soldados, fueron en lanchas y entraron en ella, y sedujeron con poco trabajo á los expedicionarios. Desde la capitana fácilmente ganaron á las otras para la obediencia de Cortés, y río arriba se llevaron las naves á la colonia de San Esteban.

Cuando así se encontraba Garay, supo que la comarca del río de las

Palmas era muy rica, en contra del engañoso testimonio de su cuñado Gonzalo Docampo, y en algunas partes aun mejor que el término del Panuco. Allí habría fundado Garay su colonia por temor á la buena fortuna de Cortés si no le hubiese engañado la picardía de su cuñado. En medio de tantos apuros, no sabía Garay por donde echar; cuanto más repetía, enseñando sus patentes, que el César le había designado aquella provincia, tanto más empeoraba su causa.





## CAPITULO III

---

SUMARIO: 1. Garay en tratos con Hernán Cortés.—2. Entretanto los indios derrotan su ejército, y Cortés los castiga.—3. Cortés recoge á Garay.—4. Éste muere.

**P**OR consejo del gobernador Santiago Docampo envió Garay mensajeros á Cortés: llámase el uno Pedro Cano, y el otro Santiago Ochoa: aquél antiguo criado de Garay, y éste moderno, que en otro tiempo había sido allegado de Cortés y tenía mucha experiencia de aquellas tierras. A los dos sedujo Cortés, según dicen los de Garay quejándose. Volvió Pedro Cano: Ochoa se quedó. Se convino que Garay fuera á ver á Cortés. Lo dije otra vez cuando por noticias inciertas el Senado de la Española se lo escribió al César y á nues-

tro Senado de las cosas de Indias.

El pobre Garay, por más que columbraba su ruina segura, aparentó que iría de muy buena gana; supuesto que tendría que ir aun á la fuerza, hizo de la necesidad virtud y consintió en lo que Cortés pedía, y que para él sonaba á mandato. Marchó á ver á Cortés acompañado de Santiago Docampo, que se había establecido en la gran ciudad de la laguna, llamada Tenustitán, alias Méjico, capital de muchos reinos. Garay fué recibido con rostro alegre; si con igual voluntad, júzguelo el que escudriña los corazones.

2. Cuando los bárbaros supieron las desgracias de Garay y que había marchado el Gobernador, atacaron á los soldados desparramados por las casas de ellos; encontrándolos desprevenidos, mataron cerca de doscientos cincuenta; otros aumentan este número, y se prepararon opíparos convites, pues éstos son también antropófagos. Al tener Cortés noticia de semejante desastre, envió á Sandoval, distinguido capi-

tán suyo, á castigar tamaño crimen con cuarenta jinetes y la gente de á pie que era menester. Se dice que Sandoval hizo cortar en pedazos un gran número de hombres que mató, pues ya no se atrevían ni á levantar un dedo contra el poder de Cortés ó de sus capitanes.

Dicen que envió á Cortés sesenta caciques, pues cada aldea tiene el suyo. Cortés les mandó que cada cual de ellos hiciera venir á su heredero, y obedecieron. Encendiendo una gran hoguera, quemó á todos los caciques á la vista de sus herederos, y luego, llamando á éstos, les preguntó si habían visto el cumplimiento de la sentencia dictada contra sus padres, que habían matado (*á los españoles de Garay*); y después, con rostro severo, les intimó que, escarmentados con aquel ejemplo, se abstuvieran de toda sospecha de rebeldía; y así aterrorizados, los dejó ir á cada uno al patrimonio de sus mayores sin más que imponerles tributos. Estas cosas otros las cuentan con alguna diferencia,

pues las noticias se cambian dentro de la vecindad, cuanto más viniendo del otro mundo.

3. Mas á Garay le hospedó Cortés en casa de Alfonso Villanova, que había sido mozo de espuela del mismo Garay, y por haber estuprado á una criada le había despedido, y á la sazón era camarero de Cortés, el cual le mandó que tratara con todo respeto á Garay; y para más estrechar los lazos de amistad, Cortés tomó por yerno, mediante una hija ilegítima, al hijo legítimo de Garay.

4. Y he aquí que la noche de Navidad iban juntos Cortés y Garay á oír el canto de los Maitines, según nuestra costumbre. Se volvían al salir el sol, dicha ya la Misa, encontrando preparada opípara mesa. Al salir Garay del templo, primeramente se quejó como atacado de cierto frío que le había producido el viento. Sin embargo, comió algo, aunque poco, con sus compañeros, y volviéndose al hospedaje que tenía designado, se metió en cama.



La enfermedad se agravó, y á los tres días, ó á los cuatro según otros, entregó á su Criador el alma que de Él había recibido.

Como en otra parte dije, no falta quien sospeche si mediaría la obra de caridad de librar á un hombre sujeto á tantas calamidades de la negra cárcel de los cuidados, para que no se crea que es vano el adagio de que no caben dos en un trono ó que no hay que fiarse en los compañeros del reino. Otros dicen que murió de dolor de costado, llamado por los médicos pleuresía. Comoquiera que fuese, falleció Garay, el mejor entre los gobernadores de aquellas tierras. Que sucediera de este ó del otro modo, importa poco.

Sus hijos, parientes y amigos, de ricos cayeron en la pobreza. Murió pobre el que hubiera podido llevar una vida tranquila, y acaso larga, si se hubiese contentado con su antiguo gobierno de la elísea isla de Jamaica, con nuevo nombre llamada de Santiago, donde gozaba de

suma autoridad y del amor de los pueblos, en vez de empeñarse, con cierto espíritu de tenacidad, en lo que le estaba vedado, cuando comprendía muy bien que su proximidad había de ser molestísima para Cortés; ó si él, considerándose como estopa, hubiera querido establecerse lejos del fuego centellante (*Cortés*), en el río de las Palmas, adonde la fuerza de los vientos le había echado con buena estrella; si hubiera agarrado á la ocasión de sus greñas delanteras, ó en otro río más distante, que en otra ocasión halló, hacia la Florida, llamado el río del Espíritu Santo, los cuales ríos ocupan regiones inmensas, fértiles y muy pobladas.

Tal era su destino, así tenía que salirle.

Mas ya que he nombrado la elísea Jamaica, cuyo mando tuvo Garray muchos años, corresponde que, siendo yo el esposo de esta hermosa ninfa, dé cuenta de su belleza y bondad. He aquí cómo cumplo lo propuesto.





## LIBRO III

---

### CAPITULO PRIMERO

SUMARIO : Elogio de Jamaica.

**A**QUELLA apartada y escondida parte del mundo en la cual Dios, criador de todas las cosas, creemos que sacó del barro de la tierra al primer hombre, los sabios de la antigua ley mosaica y los héroes de la nuestra la llaman Paraíso terrenal. (*Así es la isla Jamaica*), porque no hay ninguna ó casi ninguna diferencia del día y la noche en todo el año, ni horrible verano, ni riguroso in-

vierno; el aire es saludable, las fuentes cristalinas, los ríos de agua clara; con todos estos adornos ha decorado á esta mi esposa <sup>1</sup> la benigna madre naturaleza. Hay allí en abundancia varios árboles frutales á más de los llevados de acá, que gozan de perpetua primavera y perpetuo otoño; tienen á la vez frondosidad y flores los árboles todo el año, y crían frutas, y las tienen á un mismo tiempo verdes unas y otras maduras. Allí siempre tiene hierba la tierra, siempre están floridos los prados; no hay otra tierra alguna de más favorable y benigno clima, y así mi esposa Jamaica es la más dichosa de todas.

De Oriente á Poniente tiene de larga sesenta leguas, otros le ponen diez más, y de ancha treinta por donde más. De los sembrados y de las semillas cultivadas por la industria de los hombres se cuentan maravillas. Por más que en las primeras Décadas va larga narración

---

<sup>1</sup> Le da este nombre porque Carlos V le había presentado para la prelatura de aquella Iglesia.

cuando se habla de la Española que es semejante, y asimismo de las hortalizas, sin embargo no será molesto repetir algo de aquello, en particular á los Pontífices, bajo cuyo trono todas estas cosas han de prosperar más de día en día; en todo tiempo saben bien las cosas preciosas, y principalmente porque acaso no llegarían á manos de Vuestra Beatitud aquellos pasajes de mis primeras Décadas.

Tocante al pan, sin el cual valen poco las demás viandas, ellos tienen dos clases: una de cereales, y otra de raíces. El primero se coge dos veces cada año, y á veces tres: trigo no tienen. De una hemina de aquel grano que llaman maíz se cogen doscientas, y algunas veces más. Es más principal el pan que se hace de la raíz yuca majada y puesta á secar, y hecho tortas que llaman cazabí; se puede guardar dos años sin que se eche á perder. En el uso de esta raíz de yuca se oculta cierta maravillosa industria de la naturaleza. Para sacarle el



jugo le echan en un saco, y poniéndole encima grandes pesos, se comprime como en una prensa. Aquel jugo, si se bebe crudo, es más venenoso que el acónito, y mata de seguida; pero tomándolo cocido es más sabroso que el suero de la leche, y no hace daño.

Tienen también muchas clases de raíces, que con nombre común llaman batatas; en otra parte expliqué que hay ocho especies de aquel género, que se conocen por la flor, la hoja y la corteza: valen cocidas, y no menos asadas, y tampoco saben mal crudas. Á la vista se parecen á nuestros nabos, rapos, rábanos, pastinacas y zanahorias; pero el gusto y la sustancia son diferentes. Mientras estoy escribiendo esto, me han regalado cierta cantidad de batatas; de no impedirlo la distancia de los lugares, habría hecho que participara de ellas Vuestra Beatitud; esa porción se la ha comido con avidez el legado de Vuestra Beatitud en la corte del César. Este varón, que

en opinión de todos los buenos españoles se distingue entre los varones de mérito singular, y que con su trato de diez años conoce muy bien estas cuatro cosas, podrá, si Vuestra Beatitud gusta de ello, contárselas de viva voz alguna vez; pues á los grandes príncipes estas conversaciones suelen muchas veces hacerles más agradable el fin de la cena. De la temperatura del clima, de los árboles y frutas, de las siembras, el pan y las raíces, bastante se ha dicho ya. Pues ¿y las hortalizas? En cualquier tiempo del año se pueden coger melones, calabazas, cohombros y cosas semejantes que hay en la tierra.

Con afecto demasiado amoroso, aunque verdadero, me he alargado acerca de las galas de mi esposa. Vaya, pues, ya con Dios, y vengán otros que se han quedado atrás.





## CAPITULO II

---

SUMARIO: 1. Se confirma la muerte natural de Garay.—  
2. Noticias de su expedición.—3. La primera marta (?).—  
4. Cortés inocente.—5. Mas allá.—6. Traje y costum-  
bres de Hernán Cortés.

**H**A venido hace poco cierto varón insigne, que se llama Cristóbal Pérez, *Hercuense*, que por espacio de mucho tiempo ha sido ministro de la justicia en Jamaica bajo el mando de Garay (alguacil llaman los españoles á este cargo). Este fué siempre compañero de Garay, y le asistió en su muerte. Declara que es verdad lo que otros han referido de la muerte de Garay y de los sucesos de todo su ejército. Regresando éste de aquel desastre á Jamaica, trajo cartas de Pedro Cano, secretario de Garay,

para Pedro Espinosa, procurador de Garay y de sus hijos ante el César, al fin de las cuales exhorta, amonesta é insta á Espinosa que deje todas estas tierras de Europa, que abandone cualesquier negocios y regrese á aquella patria venturosa, cual si le aconsejara huir de infaustos arenales á riquísimos predios, y le repite que, si quiere hacer lo que le dice, será rico dentro de poco tiempo.

2. Añade este alguacil otras cosas que no son para omitidas: que los ríos Panuco y de las Palmas desembocan en el océano con casi igual corriente, y que á la distancia de nueve millas dentro del mar cogen los marineros aguas potables del uno y del otro : (*también dice*) que el tercer río, llamado del Espíritu Santo por los nuestros, más cercano á tierra florida, tiene menos álveo, pero que son fértiles las regiones adyacentes y muy pobladas.

Preguntándole si la armada de Garay arribó al río de las Palmas por casualidad, ó echada por las

tempestades ó de grado, respondió que por impulso de las brisas del Sur y por la corriente del mar, que ya dije otras veces corre siempre con gran fuerza al Occidente, imitando el girar de los cielos. Dice, pues, este alguacil, por valerme de esta palabra española, que los mismos pilotos, maestros y rectores de las naves, engañados por las causas antedichas, tomaron el río de las Palmas por el Panuco, hasta que, entrando en sus gargantas, echaron de ver la diferencia de las riberas, y afirma que no dejó de pensar Garay en hacer alto y establecer allí la colonia si no se hubieren opuesto sus compañeros, que insistieron en que las orillas del río Panuco estaban exploradas, y que se debían ocupar sus regiones fértiles y conocidas. Como sometido á infausto presagio, aunque de mala gana, consintió Garay, particularmente porque añadían que aquellas regiones del Panuco se las había asignado el César, y que con real diploma se había permitido

que se llamaran perpetuamente Garayanas.

Mientras estaban anclados en la desembocadura del río de las Palmas, y esperaban por la parte arriba del río al cuñado de Garay, entretanto la mayor parte, desembarcando, divagaban por las riberas del río explorando la condición de la tierra, y encontraban muchas cosas nuevas aunque de poca importancia. Pero contaré una de ellas.

3. Este alguacil se encontró pastando en un campo poco distante un cuadrúpedo poco mayor que un gato, con cara de lobo, color plateado, medio escamoso y enjaezado como enjaeza su caballo el coracero armado que va á pelear. Es un animal perezoso: al ver de lejos al hombre, se replegaba como los erizos y galápagos, y se dejó coger. Llevado á las naves, comía en medio de los hombres como domesticado; pero sobreviniendo otros cuidados mayores, le faltó la hierba, y abandonado el animal se murió.

4. Este alguacil, aunque con



triste aspecto, como que tuvo parte en aquellas tan grandes calamidades, libra á Cortés de la sospecha de haber envenenado á Garay, y dice que éste murió de la enfermedad de costado que los médicos llaman pleuresía.

5. Mientras Garay y sus desgraciados compañeros recorrían aquellas regiones que hay entre medias de los grandes ríos Panuco y de las Palmas, preguntando á los indígenas qué había al otro lado de aquellos altos montes que estaban á la vista, y rodeaban juntamente sus tierras y el mar, respondieron que había allí unas llanuras muy dilatadas, y que mandaban unos caciques de grandes ciudades y muy guerreiros. Y como estábamos en Mantua Carpetana, que comúnmente se dice Madrid, poniendo una comparación el alguacil, dijo: «Al modo que estas sierras próximas (*las de Guadarrama*) separan estas provincias, las regiones Carpetana y Oretana de las regiones de Valladolid y Burgos, donde hay, según es sabido,



insignes ciudades é ilustres poblaciones, como son, Segovia, Medina del Campo, Ávila, Salamanca y muchas más, así (*las sierras de allá*) separan grandes reinos de aquellas playas estrechas.» El propio alguacil afirma que conoce también los términos de Italia, y por eso dijo que las montañas de los Apeninos separan del mismo modo la Lombardía de la Toscana.

6. Acerca de cómo viste Cortés, y qué ceremonias gusta de que le guarden en su presencia, y qué tratamiento quiere que le den, y los tributos que suele exigir, y qué tesoros supone éste que él tiene acumulados, y si ha visto aquel cañón de oro llamado culebrina, que ya se ha hecho famoso, respondió estas palabras: «Que lleva un vestido ordinario, negro, pero de seda, y que no hace ninguna ostentación orgullosa, fuera de presentarse con numerosa familia, digo de muchos administradores, mayordomos, camareros, porteros, peluqueros, dispensereros y otros cargos semejantes

que corresponden á un gran Rey.»

Cortés, á cualquiera parte que se dirige, lleva siempre consigo cuatro caciques, á los que ha dado caballos; y yendo delante los pretores urbanos y los alguaciles con sus varas, cuando él pasa se posttran cuantos le encuentran (*los indios*), según su antigua usanza. También dice que recibe apaciblemente á los que le saludan; gusta más del título de Adelantado que no del de Gobernador, siendo así que el César le confió ambos cargos.

Dice además que no tiene fundamento la sospecha popular de rebeldía contra el César, concebida por nuestra gente de corte; que ni él ni nadie ha visto en él indicio ninguno de traición, y que se quedaron allí preparadas tres carabelas para enviarlas con tesoros al César, juntamente con aquel cañón que llaman culebrina, la cual declara que él examinó diligentemente, que le cabe una naranja, pero que, según su parecer, no tiene tanto oro como cuentan.



## LIBRO IV

---

### CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Los indios de Méjico.—2. El gobierno de Cortés.—3. Tezcucuo y Otumba.—4. Tributos.

**E**s chocante lo que ahora voy á referir. Estos indígenas bárbaros tienen la sencilla y ridícula costumbre de salir de sus aldeas á los caminos cuando pasan los nuestros, y les llevan tantas aves, que no son menores que nuestros pavos, cuantos son los que pasan; y si van montados á caballo, creyendo que los caballos comen carne, llevan otras tantas aves para los caballos.

Mas oiga Vuestra Beatitud cuán ingeniosos artífices son aquellos bárbaros que Cortés sometió al mando del César. Cuanto ellos logran ver, lo pintan, lo funden y lo forjan de tal modo, que no se quedan detrás de los corintios, que sabían sacar los rostros vivos de mármol, marfil ú otra cualquier materia.

2. Los tesoros de Cortés dice que no son pequeños, pero que, en su opinión, no llegan á tanto como se cuenta, porque mantiene á muchos capitanes y soldados, que de ordinario son más de mil jinetes y cuatro mil infantes, de quien se sirve, ya para contener en la obediencia á los recién vencidos, ya para explorar constantemente nuevas tierras.

Dice que también ha construído naves en el mar austral de aquella inmensa extensión, para desde allí examinar la línea equinoccial, que sólo dista doce grados de aquellas costas, con la intención de recorrer las islas sometidas y próximas á la dicha línea, donde espera encontrar

abundancia de oro y de joyas y de nuevos aromas. Ya lo había intentado otras veces; pero estorbándose sus competidores, Santiago Velázquez, gobernador de Cuba, después Pánfilo de Narváez y, finalmente, Garay, dicen que abandonó la empresa comenzada.

El modo de exigir los tributos es éste: por un ejemplo se colige lo demás. Dijimos en el discurso de las narraciones mejicanas al Pontífice Máximo León X, tío de Vuestra Santidad, y á su sucesor Adriano, que aquel muy poderoso rey Motezuma tenía bajo su mando muchos y diferentes príncipes que le obedecían y eran á su vez señores de muy grandes ciudades. Á éstos los debió Cortés en su mayor parte porque rehusaron sometersele; pero en los reinos de los mismos puso otros de entre sus hijos y hermanos, ú otros parientes más bajos, á fin de que los pueblos, viendo un simulacro de sus antiguos señores, tolerasen más fácilmente el yugo.

3. Entre aquellas ciudades, la

más próxima á la laguna salada es Tescuco, que tiene unas veinte mil casas, más blanca que un cisne, porque todas las casas están enjalbegadas con betunes de cal ó de yeso, y tan brillantes por fuera que, los que la miren de lejos y no lo sepan, creen que hay allí collados nevados de poca elevación. Esta ciudad cuentan que es casi cuadrada, con tres mil pasos de larga y casi lo mismo de ancha. Al frente de ella puso un joven de la misma sangre de los antiguos próceres. Poco menor que Tescuco es Otumba: también á esta ciudad le dió su jefe de índole pacífica y obediente; y habiéndole bautizado con su propio nombre, le llama Fernando Cortés.

4. Tienen estas ciudades dilatadas jurisdicciones de terruño fértil, y notables por las arenas de oro de sus ríos. Cada régulo, para que no entren en sus términos los españoles, lo cual apenas puede hacerse sin atropello, paga cada año á Cortés, por común acuerdo, mil se-



senta pesos de oro; muchas veces he dicho que el peso excede al ducado en un tercio. También le dan de los demás productos de la tierra, grano de maíz y aves, y carne de fieras que abundan en los montes vecinos. Este mismo orden se lleva con todos los príncipes: según los productos de su reino, envía cada uno los tributos.

También permite á la mayor parte de las provincias que le prestaron no mediano auxilio contra Motezuma, gozar verdaderamente de su libertad, ó sea vivir con sus antiguos caciques y leyes, excepto las costumbres de víctimas humanas; pero también estas regiones pagan á Cortés sus contribuciones. Guaxaca es una región libre y abundante de oro, que dista setenta leguas de la capital de la laguna; también otra así, llamada Locpoteca, y otras muchas pagan tributos de oro.

Además tiene Cortés minas asignadas á su fisco: las explota á brazo de esclavos, y los deja libres

para cultivar la tierra ó dedicarse á las artes mecánicas. Pero hay una cosa particularmente graciosa. Guainalgo es una provincia, y su cacique lleva asimismo ese nombre; éste fué acompañado únicamente de su madre á saludar á Cortés, pero no de vacío, que llevó en hombros de los esclavos treinta mil pesos de oro y se los regaló á Cortés, y es curioso oír lo que hizo en señal de reverencia. Se le acercó casi desnudo, siendo así que tiene abundantes vestidos 'preciosos á su estilo. Supimos que tienen esta costumbre de que, en prueba de humildad, el débil visite desaliñado al poderoso, y le hable medio temblando, con la cabeza inclinada al suelo y arrodillado.





## CAPITULO II

---

SUMARIO: 1. Cacao-moneda.—2. Vino de cacao.—3. Su comercio.—4. Resentimiento de Cortés por el robo pirático de sus caudales.—5. Cultivo incipiente en Méjico.

**A**SIMISMO merece oirse cuán venturosa moneda usan, pues tienen una clase de moneda que llamo feliz porque la codicia de obtenerla no rompe las entrañas de la tierra con hendeduras, ni vuelve á escondrijos de la misma tierra por la avidez de los avaros ó el terror de guerras inminentes, como las de oro y de plata, sino que es la del árbol, de la cual en otro lugar expliqué cómo se siembra, se trasplanta y se cultiva á la sombra de otro árbol grande que le sirve de nodriza, hasta que,

ya adulto, pueda sufrir los calores del verano y resistir el ímpetu de los torbellinos.

2. Este árbol cría un fruto semejante á pequeñas avellanas: de tierno tiene un gusto amargo, y por eso no vale de comer; pero de él se hace una bebida para los ricos y los nobles. Cuando se ha secado, lo trituran en forma de harina; á la hora de comer ó de cenar, los criados cogen orzas, hidrias ó cántaros, toman el agua necesaria y echan una cantidad de polvo en proporción de la bebida que quieren preparar. Después vierten la mixtura de una vasija en otra desde la altura que pueden levantar los brazos, y la decantan cual lluvia que cae de las tejas, y veces y veces la agitan del mismo modo hasta que eche espuma, y cuanto más espumosa se pone, tanto mejor dicen que sale la bebida. Revuelta así como por espacio de una hora aquella bebida, se la deja reposar un poco para que las heces y la materia más crasa se deposite en el fondo

de la cántara ú otra vasija. Es una bebida suave, y no embriaga mucho, si bien para el que la beba en demasía es como nuestros vinos espumosos. Lllaman cacao al árbol y al fruto, como nosotros llamamos á uno y otro avellana y almendra; la espuma aquella es como la grosura de la leche, que se come y los españoles llaman nata, y dicen que es á la vez comida y bebida.

3. Estos dos árboles y la moneda los crían regiones particulares; pues en todas partes no nacen, ni prosperan sembrándolos ó trasplantados, como vemos que pasa con nuestros frutales, que las frutas cítricas y medicinales, que llamamos comúnmente toronjas y limones y otras semejantes, en pocas partes pueden dar fruto y prosperar.

Así Cortés el cacao lo obtiene como tributo de los caciques y de sus tierras que lo producen, con el cual paga siempre á los soldados, y hace bebidas y compra lo necesario. Pero la tierra que esto da no

lleva cereales. Se entienden mutuamente los mercaderes, y hacen sus negocios á cambio de géneros: á las tierras esas llevan grano de maíz y algodón para hacer vestidos, y también los vestidos mismos, y se traen el cacao á cambio. De la moneda basta ya.

Repito la mayor parte de estas cosas, Beatísimo Padre, no sea que quien vea esto que lleva Vuestro nombre y no haya leído los libros á (*los Papas*) León y Adriano, se quede en ayunas.

Hay además régulos que disfrutan minas de plata. Estos dan los tributos en plata, y de ella tiene llenos Cortés los aparadores, y de joyas primorosamente labradas, ya de plata, ya de oro. Comprenda Vuestra Beatitud por estos ejemplos lo que piensan de nuestro Cortés.

4. Dicen que está triste por los inmensos tesoros que pillaron hace tres años los piratas franceses, que se los enviaba él al César, entre los cuales había ornamentos maravillosos de los templos, que ellos sa-



crificaban á sus dioses, junto con las víctimas humanas. ¿Y qué diremos de las joyas y piedras preciosas? Aparte de otras, había una esmeralda de la base de una pirámide, casi tan ancha como la palma de la mano de un hombre, cual nunca ojo humano logró ver otra, según nos lo han referido en el Senado regio á nosotros y al César. Dicen que el almirante francés se la compró por un precio increíble al que robó la presa. Y se están ensañando inhumanamente contra el desgraciado capitán de la nave, Alfonso de Avila. Es un joven de noble alcurnia, pero no rico; le tienen preso y encerrado en obscura cárcel (*los franceses*), fundándose únicamente en que le había sido confiada á su lealtad semejante joya y los demás tesoros. Creen que si quiere redimirse le podrán sacar veinte mil ducados. Los que conocen la joya, piensan que no se puede comprar con ninguna cantidad de oro, y que es diáfana, limpia y de admirable brillo.

5. En estas regiones de Méjico, como hace frío por la distancia del mar y la proximidad de altas montañas, aunque caen dentro de la zona tórrida á dieciocho grados, si se siembra nuestro trigo prevalece y se hacen más grandes las espigas, y también los granos. Pero como tienen tres clases de granos de maíz, blanco, amarillo y colorado, entre ellos tiene más estimación la harina de esas varias clases, y la tienen por más saludable que no la de trigo. Tienen asimismo en abundancia vides silvestres en los bosques, que crían grandes y sabrosos racimos, pero aún no han hecho vino de ellas. Se cuenta que Cortés ha plantado viñas: lo que resulte, el tiempo lo dirá.





## LIBRO V

---

### CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Noticias favorables de Cortés.—2. Expedición de Alvarado.

**A**más del antedicho alguacil que ocupa una buena parte de este trabajo, vino hace poco de las mismas partes de Nueva España, sojuzgada por Cortés, otro Santiago García, vecino de Sanlúcar de Barrameda. Cuenta que salió del puerto de Veracruz hacia primeros de Abril del año 1524, cuando ya Garay había fallecido.

También éste libra á Cortés de

la sospecha de haberle envenenado, y afirma que murió de la misma enfermedad de costado ó pleuresía. Sostiene asimismo que no se observa en Cortés indicio ninguno de rebeldía contra el César, como andan murmurando muchos por envidia. Por la relación de éste y de otros, tenemos que no cabe mayor sumisión á su Rey que la de Cortés; que su cuidado es reparar lo arruinado en la gran ciudad de la laguna en tiempo de las guerras; que ha reconstruído los acueductos que entonces cortó para hacer pasar sed á los tenaces sitiados de la ciudad, y que los puentes destruídos están ya arreglados y renovadas muchas de las casas que se arruinaron; y que poco á poco recobra la ciudad su antiguo aspecto, y no paran las ferias y mercados, y hay la misma concurrencia que antes había de lanchas que van y vienen.

Es ya grande la muchedumbre de comerciantes, que parece igual que cuando imperaba Motezuma.

Permite que entienda en las causas del pueblo uno de sangre real, y que use la vara de pretor (*juez*), pero sin armas. Cuando este hombre anda entre los nuestros ó con Cortés, lleva vestido español, que Cortés le ha dado; y cuando está en casa con su gente, se viste á usanza de su tierra.

Dice que la guardia de Cortés, designada para escolta de su persona y para apaciguar cualquier tumulto que se origine, consta de quinientos jinetes y cuatrocientos de á pie; que están fuera muchos capitanes enviados por mar y por tierra á diferentes negocios, y entre ellos Cristóbal de Olid, de quien hemos hablado en otra parte, y diremos poco más abajo lo restante de sus hechos.

2. Pero lo que ha hecho cierto capitán que se llama Alvarado por otro lado adonde le envió, es cosa ilustre y hermosa de contar. Hemos dicho alguna vez que entre el Yucatán, que es el principio de Nueva España, así llamada por

Cortés y confirmada por el César, y la vasta extensión del creído continente, media un gran golfo que en alguna ocasión hemos creído que tenía salida á las regiones australes de aquel territorio, en el cual golfo Gil González de Ávila cree también hasta el presente que se podrá encontrar algún ancho río que absorba las aguas del gran lago de agua potable de que se trata extensamente en el libro que el arzobispo de Cosenza entregó á Vuestra Beatitud y en la anterior narración del Duque.

Al ángulo de aquel golfo, conocido tiempo ha, lo llaman Figueiras. En su lado occidental contaron varios indígenas que hay una ciudad no menor que la Tenustitana, pero que dista más de cuatrocientas leguas, según testimonio de todos, y que su rey manda (*esse tyrannum*) en un vasto imperio. Cortés confió á Alvarado el encargo de investigar la verdad que en eso hubiera, designándole quinientos hombres entre jinetes é infantes.



Emprendió Alvarado su viaje con rumbo derecho al Oriente, enviando delante á dos solos que entendían los idiomas de los bárbaros. Encontraba diferentes tierras, éstas montañosas, aquéllas llanas, á veces pantanosas, de ordinario áridas; las diferentes comarcas hablaban diferente idioma, y de cada una enviaba delante con los suyos otros que supieran la lengua.

Omitiendo lo que les sucedía de paso, por no molestarme yo y molestar á Vuestra Beatitud contando menudencias, pasemos de un salto á lo que he llamado cosa ilustre y digna de contarse.

Los enviados que iban delante de reino en reino con sus guías indígenas, regresaban adonde estaba Alvarado, que siempre se retrataba no pocas leguas, y le contaban lo que habían explorado. Los mensajeros lo dejaban todo tranquilo cuando había llegado la fama de los españoles. Ninguno de los caciques se atrevió nunca á sacar la espada contra ellos ó contra nues-

tros escuadrones . Adondequiera que iban se les abrían los graneros, y veían caras expresivas de admiración, principalmente en vista de los caballos y de las galas de los nuestros, pues también aquéllos andan casi desnudos. Ayudaban á los nuestros con provisiones y con esclavos de carga que, en vez de acémilas, llevaran sus bultos, pues á los que cogen en la guerra les hacen esclavos, como en todas partes lo verifican todos, por la avaricia y ambición que enloquecen á los pueblos, ya que no diga á los reyes.





## CAPITULO II

---

SUMARIO: 1. Alvarado en camino hacia Guatemala.—  
2. Dos guías suyos al habla con un cacique.—3. Le pin-  
torrean una nave y un caballo.—4. Les pide auxilio.—  
5. Sus regalos.—5. Hurto castigado por Cortés.—7. Pro-  
yecto de colonizar la isla Margarita.

**H**IZO alto Alvarado en las  
fronteras de aquel cacique  
(*tyranni*), y conservando  
siempre la formación, los tuvo en  
ala y sin pisar los términos de  
aquel gran rey, no pareciera que  
quería proceder violando sus dere-  
chos; como que entre los régulos  
de todas aquellas tierras se reputa  
el mayor insulto el que uno toque  
los límites de otro sin que lo sepa  
el dueño, y no hay cosa más co-  
rriente entre ellos que el tomar  
venganza en tal caso; de aquí na-

cen las disputas, las enemistades y las ocasiones de guerra.

2. Todavía distaban así como unas cien leguas de la capital de aquel príncipe. Envió delante mensajeros con intérpretes de las naciones próximas á aquel reino: fueron á ver al rey, le saludaron y fueron apaciblemente recibidos, pues había llegado á sus oídos la fama de los nuestros. Les preguntó si venían de parte del gran Malinge, que, según se decía, había bajado del cielo á aquellas tierras. Lllaman malinge al héroe invicto y poderoso.—Ellos declararon que venían enviados por él.—Si habían venido por mar ó por camino de tierra, y si por mar en qué *piraguas*, esto es, naves grandes como el palacio en que estaban. Ellos tienen naves, pero sólo de pesca, de un madero, como en todas aquellas tierras. Aquí el rey declaró que había tenido noticia de nuestras embarcaciones el año anterior. Eran ciertamente las que mandaba Gil González por aquellos mares que miran

al lado posterior de Yucatán. Los indígenas de aquel régulo, desde las aldeas próximas al mar, las habían visto navegar á velas desplegadas, y formaron juicio de que eran monstruos marinos y portentos recientemente salidos, y despavoridos se lo anunciaban á su rey.

3. Preguntando él si alguno de los dos sabía pintar una nave así, uno de ellos, llamado Treviño, que había sido escultor en madera y no mediano naviero, se le ofreció y se comprometió á pintar una nave en un salón muy grande; pues el cacique y sus magnates tienen grandes palacios hechos de piedra y cal, según lo dijimos de la Tenustitana de la laguna. Este pintó una nave de carga monstruosa, de la clase que los genoveses llaman carracas, con seis mástiles y otros tantos castillos (*caveis*). Admirándose de tan vasta mole, vaciló un rato el rey; luego (*preguntó*) cómo pelean de suerte que se pueda decir que cada uno de ellos (*los españoles*) tiene tales fuerzas que fá-

cilmente logran vencer á mil, lo cual explicó que él no podía ni quería creerlo, viendo como veía que no eran más altos que los demás hombres, ni tenían más robusto el aspecto ni los miembros. Dijeron (*los indios*) que los nuestros tenían unos cuadrúpedos feroces y más veloces que el viento, con los cuales pelean, y pidió (*el cacique*) que alguno de ellos pintara un caballo del modo que supiera. El otro compañero pintó un caballo de torvo aspecto y mucho más grande que los que Fidias ó Praxíteles dejaron en el monte Esquilino de Vuestra Beatitude forjados de bronce: y sobre el lomo, que llevaba sus gualdrapas, le puso un jinete con su armadura.

4. Maravillado de esto el rey, les preguntó si querrían encargarse de debelar á un vecino enemigo suyo que devastaba su territorio, enviándoles él como auxiliares cincuenta mil combatientes. Respondieron que cada uno de los españoles tienen poder poco mayor, y fuerzas un



poco más vigorosas que los demás hombres; pero que, formados en escuadrón con sus caballos y sus máquinas, no temen á ninguna muchedumbre de hombres; que tenían que regresar al lado del capitán que les había enviado, el cual les esperaba no lejos de sus fronteras, y prometieron (*volver*). Él los preguntó qué recado le traerían. (*Respondieron*) que en su concepto vendría en su auxilio (*el capitán*), que derrotaría fácilmente á su enemigo, y destruirían su ciudad y cuanto hubiera bajo su mando. Él aseguró que si cumplían esta promesa se entregaría él mismo con todos sus súbditos bajo el poder de aquel grande é invicto héroe.

5. Después de esto, en prueba de su adhesión futura quedó tan inclinado á los nuestros, que les dió para que se los llevaran á Alvarado cinco mil esclavos cargados de cacao, moneda que se extiende hasta allá, y de provisiones, y veinte mil pesos de oro labrado en varias alhajas. Volviéndose á Alvarado, le pu-

sieron alegre; éste regresó y le contó á Cortés todo lo hecho, le presentó las ofrendas de aquel gran rey, y se repartieron como era justo.

6. Pero uno de los mensajeros enviados por Alvarado, desconfiando de que los jefes fueran generosos para con él, hurtó algunos pesos en el camino. Su compañero le exhortó á que no manchara sus manos faltando á la lealtad, y le aconsejaba que prefiriera experimentar la liberalidad de Cortés y de Alvarado. Viendo la obstinación de su compañero, se calló y disimuló, (*pero después*) le acusó de hurto ante Cortés. Descubierto el oro, fué apaleado públicamente para escarmiento de los demás y desterrado para siempre de Nueva España. Estas cosas sucedieron hacia el fin del año 1523.

Pasados después algunos días, repuestos los enfermos y sustituyendo otros nuevos en lugar de los muertos, dice este mensajero que por orden de Cortés, y en su presencia, marchó Alvarado con más

tropa á son de tambores y trompetas.

7. Este mensajero, Santiago García, criado en otro tiempo de un senador de la Española, el jurisconsulto Marcelo Villalobos, fué enviado por su antiguo amo á nuestro Senado, y consiguió lo que pedía para su amo: que se le permita levantar un fuerte y fundar una colonia á sus expensas en la isla Margarita. Esta isla Margarita está enfrente de las gargantas de la Boca del Dragón en el creído continente; es fecunda en criar perlas, y por eso se le ha puesto el nombre de Margarita. Si lo lleva á cabo será Gobernador perpetuo de ella, y su mando pasará á sus herederos según costumbre, reservándose, sin embargo, la autoridad suprema para la corona de Castilla.

Una cosa queda para terminar lo de esta Nueva España.







## LIBRO IV

---

### CAPITULO PRIMERO

SUMARIO : 1. Resentimiento de Cortés.—2. Sospecha sobre su lealtad.—3. Confianza.—4. Más noticias acerca de los caribes.

**C**ORTÉS, desde que el pirata francés llamado Florín robó su flota con los muchos objetos preciosos que tanto él como los demás empleados de Nueva España que tomaron parte en sus victorias enviaban al Emperador, apesadumbrado y lleno de dolor por esta desgracia, no envió carta alguna, ni para el Emperador ni para nuestro Senado, á pesar de que con frecuencia llegaban mu-

chos de aquellos países: de aquí la sospecha de su rebelión contra el César.

2. Ya da señales de que es falsa esa sospecha; él procura extender aquellos reinos para S. M., no para sí; y si en el ánimo de Vuestra Beatitude estuviera que debiera pedírsele explicación de aquella inexplicable desgracia de Garay, ó que se haga una estricta investigación de la muerte de éste, y se corrija á Cortés si con asentimiento suyo ocurrió, sepa éste mi juicio. Se disimulará según pienso esta investigación, y no se intentará poner freno en esta forma á tan poderoso elefante. Somos de parecer que convendrá más emplear halagos y lenitivos para curar tal herida que no irritarla. El tiempo, descubridor de todo, lo dirá en lo sucesivo.

Creemos, sin embargo, que ha de caer algún día en los mismos lazos que él echó á Santiago Velázquez, gobernador de Cuba, cuando era joven y súbdito suyo, y á Pánfilo Narváez, y últimamente á Garay,



si es verdad lo que muchos opinan, como extensamente se dijo en su lugar. Y no está lejos de comenzar el pago de esta deuda. De Cuba y Jamaica, y más claro de la Española, adonde se acude para todo como á emporio general, nos cuentan que aquel Cristóbal Olid enviado por él á buscar el estrecho deseado, se ha separado de él y obra por su cuenta, despreciando la autoridad de Cortés. Así comienzan las cosas.

Hemos también leído cartas en que se refiere que Gil González de Ávila, de quien se habló mucho anteriormente, había llegado á las costas del mencionado golfo de Figueras, conocido ya de antiguo, á fin de que, investigando poco á poco desde allí, busque aquella salida de las aguas dulces. Á estas mismas playas se cuenta que llegó Olid, solamente treinta leguas más abajo que Gil González.

Dícese además que Gil, al tener noticia de la venida de Olid, le mandó emisarios y cartas proponiéndolo.

le paz y amistad; y que Cortés, al conocer la defección de Olid, envió sus tropas contra él con orden de que lo cogieran y lo condujeran preso á su presencia ó le mataran. Los que conocen á Olid aseguran que es soldado valiente y hábil capitán, y que desde el principio de la guerra contribuyó bastante á las victorias; pero que, como con frecuencia sucede, inspiraba recelo á Cortés; por lo cual, so capa de honrarle, le había enviado lejos de su lado, no faltando entonces quien advirtiera á Cortés que no confiara encargo alguno á persona á quien había dirigido palabras humillantes.

Por otra parte, hemos oído que Pedro Arias, gobernador del creído continente, ha reunido un gran ejército para dirigirse á aquel mismo lugar; de donde es de temer que las diferencias de éstos den al traste con todo. Y ni el César ni los del Senado entendemos que podamos hacer otra cosa sino robustecer con repetidos mandatos la autori-

dad del Senado de la Española, para que éste, como suprema autoridad, trabaje, ya con suavidad, ya con apercibimientos y amenazas, para que no ocurra nada malo, no anden en disensiones y se pongan de acuerdo si no quieren hacerse reos de lesa majestad; de no obedecer, todos serán depuestos, pues no tendrán á su lado contra la obediencia de su Rey á los demás nobles españoles que tienen también partido entre los soldados.

3. Y no creemos que se hayan de reprimir con las armas estos movimientos; porque, si se vieran algunos indicios de deslealtad, con un poco de papel y cuatro renglones se echaría todo á tierra, pues tienen en los pechos españoles gran virtud el honor y la gloria, principalmente la de ser tenidos por leales á su Soberano. De un momento á otro esperamos naves de aquel remoto y Nuevo Mundo, y entonces se sabrá lo que haya oculto, y aplicaremos á la llaga el remedio.

He sabido otras muchas cosas

dignas de mención por conducto de Fr. Tomás Ortiz y sus consocios bicolores, los frailes dominicos, varones probadísimos. Habitaron éstos por espacio de siete años aquella parte del creído continente conocida por Chiribichi, región vecina á la Boca del Dragón y á la provincia de Panamá, nombrada frecuentemente por nosotros en los primeros libros, en la del Duque, donde dijimos haber derribado el convento los bárbaros y dado muerte á los frailes.

Respecto á este Fr. Tomás Ortiz, pensamos que bajo su dirección se envíen doce religiosos dominicos á Nueva España, á fin de que siembren la semilla de nuestra fe en aquellas bárbaras naciones. Por los religiosos dominicos supe también muchas cosas que, si mal no recuerdo, envié por escrito y dedicadas á varios príncipes.

4. Afirman que los habitantes de estas regiones son caribes ó caníbales, comedores de carne humana. Tienen los caribes vastísima exten-

sión de terreno, mayor que Europa. Se sabe que salen á caza de hombres en flotas de barquillas de un solo madero, recorriendo innumerables islas, como otros salen por los bosques y las selvas á matar ciervos y jabalíes. Carib, en todas las lenguas de aquellos países, es lo mismo que más fuerte que los demás; caribes lo mismo, y ninguno de los insulares pronuncia este nombre sin miedo. Se llaman también caribes de la región caribana, situada en la parte oriental de Uraba, desde donde se extendía esta clase de hombres feroces por dilatadas regiones. En algunas ocasiones destrozaron tropas de españoles hasta darles muerte.

Viven casi desnudos, *cucurbitula aurea interdum includunt pudenda, funiculo praeputium alibi colligunt, neque nisi coitus aut mictus causa solvunt*, y no se cubren nada más cuando están ociosos en sus casas; pero en tiempo de guerra se ponen muchos adornos. Son agilísimos, disparan con ojo certero sus

saetas envenenadas, y con la celeridad del viento van y vienen con sus arcos armados. Son imberbes, y si les sale el pelo se lo sacan unos á otros con ciertas tenacillas, y se cortan el cabello hasta la mitad de las orejas. Por razón de elegancia se perforan las narices y orejas, adornándoselas con pendientes de oro los más ricos, con caracoles y otras varias conchas los del pueblo, llevando también coronas de oro los que lo tienen.







## CAPÍTULO II

---

SUMARIO: 1. Hojas para conservar la dentadura.—2. Varios jugos de árboles, aromáticos, mortíferos, viscosos, medicinales para la garganta.—3. Árboles antipútridos, sedosos, como canela.—4. Aguas diuréticas, alquitranadas.

**D**ESDE los diez ó doce años, cuando empiezan á sentir los estímulos de la concupiscencia, llevan todo el día en ambos lados de la boca hojas de árboles, como bulto de una nuez, y no se las quitan sino para comer ó beber. Con esta medicina se ennegrecen los dientes hasta tomar la negrura del carbón apagado. Lllaman á los nuestros en son de afrenta mujeres ó niños porque gustan de tener blancos los dientes, y fieras silvestres por criar barba y cabello; á ellos les duran los dientes hasta el fin de sus

días, y no tienen jamás dolores de muelas, ni les entra caries.

Son las antedichas hojas un poco más grandes que las del mirto, suaves como las del terebinto, y al tacto tienen toda la blandura de la lana ó el algodón. A ningún otro cultivo se dedican más estos chiribichenses que al de los árboles que llaman *hai*, porque de sus hojas sacan para toda suerte de mercancías de su gusto. Por los campos de estos árboles abren acequias muy bien arregladas, y traen por ellas arroyos con que riegan sus sembrados con orden agradable. Cada uno cerca su parte rodeándola con una cuerda de algodón á la altura de la cintura de hombre, y tienen por sacrilegio el que alguno pise la posesión de su vecino saltando la cuerda, y están en la firme creencia de que el violador de este derecho sagrado morirá pronto.

Pero es digna de mención la manera que tienen de cuidar el polvo de estas hojas para que no se eche á perder. Antes de triturar en pol-

vo las hojas secas, se van á las selvas de los montes, donde hay innumerable multitud de conchas y caracoles á causa de la humedad de la tierra; y reuniendo gran cantidad de ellas, y poniéndolas en un horno que preparan con madera dura, les prenden fuego, y hacen una cal que mezclan con el polvo. Es tan grande la fortaleza de esta cal, que al primero que la toma se le queman y endurecen los labios, como á los cavadores se les ponen callosas las manos por el frecuente manejo del azadón, ó como si nos frotaran los labios con cal viva: á los que están ya acostumbrados á esto, no les produce el mismo efecto.

Preparado así este polvo, lo ponen en cestos y espuertas, admirablemente tejidos de cañas palustres, y lo guardan hasta la venida de los mercaderes, que acuden en su busca como se acude á las ferias ó mercados. Llevan grano de maíz, esclavos, oro ó alhajas de oro, que ellos llaman *guanines*, para adquirir este polvo de que

usan todas las regiones vecinas para cuidar la dentadura, y los mismos chiribichenses, tirando de la boca de hora en hora unas hojas, toman otras nuevas.

2. Hay en este valle otros árboles de muy notable provecho: á uno de ellos, haciendo una pequeña incisión en sus ramas, le mana un líquido lechoso, que, dejándolo, se coagula en forma de pez resinosa: esta goma es diáfana y útil para hacer agradables perfumes. De otro árbol se saca, en la misma forma, un jugo que produce la muerte si uno fuera herido con saeta untada con él. De otros mana una materia viscosa, con la cual cogen las aves y sirve para otros varios usos. El guarcirma es otro árbol semejante al moral, que produce moras más duras que las nuestras de Europa, y que frescas valen de comer: echándolas en agua, les sacan primero un mosto excelente para limpiar la garganta y quitar la ronquera. De las ramas secas de este árbol se obtiene el fuego, lo mismo

que se saca al golpe del pedernal.

3. También producen en abundancia las laderas de este valle corpulentos cidros: cuentan que los vestidos se llenan de agradable olor, y que, encerrados en cajas de esta madera, están exentos de la polilla; pero que si en estas cajas se pone á guardar pan, se hace más amargo que la hiel y no se puede probar; de aquí el que, como ya lo hemos dicho, las naves que se fabrican con esta madera estén libres de gusanos roedores.

Otro árbol mayor que el moral, produce algodón; sólo vive diez años, y ya hemos dicho en el precedente libro ducal que lo mismo acontece en la Española y otros muchos lugares de este nuevo mundo. Dicen los Padres dominicos que este algodón es más precioso que el nuestro de Europa, que se siembra cada año; no crece más que el tallo del cáñamo, nace en muchas partes y prospera éste delgado en España, especialmente en los campos de Écija.

Son comunes en este valle, y se producen espontáneamente grandes árboles de la canela.

No debe tampoco pasarse por alto otra ventaja de este valle: creyeron que entre los chiribichenses, en algunos apartados rincones, se daban árboles del cinamono, desconocidos, ó por lo menos inadvertidos, por los naturales por no usarse entre ellos otra especie de aromas que la pimienta, que ellos llaman *axí*, de la cual muchas veces se ha hablado con extensión, y es tan peculiar que estos arbustos no son allí menos abundantes que entre nosotros las ortigas ó malvas. Sirva de ejemplo un árbol que el río desbordado se llevó y lo echó á la orilla del mar, próxima al convento: sacado á tierra, procuraron hacerlo pedazos para la cocina; de todas sus astillas salía un olor agradable, y al gustar su corteza observaron que tenía buen sabor de canela, aunque por el largo transcurso del tiempo y las sacudidas del torrente estaba medio echado á perder aquel tronco.



El tiempo, que es juez de todos los sucesos, nos dará luz sobre éstos y otros muchos que todavía nos son desconocidos. Sabemos que el Criador del mundo se tomó un espacio de seis días para formar y ordenar debidamente la máquina de todo el orbe, y no podemos nosotros indagar de un golpe todos los secretos de tan grandes cosas.

4. Refieren que las aguas de dicho río son á propósito para deshacer y expeler los cálculos de los riñones y la vejiga, pero que producen nubes en los ojos.

De una fuente cuentan también que sale una materia de fuego inextinguible, que vulgarmente es llamado fuego de alquitrán, y en italiano fuego griego, según creo.







## LIBRO VII

---

### CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. De ciertos árboles y plantas notables de Cumaná.—2. Cuadrúpedos y aves.—3. Cocodrilos y gatos silvestres.

**Q**UE ese valle cría los afeminadores perfumes, lo prueba otra cosa notable. A la salida del sol, y en tiempo sereno, se esparcen por todo él vapores impulsados por las auras matutinas; pero si se olfatean con demasiada avidez, son malos para la cabeza y producen pesadez, como entre nosotros ocurre con muchas hierbas, y sobre todo con el nardo; y no basta aplicar tampoco el almizcle á la nariz aunque de lejos

sea su olor agradable. En tiempos de lluvia ó nublados cesan estos olores.

A la orilla de los ríos, otro árbol produce unas manzanas que, comiéndolas, provocan la orina y la fomentan hasta ponerla de color de sangre. Otro produce excelentes ciruelas, semejantes á las que en España se llaman de fraile. En las mismas riberas produce otro árbol un fruto que, comiéndolo, aunque dulce, ocasiona la muerte. Cuando caen en los ríos son pasto de los peces, y acarrean varias enfermedades desconocidas á los que comieran de estos peces. El mismo Fray Tomás Ortiz dice que gustó un poco de esta manzanilla agri-dulce, pero no la comió, y asegura que tiene un sabor mixto: dañóle un poco, y un sorbo de aceite es antídoto de este veneno. La sombra de este árbol daña también á la cabeza y á la vista; el comer esas manzanas causa la muerte á los perros, gatos y á cualquiera otro cuadrúpedo.

Otras muchas clases de árboles produce esta tierra. Uno destila un jugo que, comprimido, se asemeja á la leche fresca y cuajada, y es comestible. Otro da una goma no inferior que el azúcar rosada. También produce aquella tierra espontáneamente hierbas olorosas : el nardo puede cogerse en todas partes ; la acelga crece allí hasta la altura de un hombre ; el trébol se hace mayor que el apio ; las verdolagas echan sus ramillos más gruesos que el dedo pulgar. Prevalecen allí las verduras y hortalizas que llevaron los frailes, como melones, calabazas, cohombros, rábanos, zanahorias, pastinacas. Nacen allí también hierbas mortíferas, en particular una palustre, de tres lados, á modo de sierra y armada de agudas puntas. Si algún incauto se pincha en ellas, le dejan dando alaridos. Asimismo se crían en aquel mar unas hierbas que, arrancadas por los vientos, se desparrraman, y muchas veces entorpecen el andar de las naves.

2. Merece mencionarse la variedad de cuadrúpedos y aves indígenas que hay en esta región chiribichense. Comencemos por los que son el más útil y el más nocivo, los contrarios. En mis libros primeros y en los subsiguientes se mencionaron frecuentemente ciertas serpientes con cuatro patas, de feroz aspecto: las llaman yuganas, otros dicen juanas. Es un animal que se come, y aun debe contarse entre los buenos bocados; también sus huevos, que los cría y pone como los cocodrilos y las tortugas, son alimento excelente y de buen sabor.

A los frailes dominicos que habitaron siete años en aquellas tierras, les hacían no poco daño. Habiendo edificado, como dijimos, un convento, cuentan que por la noche, rodeados cual de enemigos, de una muchedumbre de molestas yuganas, se levantaban de la cama, no para defenderse hiriéndolas, sino para espantarlas y hacerlas ir de los sembrados y hortalizas, principalmente de los melones, que enton-



ces sembraron y cultivaron, y ellas se los comen con avidez.

Los habitantes de aquel valle se dedican á cazar yuganas para comérselas. Cuando las encuentran las matan á flechazos, y muchos de ellos las cogen vivas echando la mano al cuello del animal, que no hace nada, no obstante que con formidable aspecto, abriendo la boca y enseñando fieramente los dientes, parece que amenaza con morder; pero á manera de ganso que grazna, se entorpece y no se atreve á embestir. Las crías son tan numerosas que no pueden acabar con ellas. De los antros y cuevas marinas donde se crían, salen á bandadas de noche á buscarse la comida; se comen también las heces que el mar deja en las orillas al retirarse.

Cría además aquella tierra otro animal astuto y cruel, que no es menor que un galgo y se le ve raras veces. En el primer crepúsculo de la noche sale de sus madrigueras de los bosques, va á las aldeas y da vuelta á las casas llorando á

gritos, de suerte que, los que no conocen esa treta, piensan que es un niño que se ha lastimado. Antes que la experiencia hubiese enseñado á los vecinos, se engañaban muchos: salían incautamente al oír el llanto, y se encontraban con la fiera, que se tiraba al desdichado y en un instante lo hacía pedazos. El largo tiempo transcurrido y la necesidad, que despiertan á los dormidos, enseñaron remedio contra la fiera índole de la alimaña. El que tiene que caminar de noche lleva consigo un tizón encendido, y conforme va andando le da vueltas, y viéndolo el monstruo huye, como el hombre huye de la espada de un furioso. De día no se la ha visto nunca.

3. Además se ven acosados de cocodrilos, particularmente en los sitios aislados y pantanosos: muchas veces cogen á los cachorros y se los comen; de los grandes huyen con terror. Los frailes comieron cocodrilo; dicen que es como la carne de pollino y de gusto insípido, como en otra parte lo he dicho de los

cocodrilos del Nilo en mi Legación de Babilonia por los Reyes Católicos Fernando é Isabel. La hembra despide un olor semejante al del muelle almizcle.

Críanse en aquella tierra gatos silvestres: la madre, trepando entre los árboles, lleva abrazados á sus hijos. Entonces le tiran un flechazo, y cayendo muerta cogen los gatillos, y los conservan por gusto, como nosotros á los cercopitecos ó monas, de los que los frailes dicen que se diferencian muchísimo. Los cogen tendiéndoles lazos á la orilla de las fuentes.





## CAPITULO II

---

SUMARIO: 1. Noticias curiosas de ciertos cuadrúpedos.—  
2. Y de los murciélagos.—3. Y de varias aves.—4. Y  
de monstruos marinos.

**A**L otro lado de las sierras, que señalaron con el dedo, dicen los indígenas que hay en las montañas unas fieras que en la cara, pies y manos se asemejan á la figura del hombre, y que algunas veces se ponen de pie y andan con la cara derecha; los que esto oyeron, piensan que son osos: no los han visto.

Otro animal hay en sus bosques más grande que el asno, feroz enemigo de los perros, que los agarra si los ve, y se los lleva consigo, como el lobo ó el león se llevan una

res. Tres perros se les llevaron del vestíbulo á los frailes, que los tenían para guardar el convento. Este animal tiene las patas muy diferentes que los otros. La pesuña es semejante á un zapato francés; por delante, ancha, redonda y sin abrir: por el calcañal, puntiaguda; es negro y velludo: teme la vista del hombre. Los indígenas llaman á este cuadrúpedo *capa*.

También cría leopardos y leones, pero mansos, y que no hacen daño; los ciervos están en muy gran número; los indígenas los persiguen para cazarlos á flechazos. No menor que un perro galgo es otro animal que se llama *aranata*: su figura es de hombre, la barba poblada, tiene grave y venerable aspecto; las manos, pies y boca, como los hombres; se alimenta con frutas de los árboles. Dando vueltas por entre los árboles como un gato ó mona, andan por manadas, y á veces huyen unos de otros; de modo que los frailes del convento, cuando por primera vez llegaron

allá, se figuraron que eran escuadrones de demonios, que armaban ruido para amedrentarlos, de rabia porque habían ido.

Es un animal muy diestro, que sabe eludir las flechas que le tiran, y agarrar una y volver á tirársela al que le hirió. Yo creo que es una especie de los monos ó cercopitecos: los frailes dicen que no. Otro hay admirable en sus ademanes, macilento; por excremento echa culebras de un codo: los mismos frailes afirman que alimentaron uno en su casa, y que vieron eso por manifiesta experiencia. Preguntándoles adónde se dirigían las culebras sueltas, dijeron que á las selvas vecinas, donde mueren en breve. Hiede ese animal más que cualquier cadáver podrido y echado á un estercolero; por lo cual, no sufriendo su hedor, lo mandaron matar; tenía la cara de zorra y el pelo de lobo.

Cuando he sabido que frecuentemente se crían gusanos en el vientre de los niños, y que los viejos tampoco están libres de esa plaga,



y que se expelen vivos junto con los excrementos, que vulgarmente, cambiándolos el nombre, se llaman lombrices, ¿por qué no he de creer que pueda suceder eso también, principalmente afirmándolo varones tales?

Hay otro cuadrúpedo que se busca el alimento con admirable instinto de la naturaleza. Le gustan las hormigas, como lo dijimos del ave pico; está provisto de un agudo pico de un palmo; por boca tiene únicamente un agujero en la punta del pico, y sacando por allí su lengua oblonga, la extiende en las casillas de las hormigas que se ocultan en las cuevecillas de los árboles, y jugueteando con menear la lengua las hace salir; y cuando advierte que la tiene llena de hormigas, la encoge, y tragándose de este modo las hormigas, se alimenta; es animal que va engalanado, y se crían bastantes en aquella tierra.

Abunda (*igualmente*) de jabalíes, erizos con espinas, puercos espines y varias especies de comadre-

jas, así como la adornan diversas aves y la molestan los onocrótalos, de que se trató extensamente en la anterior (*Década*) del Duque.

2. Los murciélagos, por la noche, acometen á los que duermen como los mosquitos; la parte que en el hombre vea descubierta el murciélago, se tira á ella sin miedo, y le da un repentino mordisco, chupando la sangre. Mas oiga Vuestra Beatitude un caso gracioso que acaeció por el mordisco de un murciélago. Estaba á punto de morirse un criado de los frailes con pleuresía grave y ardiente calentura: necesitaba sangría: el sangrador con su lanceta le pinchó la vena dos y tres veces sin sacar ni una gota de sangre. Dejándole, como que se iba á morir dentro de pocas horas, dándole el último adiós, se fueron los frailes á prepararle la sepultura. Estando solo le acometió un murciélago en un pie que tenía descubierto, le abrió la vena, y chupándole la sangre, cuando se hartó se echó á volar dejando rota la vena.

A la salida del sol acudieron los frailes al que habían dejado creyendo que estaría ya muerto: se lo encontraron vivo, alegre y casi bueno, y convaleció prontamente, dedicándose á sus antiguas ocupaciones, gracias al murciélagomédico. Estos matan á mordiscos los gatos, perros y gallinas. Los indígenas los llaman *rere*. Son pocos los nombres que dan de las cosas.

3. Hay unos cuervos que no son esos cuervos negros, sino unas aves de corvo pico de águila, de rapiña, pero tardos en el volar como la avutarda, tan común en España, y son mayores que el pato. Hacia la puesta del sol despiden un aliento oloroso, al medio día ó con atmósfera pesada, no. Las perdices, tórtolas, palomas, se crían allí en número innumerable, y tienen pajaritos menores que nuestro reyezuelo. De la industriosa arquitectura de sus nidos para defender las crías de las aves de rapiña y de otras alimañas, cuentan cosas admirables.

4. Alguna vez hemos dicho que Maya es una región vecina de Chiribichí, y notable por sus salinas. Recorrían sus costas los españoles, extendiendo la vista por el mar, mientras los demás jugaban ó se estaban sin hacer nada: echaron de ver algo desconocido que nadaba en la superficie : fijando la vista y pensando qué sería, declararon haber visto una cabeza humana con pelo, barba poblada y brazos. Mientras lo miraban en silencio, el monstruo admirado iba nadando á vista de la nave. Dando grandes gritos despertaron á sus compañeros, y al oír las voces el monstruo, se espantó y se zambulló. Dejó ver que la parte del cuerpo cubierta bajo el agua terminaba en pez, habiéndose visto la cola, con cuya sacudida enturbió el agua del sitio aquel estando el mar tranquilo. Nos parece que serán los Tritones que la antigua fábula llama los hijos (*rubicines?*) de Neptuno.

Muchos han referido que se vió otro monstruo de esa clase junto á

la isla de Cubagua, famosa por la pesca de perlas y vecina de la Margarita. Se dice que en nuestro mar Cantábrico se han oído en ciertos tiempos del año voces de doncellas que cantaban con armonía; piensan que es el canto de éstas cuando, por el apetito de procrear prole, están en celo.





## CAPITULO III

---

SUMARIO: 1. La pesca. — 2. Insectos. — 3. Culebras y otros animales.

**D**ISFRUTAN de muchas clases de pescados que nosotros no conocemos, y en particular de dos que abundan: uno, lo asan y guardan como nosotros conservamos el jamón salado, y otras carnes y pescados para cuando son menester. Otra clase, después de cocido, lo baten á modo de masa de trigo, y luego, haciéndolo pelotas, lo venden á los vecinos que no tienen mar á cambio de otras cosas extrañas.

Con dos artificios cogen los peces. Cuando se proponen dedicarse á la



pesca general porque saben que está abundante el pescado, se reúne gran muchedumbre de jóvenes, formando silenciosamente ancho círculo por detrás de la bandada (*de peces*), como hacen los que van á cazar liebres; la rodean y se sumergen todos á un tiempo, y dentro del agua, á modo de los que danzan, poco á poco, agitando con mucha destreza unas varas que llevan en la mano derecha, y extendiendo la izquierda, van gradualmente echando los peces hacia las arenas de la playa, cual rebaño que se encierra, y allí, con espuestas, tiran su presa á tierra enjuta.

Yo no me maravillo de que esto pueda hacerse por lo que á mí mismo me sucedió en el álveo del Nilo, marchando por él aguas arriba hacia (*la residencia de*) el Sultán, hace veinticuatro años. Estando detenidos en la orilla para tomar provisiones de refresco las naves en que iba yo y mi acompañamiento, y los palaciegos que me había enviado el Sultán, y no teniendo

yo seguridad para salir á tierra por temor de los árabes que andaban por allí, echaba migajas de pan al río, como me lo dijo uno de allí, y al punto se reunió una muchedumbre de peces tan sin miedo que dejaban que les metiéramos cestas debajo. Acudían á porfía á las migajas de pan flotantes, como las moscas se tiran ciegas á cualquier cosa que tenga miel; entonces sacábamos las cestas llenas, y lo repetíamos cuantas veces queríamos. Pero, preguntando á los naturales por qué duraban tanto aquellas bandadas de peces, supimos que no los comían porque hacían daño; á mí me avisaron que no cogiera ninguno con la mano, y me mostraron una espina roja que tiene en el lomo, y que el pez procura herir con ella al que le coge, como las abejas con su aguijón. Los chiribichenses no tienen ese cuidado: estos pescados son buenos.

La otra clase de pesca es más segura y de resultado. De noche llevan en las lanchas teas encendidas,

y van adonde saben por experiencia que hay bandadas de pescados grandes; agitan, formando círculos, las teas encendidas fuera de los costados de las lanchas: enjambres de peces acuden corriendo á la luz, y tirándoles pinchos y flechas matan los que quieren, y salándolos ó secándolos al sol fuerte, los arreglan en cestas, y esperan á los compradores que van á sus mercados. Y basta ya de las regiones marinas.

2. Nacen también allí muchas clases de insectos y de serpientes. Las salamandras de Chiribichí son más anchas que la palma de un hombre, y su mordisco causa la muerte. De noche graznan como las pollas cloquean roncamente cuando comienzan á entrar en celo. Encuéntranse allí á cada paso áspides que pican con el aguijón de su cola, y con esas puntas de cola envenenan las saetas. Hay unas arañas de varios colores de hermosa vista, doble mayores que las de acá, pues sus tenaces telas, que son dignas de ver-

se, prenden á cualquier volátil que en ellas caiga, menor que un pájaro ó igual. Dicen los frailes que para romper sus hilos se necesita hacer alguna fuerza.

Se comen sin asco (*los indios*) las arañas, las ranas y cualesquier gusanos, hasta los piojos, si bien en lo demás son melindrosos, hasta el punto que, si alguno ve cosa que le repugne, de seguida vomita cuanto tiene en el estómago.

De cuatro clases de mosquitos malignos se defienden muchos cubriéndose de arena, poniéndose follaje sobre la cara entre las ramas para poder respirar: los pequeños son más dañinos.

Hay tres clases de abejas: dos de ellas depositan miel en sus colmenas, lo mismo que las nuestras. La tercera clase, delgadas y negras, crían en las selvas miel sin cera. Los indígenas se comen á gusto el pollo de las abejas, crudos, asados, y á veces cocidos. De avispas hay dos clases: una que no hace daño, y la otra muy molesta; éstas habi-

tan en las casas, y aquéllas en las selvas.

3. En ciertas regiones marítimas se crían unas culebras de gran tamaño; si acontece que los marineros se duerman, agarrándose al lado de la barca trepan á ella y los matan durmiendo, y los despedazan y se los comen entre varias que se juntan, como los buitres en los cadáveres que hallan.

En ciertos tiempos del año tienen la plaga del pulgón, oruga y langosta, que germinan en los árboles; en el grano de maíz, como no pongan mucho cuidado en desecarlo y colocarlo en los graneros, nace el gorgojo y roe la medula dejando la piel, como sucede con las habas, y en algunas partes también con el trigo. También allí son comunes los (*escarabajos ó cucuyos*) que dan luz de noche, y en la precedente (*Década*) ducal dijimos que los usan para defenderse de los mosquitos y alumbrarse de noche.

Cuentan que las costas de aquel mar, en ciertos tiempos del año, se

enrojecen hasta tomar color de sangre; y habiendo preguntado á los ancianos por la causa de ello, dicen que es su opinión, mas no lo afirman, que consiste en que una gran muchedumbre de peces pone en aquel tiempo sus huevos, que arrastrados por las olas dan á las aguas el color de sangre por encima. En manos de los que gustan de buscar lo que no hay estará creer eso, ó criticar á los que hablan con ingenuidad sobre estas y otras muchas cosas.

Y basta ya de cuadrúpedos, aves, insectos, árboles, hierbas, jugos y otras cosas semejantes. Pongamos la mira en los hechos de los hombres y en el discurso de su vida.







## LIBRO VIII

---

### CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Costumbres de los habitantes de Camaná: cantares y danzas.—2. Reuniones con el cacique.—3. Orgías subsiguientes.

**S**ON los chiribichenses sumamente aficionados á los agüeros, y amantes de los juegos, los cantares y la música. En ambos crepúsculos se saludan alternativamente con varios instrumentos y cantos; á veces pasan ocho días continuos tañendo, cantando, danzando, bebiendo y comiendo: en ocasiones se dan á ello hasta quedar extremadamente rendidos. Los cantos tienen aire me-

lancólico: allí se atavían cada uno con sus alhajas; éstos se ponen en la cabeza coronas de oro, adórnanse el cuello y las pantorrillas, en vez de cascabeles, con conchas marinas y cáscaras de caracoles; otros llevan penachos de plumas de diversos colores; otros se cuelgan al pecho planchas de oro, que llaman *guanines*; pero todos se tiñen con diversos jugos de hierbas, y el que á nosotros nos parecería más feo, ellos le tienen por más elegante.

Así, formando unas veces arco, y otras apretada falange, después redonda corona, dándose las manos, luego soltándolas, con mil saltos diferentes y danzas, siempre cantando, se revuelven en círculo, yendo y viniendo, con varios gestos de la cara, cuándo silenciosos y con la boca cerrada, cuándo abriéndola y dando voces. Dicen estos cenobitas que alguna vez les han visto pasar más de seis horas sin interrupción ninguna en estos varios y laboriosos movimientos.

Cuando, convocados á voz de pre-

gonero, tienen que acudir los vecinos de la comarca al palacio de algún magnate, los criados de los caciques limpian y barren los caminos, arrancando las hierbas, quitando las piedras, zarzas, paja y cualquier basura, y si es necesario los ensanchan. Los vecinos que acuden de las aldeas se paran á un tiro de piedra del palacio, se forman á campo raso, y así formados golpean los dardos y saetas de que se sirven en la guerra, tañendo y danzando, y al principio andan despacio, cantando en voz baja y temblorosa, y luego, á medida que se van acercando, levantan la voz y el canto, que repiten diciendo siempre lo mismo, como, por ejemplo: «Serenó día es, el día está sereno, es sereno día.»

Sólo el jefe de cada aldea da á los demás la pauta de las danzas y del canto, y ellos le responden con tal concierto que entre muchas voces parece haber una sola voz, y entre muchos movimientos un solo movimiento. Delante va, de espaldas has-

ta las puertas del palacio, uno de los amigos del cacique; después entran en la casa sin cantar, éste parodiando la pesca, aquél la caza, danzando con modestia. De seguida, uno en tono oratorio perora en alta voz, elogiando al cacique y á sus progenitores; otro hace el papel del bobo y sus gestos, cuándo revolviendo los ojos, cuándo mirando de hito en hito.

Después se sientan todos en el suelo; recogién dose debajo los pies (*en cuclillas*), comen hasta la crápula, y beben hasta embriagarse, y cuanto más intemperante es uno en la bebida, por más valiente es tenido. Entonces las mujeres beben con más parsimonia, para que puedan cuidar mejor de sus maridos, tumbados de puro borrachos, pues mientras duran estos juegos bacanales está designada como guardiana de su marido. También se sirven de ellas en este tiempo para llevar al lugar de la reunión los bultos de la comida y la bebida, y las mismas son las que sirven la be-

bida por cabezas con este orden: la mujer da la taza al que está sentado en el primer lugar; éste se levanta y se la alarga al que tiene más próximo, éste á otro, este otro al que tiene al lado, hasta que corre á todos los que hay.

Dicen los frailes que vieron alguno hinchado por el exceso de la bebida, de modo que parecía estar preñado. Después comienzan las querellas y quejas, y el recordar las injurias pasadas; de aquí los desafíos y provocaciones, y demás riesgos y principios de muchas enemistades, y recrudecerse muchas venganzas antiguas. Cuando ya pueden levantarse para volverse á casa, empiezan otra vez cantares de aire triste, y más tristes aún las mujeres. Profesan que al que guarda templanza le falta mucho para ser hombre, porque se queda sin participar de lo futuro el que no se caiga de puro ebrio.

Conforme abajo lo diremos en su lugar, se dan al arte mágica bajo la dirección de maestros, y sostie-

nen que entonces han tenido comercio con los demonios y han hablado con ellos, cuando, adormecida la razón, están más borrachos: por lo cual, á más de beber vino, usan del sahumerio de otra hierba que embriaga. Otros, con el fin de quedarse más completamente inertes, toman jugos de unas hierbas que provocan el vómito, para que, desocupado el estómago, puedan repetir la crápula y la embriaguez.

Las doncellas asisten también á sus convites: éstas, con ovillos de estambre, se dan vueltas á los muslos y las piernas en la parte próxima á las rodillas, y se las aprietan fuertemente para que se les hinchen y pongan más gordas las pantorri-llas y los muslos; piensan que con esa majadería aparecerán más hermosas á los ojos de sus amantes: en lo demás, van desnudas. Pero las casadas usan enagüillas de algodón sólo para cubrir sus vergüenzas.







## CAPITULO II

---

SUMARIO: 1. Instrumentos bélicos de los chiribichenses: idiomas, temperatura, índole.—2. Confección de venenos.—3. Las mujeres.—4. Las bodas.

ESTA gente arregla de varios modos instrumentos de guerra, con los cuales ya excitan la alegría, ya á veces la tristeza y el furor; algunos los componen de grandes conchas marinas, cruzándolas con cordeles, y de los huesos de los ciervos y de las cañas de río sacan flautas. Además hacen pequeños tambores, que adornan con varias pinturas, y les forman asimismo de calabazas y vaciando un leño mayor que el brazo de un hombre.

Por la noche casi siempre, á mo-

do de pregoneros, dan voces desde la casa más alta de cada aldea, y desde la aldea vecina responden sin descuidarse. Preguntándoles por qué motivo se han impuesto ese cuidado, (*respondieron que*) para que no les cojan desprevenidos los enemigos si vienen de repente, pues se consumen mutuamente en continuas guerras.

Dicen que sus idiomas son muy difíciles de entender, porque todas las palabras las pronuncian sincompadas, al modo que los poetas pueden decir *Deúm* por *Deorum*. Se lavan todos los días antes de salir el sol si hace calor, y cuando sale si hace frío, y por elegancia muchas veces se dan cierto ungüento viscoso, y poniendo encima plumas de aves, se cubren todo el cuerpo. Así sacan de las cárceles en público los jueces españoles á los rufianes y á las hechiceras para afrenta, en castigo del delito cometido.

Á los chiribichenses de la costa no les molesta mucho el frío ni el calor, no obstante que están muy

próximos al equinoccio, apenas á diez grados de nuestro polo: se extiende aquella tierra hacia el antártico, como lo he dicho otras veces al otro lado de la línea equinoccial, cincuenta y cuatro grados, donde los días son muy cortos cuando entre nosotros son muy largos, y viceversa.

Entre ellos se tiene por más poderoso y más noble el que tiene más oro y más canoas, y el que tiene más parientes, y cuenta con hazañas de sus antepasados ó suyas. Si uno le hace á otro una injuria, guárdese; no perdonan jamás, y á traición buscan venganza. Son sobremanera jactanciosos y aficionados al arco y las flechas, que les ponen los aguijones de la cola de los áspides, y cabezas de ciertas hormigas y hierbas venenosas ó manzanillas machacadas de las que otra vez se han nombrado, y jugos destilados de algunos árboles.

No todos pueden preparar esos venenos: tienen viejas peritas en el arte, y á su tiempo, aunque ellas no

quieran, las encierran para que los hagan dándoles los materiales: las tienen dos días, y cuecen el ungüento. Una vez hecho, abren la casa: si encuentran buenas á las viejas y no tendidas medio muertas por la fuerza del veneno, se ponen muy afligidos, pues dicen que tiene tanta fuerza que sólo su olor de mientras lo componen pone casi á la muerte á quienquiera que lo haga, y tiran los ungüentos como cosa inútil. Aquél, pues, mata al que hieren, mas no de repente; el remedio no lo ha averiguado nunca ninguno de los nuestros, pero ellos lo saben.

El herido desde entonces pasa muy mala vida, porque tiene que abstenerse de muchas cosas que solían agradarle; en primer lugar, de placeres carnales por espacio de dos años á lo menos, y por toda su vida de beber vino y de comer fuera de lo puramente necesario, y de trabajar. Como no se abstengan de esto, mueren sin tardanza. Los frailes dicen que han visto muchos heridos, dado que se consumen en

guerras unos á otros, y que no murió ninguno más que una mujer (pues junto con los hombres pelean las mujeres), la cual herida no quiso pasar las penas de la cura, y los nuestros no pudieron nunca sacarle con qué medicamento se curan.

Desde muchachos se ejercitan en el manejo del arco, disparándose pelotas de cera ó de madera en vez de saetas. Cuando navegan, se sienta un cantor en la proa de la lancha, y siguiéndole el tono los remeros, responden con orden agradable, remando con uniformidad.

3. Por lo regular, las mujeres guardan bastante honestidad durante la adolescencia y la juventud; de más edad, no son constantes. Según la índole general de las mujeres, que les gusta más lo ajeno que lo suyo, éstas aman más á los cristianos. Para correr, nadar, cantar y tocar á la vez, y hacer cualquier movimiento, no son menos diestras que los hombres. Se despachan fácilmente de sus partos sin dar señales de dolor, ni guardar cama, ni

esperar blanduras. Oprimen la cabeza del niño con dos almohadillas, una en la frente y otra en el occipucio, y se la aprietan hasta hacerle saltar los ojos: les gusta la cara aplanada.

A las jóvenes casaderas las cierran sus padres en habitaciones retiradas por espacio de dos años, y no salen al aire durante aquel tiempo, siendo así que fuera de él se ponen morenas por tanto estar al sol y en el agua; durante la clausura, nunca se arreglan el pelo. Á las que se guardan con esa severidad, desean muchos tenerlas por mujeres. Si éstas son esposas del primer marido, son veneradas por las demás que los magnates tienen á su gusto. El pueblo se contenta con una; pero las plebeyas, en su mayor parte, obsequian al que les pide obsequio. Una vez que se han casado se guardan del adulterio; y si éste se verifica, no se le pide cuenta de él á la mujer: al adúltero es á quien se castiga; la mujer puede ser repudiada.



4. A las primeras bodas de esa joven severa, se convoca toda la vecindad. Las mujeres convidadas llevan á cuestas un fardo de comida y bebida, que apenas pueden con él: los hombres, cada uno su haz de paja y follaje para hacerle la casa á la nueva casada, y la forman á modo de tienda de campaña, poniendo vigas de pie. Construída la casa, ambos esposos, según son sus facultades, se adornan con las acostumbradas joyas y con piedras de varios colores; si no las tienen, las toman prestadas de sus vecinos.

Entonces la nueva casada se sienta aparte con las doncellas, y el esposo con los hombres. Alrededor de uno y de otro, van cantando los jóvenes: las mozas á ella, los mozos á él. Se le acerca el trasquilador, y le corta el pelo al esposo desde las orejas; y una mujer, á la esposa, en la frente sólo hasta las cejas; por detrás se le deja el pelo. Hecho esto, cuando llega la noche toman de la mano á la esposa y se la entregan al marido, con facul-

tad de usar de ella como quiera.

Las mujeres llevan también perforadas las orejas, en que se cuelgan joyas. Los varones comen juntos, mas nunca las mujeres con los hombres. Ellas gustan de cuidar la hacienda, y lo hacen; los hombres atienden á los asuntos de guerra, la caza, la pesca y los juegos.





## CAPITULO III

---

SUMARIO: 1. Se excusa el autor con sus setenta años.—2. Escuelas de magia negra. — 3. Médicos por magia.

**L**OCANTE á su vida y costumbres paso aquí por alto muchas cosas, porque en la precedente (*Década*) del Duque mencioné con bastante extensión las que se habían leído en nuestro Senado, y me temo que algunas de ellas se hayan repetido aquí sin necesidad; pues el año setenta de mi edad, en que entraré el 2 del próximo Febrero del año 1526, restregándome la memoria con su esponja me la ha borrado de tal modo que apenas la pluma ha escrito un período, si alguno me preguntare

qué he puesto, le responderé que no lo sé, en particular por venir á mis manos estas cosas anotadas en diferentes tiempos y de varias personas.

Tres cosas quedan ahora, con las cuales daremos acaso fin á la obra, á no ser que nos lleguen otras nuevas: de qué manera aprenden y practican el arte mágica hombres casi desnudos é incultos; después el aparato con que hacen sus funerales; finalmente, lo que creen que les espera á los que mueren.

2. Tienen maestros diestros en el arte mágica, y les llaman *piaches*: les reverencian y les veneran como dioses. A los diez años ó doce, escogen de entre los muchachos los que por conjeturas conocen que la naturaleza los ha destinado para semejante ministerio; y conforme nosotros enviamos los nuestros á las escuelas de los gramáticos y retóricos, así ellos mandan los suyos á recónditos retiros de los bosques.

Bajo la regla de viejos preceptores, por espacio de dos años, pasan

en chozas una vida más rígida que la de Pitágoras, y reciben una educación más severa. Se abstienen de todas las cosas que tengan sangre, y de todo acto y aun pensamiento venéreo, no bebiendo más que agua, y viven sin trato alguno de sus padres, parientes, ni compañeros. A sus preceptores no los ven mientras dura la luz del sol: por la noche van ellos á ver á los discípulos, pero no les llaman. Les dictan á los muchachos unos cantares, en que llaman á los demonios, y á la vez les enseñan el modo de curar á los enfermos.

Pasados los dos años regresan á los patrios lares, llevándose consigo de sus maestros los *piaches* testimonio de que han aprendido la ciencia, como los que han conseguido el título de Doctor en las ciudades de Bolonia, Padua ó Perusia; sin eso, no se atrevería nadie á ejercer el arte médica.

3. Los vecinos, parientes ó amigos, si se ponen malos, no admiten á los suyos para curarse; llaman á

los extraños, y particularmente á los de otro cacique. Según la varia índole de la enfermedad la curan con varias supersticiones, y á ellos les dan diferente recompensa.

Si el enfermo padece un dolor leve, tomando ellos en la boca ciertas hierbas, aplican los labios á la parte doliente, y arrullándole, chupan con toda su fuerza, y parecen atraer hacia sí el humor perjudicial; de seguida se salen de la casa, llevando hinchadas ambas mejillas, escupen y gargajean repetidamente, y dicen que muy pronto se pondrá bueno el enfermo, porque con aquel chupar y aquel arrumaco le han sacado de las venas la enfermedad.

Pero si el enfermo padece más aguda fiebre ó dolor, ú otra cualquier clase de mal, hacen otra cosa. El piache visita al enfermo : lleva en la mano un palito de un árbol que él conoce, y que estimula eficazmente el vómito. En una fuente ó plato lleno de agua echa la varita para que se humedezca, se sienta junto al enfermo, y dice que está



poseído por el demonio. Los circunstantes se creen lo que dice; los parientes y criados ruegan al piache que ponga de su parte para remediarlo; se acerca al enfermo, lame y chupa del modo que hemos dicho todo su cuerpo sin interrupción, y hablando entre dientes recita encantamientos; dice que de aquella manera evoca al demonio de los tuétanos del enfermo y lo atrae á sí.

Inmediatamente, cogiendo el palito humedecido, se restrega el paladar hasta la campanilla, y luego se lo introduce hasta el gaznate y provoca el vómito, y más y más lo estimula hasta (*echar*) cuanto tiene en el estómago y junto á él; y con aliento anhelante, cuándo tembloroso, cuándo apagado, se pone todo convulso, da voces y gemidos, mugiendo más agriamente que un toro banderilleado en la plaza; le solloza el pecho, y por espacio de dos horas, como la lluvia cae de los tejados, así le corre gota á gota el sudor.

Los frailes dominicos dicen que lo han visto ellos, y que les causó admiración cómo el piache aquel no reventó con semejante agitación. Preguntado el piache por qué sufre semejante tormento, dijo que es preciso pasar por eso para arrojar al demonio, atrayéndolo á sí mismo por medio de los encantamientos, que les hacen fuerza, y los chupetones y arrumacos.

Luego que el piache se ha mortificado largo rato con varios gestos violentos, regoldando asquerosamente, vomita cierta materia de mucosidad crasa, en medio de la cual hay envuelta una pelota muy negra, más dura. Recogen con la mano ese nauseabundo excremento, separan aquello negro del restante humor, mientras el piache yace medio muerto á su lado, se salen de la casa, tiran el bulto negro todo lo más lejos que pueden, dando grandes voces, y repitiendo estas palabras : *maitonoro quian, maitonoro quian*, que significa : Vete, demonio, del nuestro; demonio, vete del nuestro.

Hecho esto, le pide al enfermo la paga de haberle curado. Éste se cree que dentro de poco estará bueno, y lo mismo se figuran los parientes y criados. Le dan grano de maíz y comestibles en abundancia proporcionada á la calidad de la dolencia, y también placas de oro para el pecho si el enfermo es pudente y muy grave la enfermedad.

Y es digno de mención que los frailes predicadores, varones autorizados, afirman que de los así curados por los piaches han muerto pocos. Qué sea lo que anda oculto aquí, júzguenlo á su antojo los que tienen propensión á desmenuzar los asuntos de los demás: yo refiero lo que me han referido varones graves. La recaída se cura con medicinas y jugos de varias hierbas.





## CAPITULO IV

---

SUMARIO : 1. Oráculos diabólicos. — 2. Casos prácticos. — 3. Ridícula explicación de los eclipses de luna. — 4. Evocación del diablo. — 5. Modo de ahuyentar á los cometas.

**A**MBIÉN acerca de lo futuro dan consejo los demonios, obligados con encantamientos que saben porque los aprendieron desde niños en el retiro aquel, sobre las lluvias y la sequía, de la templanza del aire, enfermedades y contagios, la paz y la guerra; sobre las vicisitudes, resultado de viajes, comienzos de las cosas, negociaciones, pérdidas y ganancias; de la ida allá de los cristianos, á quien aborrecen porque ocupan sus tierras, imponen leyes, obligan á aceptar nuevos ritos y costumbres, y

hacen dejar los acostumbrados apetitos. Afirman los religiosos que, preguntados los piaches acerca de lo futuro, respondieron con toda exactitud; y reunidos nosotros en el Senado, nos contaron dos ejemplos aparte de otros muchos.

2. Con la boca abierta estaban deseando los frailes dejados en la región de Chiribichí la llegada de cristianos; y habiendo preguntado á los piaches si llegarían pronto naves, predijeron que vendrían en un día que designaron, anunciando detalladamente el número de marineros, su traje y lo que traían consigo; dicen que no se equivocaron en nada. Más difícil de creer parece lo otro. Con anticipación de más de tres meses predicen los eclipses de la luna, siendo así que no tienen letras ni conocimiento de ninguna ciencia.

3. Durante ese tiempo ayunan y están tristes; piensan muy firmemente que se anuncia alguna cosa mala; reciben con melancólicos sonidos y cantos la *menstruación* de

la luna, en particular las mujeres; se dan el pésame unos á otros. Las doncellas casaderas se sangran los brazos, abriéndose las venas con cierta espina aguda de pescado en vez de lanceta. Cuanta comida y bebida se encuentra guisada ó guardada en las casas al tiempo de la menstruación (*durante el eclipse de la luna*), lo tiran al mar ó al fondo de los ríos: se abstienen de todo lo agradable hasta que vean que la luna ha salido de aquel trabajo; y cuando recobra su luz, se dan á los chistes, juegos, cantos alegres y danzas.

Da risa oír la causa que ocasiona el obscurecimiento de la luna según los piaches se lo persuaden, en contra de lo que saben, á los pueblos inocentes. Charlan que entonces el sol, encolerizado, ha herido á la luna haciéndole una herida cruel, y que cuando el sol aplaca su ira revive la luna, volviendo á su estado primitivo, como si no supiera la causa del eclipse el demonio, que, arrojado del trono de los



astros, se trajo consigo la ciencia de ellos.

4. Mas cuando los piaches, á ruego del príncipe ó de algún amigo, han de evocar á los espíritus, se entran en un retiro oculto á las diez de la noche, y se llevan consigo unos pocos jóvenes valientes é intrépidos. El mago se sienta en un banco bajo; los jóvenes se mantienen inmóviles, de pie. Con palabras insensatas, según la antigüedad refiere que lo hacía la sibila de Cumas, mezclando lo obscuro con lo claro, da voces; de seguida toca los cascabeles que lleva en la mano, y luego en tono triste, casi llorando, le habla al espíritu evocado con estas palabras: *prororuré, prororuré*, con acento en la final, y lo repite muchas veces. Si tarda en venir el demonio invocado, se mortifica más rigurosamente, pues son palabras de pedir que venga. Si no viene, repite las cantilenas y recita unos encantamientos amenazadores, y con torvo aspecto parece como que manda. Ponen por obra lo

que dijimos que aprendieron en los bosques escondidos, bajo la dirección de los ancianos.

Cuando, por fin, advierten que viene ya el evocado, para recibir al demonio agitan más frecuentemente los cascabeles. El demonio llamado acomete al piache, cual si un hombre forzado se echâra sobre un tímido muchacho. Su huésped, el demonio, le tira á tierra, y el piache se pone convulso y da señales de sufrir horribilmente. El más atrevido de los jóvenes se acerca al piache que está sufriendo, le propone lo que ha mandado el cacique, ó aquel por quien el piache ha tomado aquel grave compromiso, y por la boca del mago postrado en tierra responde el espíritu que tiene dentro. Lo que suelen preguntar ya lo hemos mencionado.

Obtenidas las respuestas, pregunta el joven qué premio deba darse al piache si juzga el demonio que estará bien pagado con comestibles y maíz, y se le da exactísimamente al piache lo que pide.

5. Cuando esperan un cometa, á la manera que el guarda de un ganado al venir el lobo suele espantarlo con horrorosos gritos, así éstos piensan que con sus estruendos y el ruido de los tambores se disuelve el cometa.

Los frailes, al contar estas cosas, advirtieron que alguno de nuestros colegas ponía en duda si debería creerse lo que decían; por lo cual aquel Fr. Tomás Ortiz, que conocía por dentro y por fuera las cosas y las costumbres de los chiribichenses, habló contando este ejemplo.







## LIBRO IX

---

### CAPITULO ÚNICO

SUMARIO: 1. Caso probado de intervención diabólica. --  
2. Embalsamar tostando. — 3. Aniversarios nauseabundos. — 4. Creencia en la inmortalidad del alma. —  
5. Vestigios manifiestos de cristianismo.

**E**L bienaventurado Fr. Pedro de Córdoba, á quien todos tienen por un santo, viceprovincial de la región de Andalucía de nuestra Orden de Predicadores, á quien únicamente el celo de extender nuestra fe le había llevado á aquellas soledades, confiando sólo en el auxilio de Dios se propuso indagar los secretos de aquellos piaches, y quiso saber por vista de ojos si vaticinaban

bajo la presión del demonio, y daban respuesta como el Apolo de Delos. Averiguó que era la pura verdad, y quiso estar al lado del piache durante sus encantamientos.

La cosa se hizo una vez delante de él. Como si un perrazo hubiese atrapado un conejo, así el espíritu dejó exánime al piache, arrojándole al suelo. Lleno de asombro aquel Padre, se puso la estola sacerdotal, tomando en la mano derecha el agua bendita para asperjar con una ramita al que yacía en el suelo; y tomando en la izquierda la cruz de Cristo, se acercó al piache tendido, y dijo estas palabras: «Si eres demonio el que así atormentas á este hombre, por la virtud de este instrumento que bien conoces (*y ostentó la cruz*) te conjuro que no te atrevas á salir de ahí sin nuestro permiso y sin que antes respondas á lo que se te pregunte.» Aquel santo sacerdote afirma que le hizo muchas preguntas en latín, y no pocas en español, y dice que el derribado piache respondió á todo por su or-



den, aunque no en latín ni en español, sino en la lengua en que se había criado el piache, pero sin discrepar nada en el sentido.

Entre las demás preguntas, el fraile le hizo ésta: «Ea, di. Después de salir de la cárcel de este cuerpo, ¿adónde van las almas de los chiribichenses?» — «A las eternas llamas nos las llevamos, arrebatándonos nosotros mismos.» Esto estando presentes muchos chiribichenses, por mandato del Padre. Fray Tomás se queja de que, habiéndose divulgado por toda la región esta noticia, no apartó en nada á los chiribichenses de sus malas costumbres, ni de que siguieran poniendo por obra del mismo modo sus gustos. Después de esto, el buen P. Pedro de Córdoba, volviéndose al piache que seguía echado, dijo: «Retírate de este hombre, ¡oh espíritu inmundo!» Al pronunciar estas palabras, el piache se levantó de repente; pero tan atontado que por largo rato no estuvo en sí, y apenas se tenía de pie. Así que pudo

hablar, se desató en maldiciones é imprecaciones contra el huésped, ya salido de él, que le había mortificado tanto tiempo su cuerpo.

García Loaísa, que es también de los frailes Predicadores, á quien, según él dice, Vuestra Beatitud le ha promovido al puesto más alto de su regla con capelo de cardenal, que ahora es confesor del César y obispo de Osma, y presidente de nuestro Senado de Indias, afirma que este Fr. Pedro de Córdoba es hombre digno de toda alabanza y verídico.

A juicio mío esto no es de extrañar, porque nuestra ley nos permite reconocer que hubo muchos poseídos por el demonio, y de Cristo se nos refiere muchas veces que arrojó de los hombres los espíritus inmundos. Estos piaches disfrutaban también de los convites y danzas y otros juegos livianos, (*aunque*) separados entonces del pueblo por (*aparentar*) gravedad.

El sentido de sus encantos no lo entienden los mismos que los hacen;

al modo que entre nosotros, aunque el idioma común no se diferencia mucho del latín, sin embargo, pocos de los que asisten á las funciones sagradas entienden lo que cantan los sacerdotes; y aun de los mismos sacerdotes, por pereza y descuido de los Prelados, no pocos se atreven á decir la Misa pronunciando solamente las palabras, sin entender el sentido.

2. No es fuera de propósito oír de qué modo hacen sus funerales. Los cuerpos de los que se mueren, en particular los de los nobles, arreglándolos algo, los extienden sobre unas parrillas de cañas de río, y encendiendo debajo fuego lento de ciertas hierbas, los secan destilando gota á gota todo el humor, y después los conservan colgados en habitaciones interiores, cual penates. En otras regiones de este creído continente hay también esta costumbre, según creo haberlo dicho en las primeras Décadas al (*Papa*) León, tío de Vuestra Beatitude. Mas los cuerpos que no se

desechan, abriendo un hoyo en casa, los entierran con lágrimas y llantos.

3. Cumplido el año del primer funeral, se convoca á los amigos de la vecindad; se reúne la muchedumbre que corresponde á la posición del difunto, y cada uno de los convidados va con comida y bebida, ó envía á sus esclavos cargados con ello. Al primer crepúsculo de la noche, los criados abren el sepulcro, sacan los huesos; dando voces y con el cabello tendido, se ponen á llorar; cogiéndose sus pies con las manos, y poniendo la cabeza entre las pantorrillas, se aprietan formando un círculo. Entonces, soltando los pies y extendiéndolos rabiosamente, con la cara y los brazos hacia el cielo echan alaridos horribles; todas las lágrimas que echan por los ojos, todos los mocos que les salen de las narices, se los dejan á veces, presentando feo aspecto; cuanto más deformes se ponen, tanto mejor creen haber hecho su papel. Queman los hue-

sos, guardan la calavera, y se la lleva la más distinguida entre sus mujeres, para guardarla en casa como cosa sagrada, y regresan los convidados.

4. Digamos ahora lo que piensan acerca del alma. Profesan que es inmortal, y creen que al desprenderse de la vestidura del cuerpo se va á los bosques de las montañas, y que allí vive perpetuamente en las cuevas, y no le quitan la comida y la bebida, porque comen allí también. Las voces repetidoras que se oyen de las cuevas, y llamamos ecos, juzgan ellos que son las almas que andan por allí.

5. Se ha sabido que veneran la cruz, aunque algo inclinada, de este modo  $\times$ , y en otras partes circunscrita por líneas en esta forma  $\boxed{\times}$ . Se la aplican á los que nacen; creen que los demonios huyen de ese instrumento. Si alguna vez han visto de noche algo que da miedo, ponen una cruz, y dicen que con este remedio queda expurgado aquel lugar. Preguntándoles de

dónde han aprendido estas cosas, y unas palabras que no entienden, responden que esas costumbres y ritos han ido pasando de mayores á menores.







## LIBRO X

---

### CAPITULO PRIMERO

SUMARIO : 1. Dificultad con que el autor escribe estos libros. — 2. Noticias de una flota. — Precauciones contra los piratas. — 4. Frescura con que el autor habla al Papa y al Emperador.

**P**ERDONEN los asuntos chiribichenses si les quito el último lugar que les prometí en este montón de cosas, pues dije que concluiría la obra con ellos si no sobrevenían asuntos nuevos. Mejor es que la última tanda de estas cosas tan grandes la lleven por delante las magníficas armadas que frecuentemente surcan el océano, y que con ellas pare de escribir mi ya

cansada mano derecha. Pues entre tanto que yo me ocupaba en el libro del Duque, y en las cosas dedicadas en éste á Vuestra Beatitud, sobrevenían muchos acontecimientos que en parte referí, y en parte, por ocupaciones que ocurrían, tenían que reservarse para ahora; y además porque, á causa de otros negocios, yo no tengo libertad para ponerme todos los días á escribir los sucesos de Indias: á veces se me pasa en claro un mes entero, y por eso todo lo escribo de prisa y casi en confuso cuando hay lugar; y no se puede guardar orden en estas cosas porque acontecen sin orden. Vengamos á lo de las flotas.

2. El año pasado regresó de la Española una de cuatro naves, cuyos marineros y el Senado que (*allá*) quedaba, nos refirieron y escribieron lo que se ha contado de Garay, Gil González, Cristóbal de Olid, Pedro Arias y Hernán Cortés. De Barrameda, que es la desembocadura del Guadalquivir, partió otra el 3 de Mayo de este año 1525, de

veinticuatro naves, para que vaya primero á la Española, donde reside el Senado que gobierna todo lo del océano; y luego, desde allí, se repartan á todas las provincias de aquel Nuevo Mundo. En una de aquellas naves fué á cuidar de las cosas de Jamaica, mi paradisíaca esposa, mi familiar Juan Mende-gurren, conocido del arzobispo de Cosenza y de Vianesio, que en otro tiempo eran Legados aquí. Tengo cartas de él desde Gomera, una de las islas Afortunadas adonde arriban para hacer aguada y leña todos los que han de cruzar el océano.

Escribe que tuvieron feliz viaje, y les duró, dice, diez días. En menos tiempo pudieran ir la mayor parte de las naves más ligeras; pero fué preciso esperar á poca vela á las compañeras de menos andar, no fuera que éstas cayeran en manos de los piratas franceses, que las esperaban estando en ala mucho tiempo; afirma que de allí á cuatro días se darán á la vela con rumbo á alta mar: entonces cada uno sol-

tará su nave y le dará vela á su arbitrio, sin miedo á los piratas. Pedimos á Dios que concluyan felizmente el viaje comenzado.

3. No recuerdo si dije que llegaron á las islas Casitérides, llamadas Azores, de los dominios de Portugal, dos naves de Hernán Cortés y de Nueva España, que es la última de las tierras que conocemos. Que lo dijera ó no, importa poco. Debemos referir cómo se ha proveído que no cayeran en las afiladas uñas de los piratas, que mucho tiempo estuvieron á la vela esperándolas, y cómo ya se han librado, y qué es lo que traen. Una de ellas, dejando el cargamento, determinó probar fortuna: con ayuda de Dios no dió con los ladrones, y salió sin novedad.

Los capitanes de las naves nos enviaron despachos al César y á nosotros (*al Senado de Indias*) por medio de Lope Samaniego, que desde niño se educó conmigo, y hace tres años marchó con mi permiso con el secretario regio Albor-

noz, enviado con el nombramiento de Contador real. Sabido esto, se dispuso de seguida otra armada de seis naves, cuatro de ellas capaces de doscientos toneles (*cuparum*), y juntamente acompañándoles dos carabelas muy preparadas para la guerra de mar si se encontraran con los piratas. Otras cuatro nos prestó el rey de Portugal, aptísimas y bien pertrechadas de toda clase de máquinas de guerra. Fueron el siete de Junio, tomaron el cargamento que se había dejado, y han vuelto seguras hacia fines de Julio. En la ciudad de Sevilla dan gracias á Dios muy contentos.

4. Día por día estamos esperando á los principales conductores. Lo que sepa, se lo diré algún día á Vuestra Beatitud, si llego á entender que esto le ha sido agradable, alargándome la fuente de las viandas con que todos los años Vuestra Beatitud engorda á más de veinte mil ociosos para que más largamente puedan apegarse á las ventajas del ocio. Lo mismo me atre-

ví á decir al Emperador cuando me dió la prelatura abacial de Jamaica, pues le acometí diciéndole lo que sigue : « César invictísimo, lo que yo he sido para tus abuelos maternos y para tu padre y tu madre en los treinta y siete años que llevo de estar en España, y los servicios que he hecho á Vuestra Majestad Cesárea, Vuestra Majestad lo confiesa de palabra, por escrito y concediéndome honores siempre que es menester; pero en prueba de ello, para que yo pueda persuadirselo á mis conterráneos los embajadores de Milán, Venecia, Florencia, Génova, Ferrara y Mantua, necesito de alguna prueba exterior de este amor por el honor, comida que no se sabe que nadie haya tirado nunca de la boca, según el antiguo adagio, «cada cual cuenta de la feria según lo que gana en ella ».

Agradables ciertamente me fueron, después de recibido el Breve de Vuestra Beatitud dándome las gracias, muchos capítulos de las



cartas del reverendísimo Datarío al legado Baltasar, en las cuales atestigua que no es débil el amor que Vuestra Beatitud me tiene, y me promete benignamente que será mi patrono ante Vuestra Beatitud. Pero somos de parecer que no debe estimarse tanto un árbol muy frondoso que, pudiendo ser benéfico, prefiere parecerse al olmo ó al plátano.





## CAPÍTULO II

---

SUMARIO: 1. La culebrina de oro y el caudal que envía Cortés.— 2. Lo que ha informado su enemigo Samaniego.— 3. Nueva flota á las islas Molucas.— 4. Su partida.

**D**EMASIADO he divagado; volvamos á las naves que han venido. Dos solos barcos, y pequeños, había enviado Cortés; á la falta de naves que hay en aquellas regiones atribuyen lo exiguo del tesoro. Afirman que sólo traen para el César setenta mil pesos de oro. Ya he dicho muchas veces que el peso español excede en un tercio al ducado de oro. Estos creo que no le excederán, porque el oro no es puro.

Traen también la culebrina, máquina de guerra harto mencionada.

Lope Samaniego, que actualmente está en mi casa y vino en la primera nave que probó fortuna, dice que está fundida (*la culebrina*) de oro que casi no es oro, y pesa veintitrés quintales, diciéndolo con palabra española. Cada quintal contiene cuatro arrobas de <sup>1</sup> libras de dieciséis onzas. También traen piedras preciosas, y muchas clases de ricos ornamentos de maravillosa hermosura. En la primera nave trajo Samaniego un tigre, pero no nos lo han traído á nosotros.

2. Acerca de Cortés y de sus malas artes de engañar y seducir, muy diferentes de lo que muchos han contado; asimismo de las claras pruebas de que tiene acumulados montones inauditos de oro, piedras preciosas y plata, introducidos en parte por el pórtico de su inmenso palacio, y en parte furtivamente, de noche, en fardos por los esclavos de los caciques, sin que lo sepan los magistrados; así tambien de las

---

<sup>1</sup> No dico cuántas libras.

ciudades opulentas con sus municipios y villas innumerables; de las minas de oro y de plata, y del número y grandeza de las provincias y de otras muchas cosas, me reservo hablar en otro tiempo. Se están meditando en secreto ciertos remedios: sería en mí un delito descubrir cosa alguna al presente. Hasta que se acabe de tejer esta tela que ahora estamos urdiendo, quédense á un lado estas cosas y digamos un poco de otras flotas.

3. En el libro que el bachiller Antonio Tamarón, mi procurador, puso en manos de Vuestra Beatitude, y que comienza con la palabra *Priusquam*, se hizo latísima mención de la armada que se iba á enviar á las islas Malucas que crían las especias y están bajo la línea equinoccial ó cerca de ella, donde dijimos que en la contienda con el rey de Portugal en la ciudad de Paz, que comúnmente se dice Badajoz, quedaron los portugueses convictos pero no confesos, y las razones de ello se presentaron allí.

Aquella flota que se había mandado suspender una vez disuelta la Junta de Badajoz, se formó en la estación cantábrica de Bilbao, y luego, hacia primeros de Junio de este año 1525, se pasó á la Coruña, puerto de Galicia, el más seguro de todos los puertos, y donde caben todas las naves que el mar contiene. Allí, pertrechada de todo, ya para una larga navegación, ya para pelear si se ofreciere tener que hacerlo, permaneció anclada algunos días esperando vientos favorables.

Se compone de siete barcos: cuatro de ellos tienen cabida de ciento ochenta toneles y de doscientos <sup>1</sup>: dos que los acompañan (*ó los escoltan*) son carabelas (lo digo con palabras caseras para que me entiendan): el séptimo es pequeño, de los llamados en España *patacas*. Como ésta, llevan otra en piezas sueltas con el fin de que, tan pronto como hayan tomado el deseado puerto, la armen en la isla

---

<sup>1</sup> Acaso, acaso, querrá decir de 380 toneles, que eran más que toneladas.

de Tidore, que es una de las Malucas donde en el libro de *La vuelta al mundo* dedicado (*al Papa*) Adriano, dijimos que se detuvo una de las dos naves que quedaban. Con esas dos naves, que necesitan poco fondo, y con cincuenta hombres explorará todo lo de las islas que caen bajo la línea equinoccial y á este lado y al otro.

4. Mientras se detiene esa armada, el rey de Portugal, cuñado y primo del Emperador, nunca ha dejado de suplicar é instar que no le acarreará el César tanto perjuicio. Este, por no enajenarse la voluntad de Castilla, que es el meollo de su imperio y de todos sus reinos, nunca ha querido asentir á lo que le pedía su primo y cuñado el Rey. Por fin, en contra del parecer y el deseo de los portugueses, al amanecer la vigilia de Santiago, patrón de los españoles, con viento favorable de tierra dió sus velas al viento. Al levar anclas, tocaron las trompetas, sonaron los tambores y retumbaron los cañones; de modo



que parecía que se hundía el cielo, y temblaban las montañas de alegría.

Pero la tarde anterior, el General de la armada, Fr. García Loaísa, crucífero de San Juan, que hace cuatro años fué enviado por el César de embajador al gran príncipe de los turcos, prestó homenaje en manos del conde Fernando de Andrada, príncipe de Galicia y Virrey de ese mismo reino, que derrotó tiempo ha, en la Calabria, á Auben (*Oleguium*), caudillo de los franceses: los demás capitanes le prestaron el homenaje al General, y á los capitanes, los soldados y dependientes. Prestado el homenaje en manos de los dos con solemne pompa, recibió con sumo aplauso el estandarte real, que se bendijo antes.





## CAPITULO III

---

SUMARIO: 1. Los capitanes de las seis naves. — 2. Por qué se llevan á La Coruña los negocios de Oriente.—3. Derrotero para las Molucas.—4. Otras dos flotas para América.—5. Felicitación al Papa.

**S**E quedaron éstos, y partieron aquéllos, soplando viento favorable de popa. Prometieron, según el mandato del Emperador, escribir á nuestro Senado, del cual dependen, desde las islas Afortunadas que se llaman las Canarias, por las cuales se va al Mediodía.

La nave capitana la manda el mismo General; la segunda, Juan Sebastián del Caño, que condujo la nave *Victoria* cargada de clavo, y dejó la compañera que quedaba porque estaba demasiado averiada; capitán de la tercera nave es Pedro Vera; de la cuarta, D. Ro-

drigo de Acuña, de ilustre linaje. Estos dos han sido capitanes de muchas armadas de guerra, y han hecho insignes hazañas. De la quinta es capitán D. Jorge Manrique, hermano del duque de Nájera: éste es joven y de menos experiencia; por eso, aunque es más noble, no lleva á mal el lugar inferior: ha creído cosa justa ceder á los más experimentados. Jefe de la sexta nave es un noble de Córdoba que se llama Hozes; y de la última, pequeña pataca, otro noble.

2. Queda un punto de no escasa importancia, y otro que agrada el saberlo, antes de que dejemos esta armada. Debe decirse el motivo que tuvimos el César y nosotros su Senado para que esta negociación de la especiería se tratara en el puerto gallego de la Coruña, con suma molestia de la célebre ciudad de Sevilla, donde hasta el presente se ha hecho todo lo tocante á las Indias. Aquel puerto gallego, á más de su seguridad para dar abrigo á las naves, está situado en

el lado de España, que mira en camino recto y corto á la Bretaña mayor, y estando próximo á las fronteras gallegas y septentrionales, es más á propósito para los mercaderes de especiería.

Y no deben omitirse dos riesgos temibles para los marinos que con esta invención se evitan. El mar océano que media entre este puerto y la desembocadura del Guadalquivir, por la cual se sube á Sevilla, es tan tempestuoso que pequeñas tormentas de vientos de Poniente, á las naves que cogen en aquel derrotero, las arrojan á rocas cortadas del promontorio Sacro y sus cercanías, y las estrellan ó echan á pique con más furia que se cuenta de los escollos del rapaz Escila y los remolinos de Caribdis. El otro peligro consiste en los asaltos de los piratas. Hay en aquel trecho muchos valles abandonados, entre montañas horribles, que por su esterilidad no permiten estar pobladas, y sirven de guaridas á los piratas. Sus naves, avisadas por los

espías desde las altas cumbres, asaltan á los que pasan. Por estas razones se ha dispuesto que esta negociación se lleve allí.

3. El derrotero de esa flota ha de ser el mismo que llevó el portugués Fernando Magallanes cuando, recorriendo todo aquel trecho que los filósofos llamaron la zona tórrida, llegó hacia el antártico más allá de la línea de Capricornio, por donde ha de ir también otra armada al mando de Sebastián Caboto, varón italiano, de los cuales dos se habló en el libro de la vuelta al mundo dedicado á Adriano, y en el anterior para el Duque.

4. También se están disponiendo en el álveo del río Guadalquivir otras dos flotas para la Española y demás islas, la de San Juan, Cuba, que se llama Fernandina, y mi prelatía Jamaica, con nuevo nombre isla de Santiago, para que de allí se repartan al creído continente y á Nueva España, sojuzgada por Hernán Cortés, de cuya vasta extensión y opulencia poco antes he

prometido hablar alguna vez. Así el concurso de naves que rompen las olas del océano yendo á los nuevos mundos y viniendo, no es ya menor que el de mercaderes de las fronteras de Italia á las ferias de Lyon, ó de las de Francia y Alemania á las belgas de Amberes.

5. Desde alguna rendija de vuestra habitación interior quisiera yo ver, ¡oh Padre Santo!, la alegría que de vuestro sagrado pecho le saldrá á la cara, que es el primer pregonero de los secretos, cuando lea tales cosas y tan grandes de los nuevos mundos, ignorados hasta ahora, y regalados en lo espiritual á la Iglesia de Cristo, su esposa, cual joyas nupciales. Y no se ha hartado aún de dar la naturaleza, mediante la bondad de Dios; porque, si algo queda oculto, se están preparando para someterlo á vos y á el Emperador.

Baste esto á Vuestra Beatitud. Le deseo felices años. En la Carpetana Toledo, corte del César, á 19 de Noviembre de 1525.





## LIBRO X

---

### CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO : 1. Introducción.—2. Noticias de Nueva España.—3. Comunicaciones de Hernán Cortés.—4. Cartas cifradas contrarias al mismo.—5. Su enojo contra Olid.—6. Le procuran templar los magistrados.—7. Marcha contra él.

**E**STE nuestro fecundo Océano á cada hora da á luz nueva prole. El ilustre Nuncio de Vuestra Beatitud, Baltasar Castillne, varón insigne en todo género de virtudes y prendas, así que vió empaquetadas estas dos Décadas, la ducal y la pontificia, me rogó que le permitiera enviárselas por su mano á Vuestra Beatitud, y le respondí que con gusto; pero cayó gravemente enfermo, y

no pudo dedicarse á los negocios como quería, aunque no le sobrevenían pocos. Por eso en ese tiempo no envió ningún correo á quien pudiera confiar los cuantiosos derechos de Vuestra Santidad, y juntamente mis libros para que no se perdieran. Por esa tardanza ha sucedido que pueda añadir algo como corolario.

2. Nos han venido tres naves de las regiones del Nuevo Mundo, de la Nueva España, que está bajo el gobierno del muchas veces nombrado Hernán Cortés: la una, de las llamadas carabelas. Lo que ha traído ésta son cosas que causa lástima decir las, y no pocas. Mas habremos de comenzar por los libros traídos en ambas naves arriba nombradas, para que más claramente se entiendan estas cosas y aquéllas.

Los hay de dos clases, una común (*comunicaciones oficiales?*) y otra particular.

3. En el largo escrito oficial, suscrito por Cortés, por el contador de los magistrados, el tesorero y el

factor, se habla extensamente de la naturaleza de aquellas tierras, de las cosas que se envían al César, de la falta de naves en aquellas costas, con excusa de que es exigua la cantidad de oro y piedras preciosas que se manda; de los cuantiosos gastos, en cuya narración Cortés dice que está pobre y empeñado.

Pone mucho de las naves construídas por él en la playa austral, con las que decía que llegaría á la línea equinoccial próxima, como á unos doce grados polares, porque había oído en aquellos pueblos de la costa que estaban inmediatas á ellos las islas que producían aromas, oro y piedras preciosas.

Quéjase amargamente de haber oído que se habían quemado dichas naves con todos sus aprestos. Ya que á causa de sus enemigos que le distraían no pudo continuar la empresa comenzada, promete resarcir esta pérdida con tal que cesen los perturbadores; habla de las diferentes minas de oro y plata des-

cubiertas recientemente; de las cosas que necesitan nuevos remedios; de los sesenta y tres mil pesos de oro del fisco, que ha tomado en concepto de préstamo, en contra la voluntad de los magistrados, para formar el nuevo ejército, y de los jefes que ha enviado por distintas partes para sojuzgar varias regiones, y de otras muchas cosas.

4. Vienen asimismo cartas particulares y secretas del contador Albornoz, secretario del Rey, escritas en caracteres desconocidos, que llaman cifras, que se le dieron á Albornoz al tiempo de partir, porque ya entonces sospechábamos de las intenciones de Cortés. Estas cartas se han escrito contra los astutos manejos de Cortés, su ardiente avaricia y casi manifiesta voluntad de alzarse con el mando. Pero si todas estas cosas son verdad, ó sólo se han urdido con ánimo de congraciarse, como acontece muchas veces, lo habrá de decir el tiempo; pues se han elegido ya varones graves que serán enviados para averi-

guarlo. Cuando se aclaren estos misterios, los pondré en conocimiento de Vuestra Beatitud. Pase-mos esto por alto, y vengamos al asunto de Cortés.

5. A propósito de la rebeldia de Olid, del que ya hemos hablado antes largamente, se irritó Cortés de tal manera, que parecía no querer vivir mientras quedara impune Olid, y con frecuencia dió señales de esta irritación hinchándosele de ira las narices y las venas del cuello, y no se recató de proferir palabras que significaban esto mismo.

A la sazón distaba de él Olid más de quinientas leguas, hacia el Oriente, según todos afirman, de la laguna salada de Méjico, y había que ir hasta él por caminos inaccesibles de varios modos. Este Olid había fijado su asiento en el golfo llamado Figueras, descubierto hacía tiempo, con la esperanza de hallar el estrecho tan deseado, adonde, arribando otros tres capitanes, se destrozaron peleando unos contra otros. Ya hablaremos de sus des-

graciados hechos; por ahora no nos separemos de Cortés.

6. Reunió Cortés sus tropas, y viendo esto los magistrados del Rey le representan, primero con palabras suaves, que no emprenda tan peligroso camino de pelear los nuestros entre sí: le exhortan y amonestan que no quiera ser causa de tan gran ruina de cristianos, ni lo ponga todo en tanto peligro, puesto que ellos veían inminente la matanza de todos los que quedaran si dejaba sin soldados la cabeza de estos imperios, aquella región mejicana poco antes sojuzgada, y que todavía lloraba la muerte de sus antiguos reyes y la destrucción de sus hogares, amigos y afines. Y lo que es más, que si se iba él, cuyo nombre era tan temido de todas aquellas gentes, ¿por ventura, si algo adverso aconteciere, lo que Dios no permita, no vendría todo á tierra? Y que al cuidado del César quedaría el corregir á Olid, y que él pagaría la pena de su delito.

Estas y otras muchas cosas le



hicieron presentes una y otra vez, en su nombre y en el del César, para que renunciara á su propósito. Entonces prometió bajo juramento que no iría al encuentro de Olid, sino á someter á ciertos reyezuelos rebeldes, y por cierto no lejos de allí; pero no cumplió su palabra.

7. Se dirige al Oriente á marchas forzadas, lleno de furor contra Olid. Tropieza, unas veces en grandes lagunas marítimas, otras en pantanos de en medio de los valles, otras en ásperas montañas; por dondequiera que marchaba mandaba que con el esfuerzo de los naturales se construyesen puentes, se desecasen pantanos y se allanasen los montes; nadie se atrevía á desobedecerle, y devastaba á sangre y fuego todo lo que se oponía á su paso: en todo lo que se le presentaba intransitable, hacía caminos: tanto le temían todos los indígenas después de haber vencido á Motezuma, tan poderoso rey, y conquistado tan extenso imperio, que se creía que podría hasta hun-

dir el cielo si se empeñara en ello.

Traía consigo abundancia de pertrechos y caballos, modo de hacer la guerra desconocido de aquellas gentes ; tuvo por auxiliares unos pueblos enemigos en cierto tiempo de aquellos por cuyos términos y reinos se encaminaba.

Además había enviado por la parte meridional á Pedro Alvarado, y por la septentrional á cierto Godoy, capitanes de tierra de quienes había tenido cartas Cortés, y nosotros también las tenemos, acerca de nuevas y extensas regiones belicosas, pueblos y ciudades pantanosos en algunos lugares, llanos y montañosos en otros, sobre las cuales cosas el padre de Cortés, que está entre nosotros, hizo imprimir en español un libro que aquél le envió y anda en los puestos de las plazas.

Por el mar había mandado, con tres naves grandes y muchos varones nobles, á otro capitán, por nombre Francisco de las Casas, del cual poco antes ya he indicado algo

y mucho más diremos, si bien invirtiendo el orden por exigirlo así los sucesos. A este jefe marítimo había mandado que se apoderase de Olid, á ser posible, como sucedió y diremos en su lugar.





## CAPITULO II

---

SUMARIO : 1. La famosa culebrina de oro. — 2. Disensión respecto de Cortés. — 3. Falsos rumores de su muerte. — 4. El golfo de Figueras.

**E**N esta situación dejaron los asuntos de Méjico estas dos naves, que llegaron hace tiempo con setenta mil pesos de oro y dos tigres, uno de los cuales, con las sacudidas de la nave y la molestia, se murió en Sevilla; el otro lo tenemos aquí amansado, pero cachorrillo. También puede verse por todos la culebrina, tan ponderada por las gentes; en realidad no tiene tanto oro como se decía, si bien es digna de verse. Todos vieron también las alhajas é instrumentos bélicos formados con mucho oro y pie-

dras preciosas, y los collares hechos con admirable arte, enviados de regalo, parte por Cortés y parte por los que tienen mando en aquellas regiones. Los que acompañaron al reverendísimo legado de Vuestra Beatitud se lo referirán algún día de viva voz. Y basta del relato de las dos naves.

Vengamos ahora á la carabela que, sola entre sus siete compañeras, se escapó del puerto de Medellín, escala de la Nueva España. Pero digamos por qué quiso Cortés poner este nombre á aquel lugar con puerto. Medellín es un pueblo célebre de Castilla, de donde es oriundo Cortés; eligiendo, pues, el nombre de su patria, quiso que se llame Medellín aquel lugar, y que sea el emporio de todas aquellas tierras, y no se le impide. Dió también á aquella región el nombre de Nueva España, y pidió que fuese así confirmado por el César.

2. Había ancladas en este puerto siete naves mercantes, que debían volver á España en breve una

vez descargadas sus mercancías. Surgió entre los magistrados una disensión: proponían unos que debían enviarse entonces al César (cuya necesidad era grande por las inminentes guerras) los tesoros reunidos de oro y plata, ya que se ofrecía aquella ocasión de las naves, lo que acontece rara vez; pues ya hacía tiempo se habían prometido al César por medio de Juan Rivera, secretario de Cortés, doscientos mil pesos de oro con tal que se enviasen naves á propósito para conducirlos. Contra este parecer se levantaron los demás colegas; insistieron en que debía esperarse al gobernador Cortés, y en que no debía hacerse innovación alguna estando él ausente. Llegaron á tomar las armas: por fortuna se presentó Francisco de las Casas, jefe marítimo de Cortés, envanecido por haber degollado á Olid, y favoreció á los de Cortés contra los otros; dicen que el contador Albornoz, muerto su caballo, fué herido y encadenado. Los vencedores corrieron



á la playa, prendieron á los siete patrones de las naves, y trayéndose á tierra todas las jarcias y los timones para que no pudieran salir, desvalijaron las naves.

El dueño de esta carabela que ha arribado, movido por tan gran ruina y aprovechando cierta ocasión, vuelve á su nave, y despojado él también de velas y demás instrumentos marítimos, acometió una empresa digna de alabanza. Había tirado á un rincón unas velas viejas y medio rotas, como gastadas é inútiles; con los pedazos agujereados de estas velas y una tela nueva de pocos codos hizo una vela de pedazos, y sin despedirse de los que empleaban violencia levó anclas, extendió las velas, y con ayuda de vientos favorables navegó más velozmente que jamás nave alguna procedente de aquellas regiones del océano. El dueño de esta nave no trajo carta alguna ni órdenes de nadie; pero fueron tan circunspectas las palabras de estos navegantes, que se prestó fe á su relato.

3. Eso de que Cortés haya sido muerto con todo su acompañamiento por los indígenas de aquellas regiones, por las que tan tenazmente se había propuesto caminar, dicen estos marinos que lo conjeturaron de la siguiente forma. Dejó detrás de sí á la mayor parte de los capitanes, con orden de que se preparasen y le siguieran. Siguiendo sus pasos encontraron que á su espalda estaban destruídos los puentes y cortados todos los caminos, y corría cierto rumor de que entre unas algas pantanosas y marítimas, que por la acción del flujo del mar y de las tempestades se producen en la tierra mojada, y entre unos jarales próximos, se habían visto huesos de hombres y de caballos. Esto contó la carabela prófuga acerca de Cortés y de los insensatos empleados del Rey.

Pero respecto de los cuatro jefes que tan ansiadamente suspiraban por el descubrimiento del estrecho deseado, los citados navegantes dicen que han oído esto. Pero es

asunto que debe tomarse de más lejos.

4. Si lo recuerda Vuestra Beatitud, Padre Santo, después de la muerte del Pontífice Adriano, el venerable varón, el jurisconsulto Antonio Tamaroni, presentó en mi nombre á Vuestra Beatitud un librito, cuyo principio es *Priusquam*, y escribió que se había recibido con agrado. En él se habla del noble varón Gil González de Ávila, cómo encontró una tan gran corriente de agua potable que la llamó mar de aguas dulces; de sus orillas y numerosos pueblos notables, de sus grandes lluvias, de sus ceremonias y costumbres, de los ritos sagrados de aquellas gentes, de la abundancia de oro; del principio de la paz y tranquilo comercio á lo primero, y después de la guerra y graves combates con Nicoragua y Diria-gen, sus reyes; y de su vuelta á la Española, de donde, reunida tropa de infantes y caballos, dijimos que había de marchar al golfo llamado Figueras. Este parece que separa

las regiones del creído continente, á la manera que el mar Adriático divide la Italia de la Iliria y resto de la Grecia: al cual golfo creía que viene á parar algún río navegable que absorbiese aquella inmensidad de aguas, como el río Tesino absorbe al lago Mayor y el río Mincio al Garda; de todas las cuales cosas y ejemplos se habla allí muy extensamente.

Pero no debemos pasar en silencio por qué se llame así aquel tan renombrado golfo. Dicen que los primeros descubridores le pusieron el nombre de Figueras porque en su extensión encontraron frecuentes bosques de ciertos árboles muy semejantes á las higueras por su ramaje, aunque de tronco diferente; pues éstos tienen su madera sólida, y las higueras la tienen con medulla; y como la lengua española llama higueras al árbol del higo, con ligera corrupción del vocablo le llaman Figueras. De las ramas y troncos más recios de estos árboles forman los naturales vasos torneados

para adorno de los aparadores y cómodo servicio de las mesas, fuentes, barreños, copas, tazas y marmitas, y otras muchas cosas de esta clase para uso de los hombres, admirablemente labradas.





## CAPITULO III

---

SUMARIO: 1. Disensiones entre varios jefes. — 2. Muerte alevosa de Olid.

**H**ABIENDO marchado por tierra, por la punta del golfo, Gil González hacia el lago descubierto por él, sin haber encontrado la salida de las aguas, encontró que el general de Pedro Arias, gobernador de Castilla del Oro, llamado Francisco Fernández, había ocupado aquel reino y estableció en él una colonia en el territorio del cacique Nicoragua, que él dice haber dejado consigo. Lo que aconteció lo diré en pocas líneas: primero se vino, se cruzaron, palabras, después hubo entrevis-



tas, y, por último, llegaron á las manos. Gil González alega que se le ha hecho violencia, y se queja de que se le perturbe lo que él ha descubierto. Tres veces dicen estos marinos que pelearon, que perecieron ocho hombres en la sedición, que fueron más los heridos y murieron treinta caballos. De esta manera, no pudiendo estar juntos los españoles, se destrozan mutuamente por donde quiera que van.

Doscientos mil pesos de oro no muy puro dicen estos mismos marineros que arrebató Gil González á Francisco Fernández. El gobernador Pedro Arias, del cual tenemos un gran legajo de cartas del creído continente, quejándose mucho de Gil González escribe, que á un capitán suyo le tomaron ciento treinta mil. Estos pesos habíanlos recibido de los reyes vecinos, y no me toca á mí ahora discutir si á la fuerza ó voluntariamente, en cambio de objetos de nuestro país. Cosa es ésta de poco interés, y nos queda asunto de mayor importancia.

Marchando así los negocios, según son de ánimo inquieto los españoles, salió Gil González al encuentro de Cristóbal de Olid, enviado por Cortés, quien había establecido poco más lejos una colonia en estas mismas playas, á la que había puesto el nombre de Triunfo de la Santa Cruz. Llamóla así porque después de varios naufragios, que él refiere por extenso, librándose de fierísimos torbellinos, saltó allí en tierra el mismo día que la Iglesia romana celebra la solemnidad de la victoria de Heraclio, emperador de los romanos, contra los persas.

Prendióle Olid, y óigase una morisqueta ridícula de la rueda de la fortuna. Sobrevino un cuarto general, Francisco de las Casas, enviado por Cortés contra Olid. Salió éste al encuentro de su consocio, y poco antes su colega bajo Cortés: pelearon en combate naval. Francisco echó á pique á cañonazos una de las naves de Olid con sus tripulantes, y se refugió en alta mar. Olid saltó en tierra. Aquel golfo

está expuesto á frecuentes borras-  
cas por encontrarse expuesto á los  
furiosos vientos septentrionales y  
estrechado en una gran extensión  
entre las laderas de muy altas mon-  
tañas; por esto, á los pocos días,  
arrebataado de la fuerza de los vien-  
tos y perdidos la mayor parte de  
sus hombres, caballos y naves, fué  
arrojado Francisco, enemigo acé-  
rrimo de Olid, al poder de éste.  
Préndele Olid, y ved aquí que tiene  
en su casa á dos caudillos de mayor  
importancia que lo es el mismo  
Olid, no cual huéspedes satisfechos,  
sino cual prisioneros para perdición  
suya.

2. Entrambos se convinieron  
en matar á Olid, y sobornaron á sus  
criados para que, al llevar ellos á  
cabo este plan, no acudieran en so-  
corro del traidor Olid, que les había  
hecho pasar por reos de lesa ma-  
jestad siendo ellos inocentes. Y una  
noche, sentándose de acuerdo junto  
á su egregio huésped, para postre,  
tomando los cuchillos que había  
por la mesa, acometieron á su mal

querido huésped: después de la cena de su amo, los criados no estaban allí sino ocupados en cenar. Hicieron á Olid muchas heridas, pero no lo mataron; huyó él á casa de un isleño, y se refugió en unas chozas que conocía. Por medio de pregones se anunció que moriría el que patrocinará al traidor Olid, ó descubriéndole no lo denunciara; se señaló un premio al que lo delatase, y fué entregado por los suyos; y formado el expediente de traidor, le degollaron á voz de pregonero. Este fué el fin de Olid, al que, si no me engaño, han de venir á parar todos los demás colegas.

Pero oiga Vuestra Beatitud otro caso increíble y ridículo de la caprichosa fortuna. Cuéntase que Francisco de las Casas, otro jefe marítimo, degollado Olid, había llevado violentamente á la ciudad de Méjico á su socio Gil González, que estaba descuidado y no era igual á él en las armas; creyó que esto sería un obsequio agradable para Cortés. Y ved aquí cómo la insensatez de

cuatro capitanes lo pasa mal en el llamado golfo de Figueras, y por la ambición y la avaricia pusieron en un precipicio, tanto sus personas como los muchos reinos que obedecían tranquilamente al César.

Hay quien afirma haber visto en Méjico á Gil González en poder de Francisco de las Casas; niéganlo otros, y no se saben bien estas noticias sobre Gil González.





## CAPITULO IV

---

SUMARIO: 1. Despachos de Pedro Arias.—2. Providencias del Senado.—3. Más noticias del lago dulce y de Cortés.—4. Ponce de León comisionado á Nueva España.—5. Restauración de Méjico.

**D**ESPUÉS de terminado y cosido el libro de las dos Décadas, nos han llegado por dos veces naves de los senadores de la Española, la primera vez cuatro, y la segunda siete; de la Nueva España ninguna, fuera de ésta que se fugó.

Hemos leído en el Senado un gran legajo de cartas enviado por Pedro Arias, gobernador de Castilla del Oro: las materias de sus capítulos son acerca de sus actos, de los arduos trabajos suyos y de sus compañeros de armas, mucho de la



partida próxima del Tesorero real de aquellos países con cantidad de oro que no llega á precisar; del camino comenzado, que, una vez hecho, habrá comunicación con viaje corto entre ambos mares, y podremos tener trato frecuente con las islas situadas bajo el equinoccio, porque sólo de dieciséis leguas ó poco más es la distancia que hay desde el puerto llamado Nombre de Dios hasta la colonia de Panamá, que tiene buenos puertos. Esta sólo dista seis grados y medio del equinoccio, donde apenas es perceptible en todo el año la diferencia entre el día y la noche. De las excelencias de estos países bastante hemos dicho anteriormente.

En otro capítulo acusa á Gil González de violencia, que ejerció contra su jefe Francisco Fernández, y alaba la modestia y templanza de éste; otros piensan de distinto modo. Alguna vez oiremos las quejas de la otra parte, y entonces se juzgará lo que deba hacerse. Pone una larga serie de muchas cosas

particulares y grandes rodeos, que yo ni quiero ni puedo tocarlos, ni Vuestra Beatitud necesita conocerlos.

Pide también Pedro Arias con gran rendimiento que le conceda ya el César volver al lado de su mujer y de sus hijos, porque se siente trabajado por la vejez y por mil enfermedades. Así se ha decretado; pues se le llama, y en su lugar se pone un noble caballero de Córdoba, llamado Pedro Ríos, que está entre nosotros y se dispone á marchar.

2. Cuando hablamos arriba de los infortunados sucesos de Francisco Garay; de la llegada de Olid á Cuba, desde donde se disponía para ir á Figueras; de Gil González y sus aprestos para estos lugares, y de los planes de Pedro Arias, añadimos también que ninguna otra cosa pudo hacer en eso nuestro Senado que dar absoluta potestad al Senado de la Española, y mandar que ellos, como más inmediatos, procurasen que el encuentro de todos éstos no trajese perjuicio

alguno, como mucho lo temíamos.

Recibidas las cartas del César y las nuestras, inmediatamente destinaron para esto á un honrado varón llamado el bachiller Moreno, procurador del fisco entre ellos. Llegó tarde; ya estaba hecho, todo lo encontró en confusión. Los relatos de este excelente hombre se diferencian poco del que he referido. De esta suerte, por las discordias de ellos, se pierden muchas cosas dignas de saberse.

3. A este fiscal Moreno le contó Francisco Fernández, muy versado en todo lo de aquel gran lago, que había venido á dar con un salto de aguas dulces que caen en el golfo, como sabemos que el Nilo cae en Egipto desde las altas montañas de Etiopía, y regado así este país desemboca en nuestro mar. Si esto es verdad, lo cual todavía es incierto, en vano sería averiguar lo que Gil González meditaba bastante tiempo acerca de este gran río navegable, que absorbe aquellas aguas rodeadas de pueblos. Mas de la desgra-

cia y divulgada muerte de Cortés y sus compañeros, refiere á su regreso este fiscal, Moreno, que no oyó nada por allá, porque aquellos lugares distan más de quinientas leguas de la provincia mejicana; pero añade que, cuando estaba anclado en el puerto de la Habana, emporio de Cuba, abordó allí Diego Ordaz, experto capitán de Cortés, que dijo haber venido á aquellos países á preguntar si se sabía algo de Cortés, de cuya vida se dudaba en la capital mejicana de aquellos reinos. No sabe nada más.

4. Para remedio de estos tan grandes males, fué comisionado un varón de noble estirpe, el jurisconsulto Luis Ponce de León, pretor urbano desde hace tiempo en esta región carpetana, cuya capital es Toledo, donde ahora moramos con el César, y fué nombrado por haber ejercido honrada y prudentemente este cargo; es varón modesto y de esclarecido ingenio, de cuyas disposiciones esperamos que ha de resultar que aquella nave

cesárea tan fluctuante ha de ser llevada, bajo felices auspicios del César, á puerto tranquilo.

Lleva también orden de atraerse á Cortés, si le encuentra vivo, con mil halagos, y de reducirle á la debida fidelidad, de la cual, sin embargo, no se separó jamás claramente, pues el nombre del Rey y Emperador fué siempre venerado en su boca y en sus cartas. Pero de lo oculto, como ya hemos dicho extensamente, sospechamos no sé qué por conjeturas y acusaciones de muchos. Hombre de carácter altivo, siempre deseó obtener nuevos honores. Ya hace tiempo consiguió los títulos de Gobernador general y Adelantado de todas aquellas amplísimas regiones que se comprenden bajo el nombre de Nueva España. Hace poco pidió la insignia de Santiago de la Espada, que ya se lleva el citado Ponce para dársela: pronto marchará; ya ha sido despachado por el César, y saldrá con una flota de veintidós naves. Mas si se encuentra con que

ha fallecido Cortés, habrá de obrar en distinta forma: ninguno de los otros se atreverá á erguirse. Con tal que encuentre á los indígenas sin novedad de sublevaciones, todo saldrá bien y se pondrán felizmente á los pies de Vuestra Beatitud.

5. En esta gran ciudad de la laguna, que ya vuelve á recobrar el aspecto de ciudad, reconstruídas cincuenta mil casas, se han levantado treinta y siete templos, en los que el indígena, mezclado con el español, se dedican con suma piedad á los ritos cristianos, abandonando sus antiguas ceremonias y sacrificios de sangre humana, á que ya tienen repugnancia. Acreciéntase en extremo esta feliz cosecha, como no lo estorben las sediciones de los nuestros, por ocho frailes franciscanos calzados, que con apostólico fervor instruyen á estos naturales.







## CAPITULO V

---

SUMARIO: 1. Exploraciones hacia el Norte. — 2. Chasco pesado. — 3. Agresión portuguesa. — 4. Tasación de lo robado. — 5. ¿Qué hará Carlos V?

**P**ERO basta ya de esto, y ven-  
gamos á Esteban Gómez,  
del cual, al final del libro  
entregado (*á Vuestra Santidad*) que  
comienza *Priusquam*, dije que ha-  
bía sido enviado con una carabela  
á buscar otro estrecho entre Tierra  
Florida y los Bacalaos, bastante  
recorridos.

Sin haber podido descubrir, como  
lo prometió, ni el estrecho ni Ca-  
tay, volvió á los diez meses de su  
partida. Siempre pensé que eran va-  
nos los pensamientos de este buen  
hombre, y lo dije; pero no le falta-

ron votos en su favor. Encontró, sin embargo, tierras útiles, conformes con nuestros paralelos y grados polares.

También el licenciado Ayllón, senador en la Española, recorrió con dos naves, por medio de sus amigos y criados, aquellas nuevas playas que están al Norte de la Española, de Cuba y las Lucayas, y vecinas á las regiones de Bacalaos, Chicora y Duraba, de que yo arriba traté largamente, donde, después de contar los ritos y costumbres de estas gentes, y hacer la descripción de sus excelentes puertos y grandes ríos, dicen que hallaron robledales, encinares y olivares, y en las selvas largas vides silvestres y demás árboles de nuestros países, y no refiere esto en breve epílogo sino en largos legajos de papel.

Pero ¿qué necesidad tenemos nosotros de estas cosas, vulgares entre los europeos? Hacia el Sur han de caminar los que buscan las riquezas que guarda el equinoccio, no hacia el frío Norte.

2. Y sobre esto oiga Vuestra Beatitud un caso gracioso, un chiste que se divulgó mucho. Esteban Gómez, no habiendo conseguido descubrir nada de lo que se proponía, por no volverse de vacío, en contra de nuestras leyes de no hacer violencia á nadie, llenó la nave de hombres y mujeres, de ciertos inocentes y semidesnudos pueblos que se contentaban con chozas en vez de casas.

Cuando llegó al puerto de la Coruña, de donde había partido, un individuo, habiendo oído la llegada de esta nave y que traía *esclavos* ó siervos, sin averiguar más, á uña de caballo se vino hasta nosotros, y, jadeante, nos dijo: «Esteban Gómez trae una nave cargada de clavo y piedras preciosas.» Con esto creyó él obtener buenas estrenas. Los que habían favorecido la empresa, saltando de gozo al oír la tontería de este hombre, alborotaron toda la corte con gran estrépito; mutilada la palabra por la figura *eféresis*, en vez de esclavos entendieron que lo traído era clavo, y así lo

gritaban, pues el idioma de España llama esclavos á los siervos, y á los *gariófilos* clavo. Mas después que la corte advirtió que la fábula se había descompuesto de clavo en esclavos, excitó la risa, con sonrojo de los favorecedores que tan alegres se habían puesto. Si hubiesen sabido que la influencia del cielo sobre la materia terrestre dispuesta á recibir este espíritu aromático no puede difundirse sino en el equinoccio solar ó cerca de él, habrían comprendido que en solos diez meses que este navegante empleó en su viaje no era posible hallar el clavo aromático.

3. Cuando me ocupaba en este corolario, ved aquí otra burleta de la voluble fortuna, que jamás dió á nadie una onza de miel sin que á la vez le pusiera en el platillo otra tanta ó mayor cantidad de hiel. Resonaban las calles de esta ínclita ciudad con el sonido de las trompetas, los redobles de los tambores y las armonías de los pífanos por la alegría de los esponsales y el

repetido parentesco con su cuñado y primo el rey de Portugal (por haber tomado por esposa á la hermana del Emperador, ya de edad para él, y haber dejado á la inglesa, todavía jovencita, lo cual deseaban sobremanera los reinos de Castilla), cuando de repente sobrevino una noticia triste y difícil de tolerar, que llenó de disgusto al César y á todos los castellanos.

En el libro de *La Vuelta al Mundo*, dedicado al Pontífice Adriano, dije que se quedó estropeada en la isla de Tidore, que es una de las Malucas que crían los aromas, la nave llamada *Trinidad*, compañera de la *Victoria*, con cincuenta y siete hombres, que, á más de los empleados públicos, los tengo con sus propios nombres, tomados de los libros de los contadores de estas negociaciones.

Reparada aquella nave, volvía cargada de clavo y algunas piedras preciosas: tropezó con la armada portuguesa; la apresó el general de Marina portugués, llamado

Jorge de Brito, y se la llevó vencida al Maluco, que se cree ser el Quersoneso Aureo, y robó cuanto había en ella. Y es lastimoso de contar lo que les pasó á los marineros de esa nave. Tal furia del mar se desencadenó contra ellos, que, zarandeados constantemente por las olas, perecieron casi todos de hambre y de no dormir.

Después de apresada aquella nave *Trinidad*, el general portugués se dice que fué á nuestras islas Malucas, y que en una de ellas, que son siete, construyó un fuerte, y robó juntamente cuantas mercancías se habían dejado en las islas para comerciar.

4. Los pilotos sobrevivientes de la nave *Victoria* y los dependientes del Rey, pero más principalmente Cristóbal de Haro, director general de esta negociación de la especiería con nombre de factor, sostienen que el valor de uno y otro robo pasa de doscientos mil ducados. En este hombre (*Haro*) tiene suma confianza nuestro Senado, y por



informes nuestros también el Emperador. Él me facilitó á mí los nombres de todos los marineros, y aun de los últimos criados de las cinco naves compañeras de la *Victoria*. Expuso en nuestro Senado reunido por qué hacía aquella tasación de la presa, y manifestó detalladamente cuántas especias traía la *Trinidad*, cuántas se dejaron compradas y entregadas á Juan de Campo, que se quedó con los demás en poder de Zabazula, cacique de la isla Machiana, que es una de las siete nuestras que crían los aromas, y en poder de otro cacique vecino, el de la isla de Tidore y de su hijo, y de los administradores y criados principales de ambos reyezuelos, con sus nombres.

Y, tocante á las mercancías, así las láminas de acero y de cobre, como toda clase de telas de cáñamo y de lino; y pez, azogue, *luz de piedra*<sup>1</sup>, solimán, *almagre* para

---

<sup>1</sup> *Luminis petrei* pone el autor, sin que se adivine si querrá decir alumbres, prismas de cristal,

pintar; corales, sombrillas coloradas, gorras, espejos, cuentas de vidrio, cascabeles, cordones, sillas dignas de un rey, y cuantas máquinas había con sus municiones. A cambio de todo eso, nuestros empleados públicos del Rey que habían de quedarse, el Contador y el Tesorero, tenían que recoger especias para que se las trajeran las naves nuestras que se enviarían.

5. En semejante asunto se duda de lo que hará el César: yo creo que disimulará por espacio de algunos días por causa del doble parentesco. Pero aunque fuesen gemelos de un mismo parto, sería duro dejar pasar impune este perjuicio injurioso. Me parece que antes se tratará pacíficamente el asunto por medio de procuradores. Sino que oigo decir que ocurrirá otra cosa que no ha de saber bien al rey de Portugal. El Emperador no podrá disimular la cosa aunque quiera, porque los amos de aquellos géneros pedirán

---

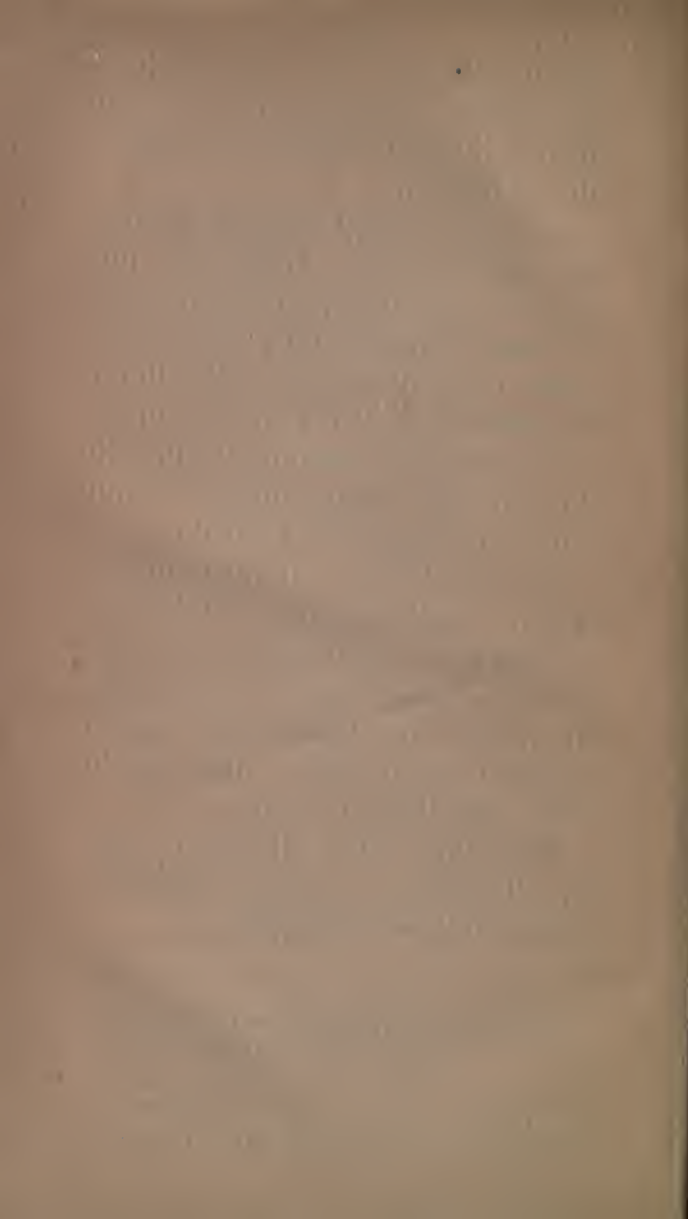
pedernales ú otra cosa; lo mismo digo sobre *aurei pigmenti ad picturas*, que he traducido *almagre*.

que se haga justicia. El negarla á los enemigos es deshonra; ¿cuánto más no lo sería negarla á los propios súbditos?

Los portugueses de edad se dice que públicamente vaticinan que por esos actos temerarios va á venir la ruina de aquel reino; pues desprecian con demasiada soberbia á los castellanos, sin cuyos productos se morirían de hambre, habiendo sido en otro tiempo aquel exiguo reino un condado de Castilla.

Los castellanos echan espuma de rabia, y quisieran que el César se decidiera á reincorporar ese reino á la Corona de Castilla. El rey Felipe, padre del Emperador, pensó alguna vez en ello, y dijo que lo haría. El tiempo lo dirá.

Entretanto Dios guarde á Vuestra Beatitud, en cuya presencia postrado le beso los pies.



# CARTA

DE LA SANTIDAD DE NUESTRO SEÑOR

## LEÓN


POR LA DIVINA PROVIDENCIA

PAPA XIII

á los Arzobispos y Obispos de España, Italia y ambas Américas

SOBRE CRISTÓBAL COLÓN

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

 AL terminarse el cuarto siglo desde que un hombre de la Liguria abordó el primero, con el favor de Dios, ignotas playas al otro lado del Océano Atlántico, apréstanse los hombres á celebrar la memoria de tan fausto acontecimiento y á enaltecer á su autor. Y ciertamente que no es fácil encontrar causa más digna de conmover los espíritus é inflamar los afectos. Porque es de por sí el hecho más grande y hermoso de cuantos edad ninguna vió llevados á cabo por los hombres, y con quien lo realizó, pocos entre los nacidos pueden compararse en grandeza de alma

*y de ingenio. Por obra suya, del seno del inexplorado Océano surgió un Nuevo Mundo; millones de hombres, desde las tinieblas y el olvido, fueron restituidos á la común sociedad del humano linaje y traídos de una vida de fieras á las costumbres suaves y humanas, y, lo que es lo principal, fueron llamados de la muerte á la vida por medio de la comunicación de aquellos bienes que Jesucristo nos adquirió. Atónita entonces Europa ante lo nuevo y portentoso de aquel acontecimiento repentino, después conoció poco á poco lo que debía á Colón, cuando, colonizada América, con el continuo cruzar, con los servicios recíprocos y el mutuo cambiar cosas por el mar, el conocimiento de la naturaleza, la comunidad de intereses y la riqueza adquirieron increíble aumento, y á la vez la autoridad del nombre europeo creció admirablemente.*

*No podía, pues, en tan múltiples manifestaciones honrosas, y en este como concierto de parabienes, permanecer del todo silenciosa la Iglesia, que, por costumbre y por ley suya, aprueba siempre de buen grado todo lo que es honesto y laudable, y se esfuerza en fomentarlo. Reserva, en verdad, singulares y supremos honores á las virtudes sobresalientes del orden moral que se refieren á la salvación eterna de las almas, pero no por eso desdeña ni tiene en poco las de otro orden; antes bien*



*acostumbró siempre á favorecer con mucho gusto, y á honrar á los hombres que han merecido bien de la sociedad civil y han logrado inmortalizarse ante la posteridad. Porque Dios es admirable, principalmente en sus Santos: pero las huellas de su divino poder aparecen también impresas en aquellos en quien resplandece cierta vigorosa elevación de espíritu y de entendimiento, porque la luz del ingenio y la grandeza del alma sólo proceden de Dios, primer autor y creador de todas las cosas.*

*Pero hay además otra razón, y razón especialísima, para que celebremos y nos congratulemos conmemorando la inmortal empresa. Y es que Colón es nuestro: pues por poco que nos fijemos en la causa que principalmente le movió á explorar el mar tenebroso, y en el modo con que procuró realizar su empeño, es indudable que el móvil principal para acometer y llevar á cabo la empresa fué la fe católica; de modo que también por este título el género humano debe no poco á la Iglesia.*

*Ciertamente que, antes y después de Cristóbal Colón, se cuentan no pocos varones esforzados y emprendedores, que exploraron con ahinco desconocidas tierras y aun más desconocidos mares. La humanidad, reconocida á sus beneficios, proclama y proclamará sus nombres, por-*

*que ellos ensancharon las fronteras de la ciencia y de la civilización, y acrecentaron el público bienestar, y no á poca costa, sino con esfuerzos supremos, y muchas veces con graves peligros.—Hay, sin embargo, gran diferencia entre ellos y el varón de quien hablamos. Lo que principalmente distingue á Colón es que, al medir una y otra vez los inmensos espacios del Océano, llevaba miras más altas y de más amplitud que los demás. No que dejara de moverle el ansia noble de saber y de merecer bien de la sociedad humana, ni que despreciase la gloria, cuyos más fuertes estímulos suelen sentir los hombres de gran corazón, ni que renunciase á toda esperanza de obtener ventajas, sino porque sobre todos estos móviles humanos prevaleció en él el miramiento de la Religión de sus mayores, que fué la que sin duda alguna le dió la inspiración y aliento, y le sostuvo y confortó muchas veces en las mayores dificultades. Porque consta que el pensamiento y el propósito que estaba arraigado en su alma era éste: abrir camino al Evangelio por nuevas tierras y por nuevos mares.*

*Lo cual puede parecer poco verosímil á aquellos que, limitando todos sus pensamientos y cuidados á la naturaleza sensible, no quieren elevar la vista á cosas más altas. Mas, por el contrario, es muy propio de las almas grandes que-*

*rer remontarse cada vez más, porque son las más dispuestas á recibir las inspiraciones é impulso de la fe divina. Ciertamente Colón había unido el estudio de la naturaleza con el estudio de la Religión, y había informado su entendimiento con los preceptos de su íntima fe católica. Por esto, habiendo investigado por la ciencia astronómica y por antiguas tradiciones que al Occidente, más allá de los límites del mundo conocido, existían grandes regiones por nadie hasta entonces exploradas, se le representaba la gran multitud de hombres envueltos en lastimosas tinieblas y entregados á ritos insanos y supersticiones de falsos dioses, que es miseria grande vivir como salvajes y con feroces costumbres, y mayor aún no saber las cosas más importantes y vivir en la ignorancia del verdadero Dios.*

*Meditando en esto, su principal propósito fué, según lo demuestra superabundantemente toda la historia de estos hechos, el extender por Occidente el nombre de Cristo y los beneficios de la caridad cristiana. Así, en la primera petición que hizo á los Reyes de España, Fernando é Isabel, para que no temieran acometer la empresa, les expuso abiertamente esta causa: Cuánto servicio se podía hacer á Nuestro Señor en esto, en divulgar su santo nombre y fe á tantos pueblos; lo cual todo era cosa de tanta excelencia y buena*

fama y gran memoria para grandes príncipes. *No mucho tiempo después, logrado su propósito, declara que pide á Dios que los Reyes, ayudados por la gracia divina, perseveren en llevar á nuestros mares y playas la luz del Evangelio. Al Sumo Pontífice Alejandro VI se apresura á escribir pidiéndole varones apostólicos, y dice:* Porque yo espero en Nuestro Señor de divulgar su santo nombre y Evangelio en el universo. *Y nos parece arrebatado de gozo cuando, al volver de su primer viaje, escribía desde Lisboa á Rafael Sánchez:* Toda la cristiandad debe tomar alegría y facer grandes fiestas, y dar gracias solemnes á la Santa Trinidad, con muchas oraciones solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán, en tornándose tantos pueblos á nuestra santa fe. *Y si pide á Fernando y á Isabel permitan sólo á los cristianos católicos ir al Nuevo Mundo y establecer allí comercio con los indígenas, da por razón:* Pues esto fué el fin y el comienzo del propósito, que fuese por acrecentamiento y gloria de la religión cristiana.

*Y así lo comprendió muy bien Isabel, que mejor que nadie había penetrado el pensamiento del gran hombre, como también consta claramente que éste fué el propósito de aquella piadosísima, varonil y magnánima mujer. De Colón había dicho la Reina que por la gloria de Dios*

se lanzaría valerosamente |al vasto Océano, para llevar á cabo una empresa de gran importancia para la gloria de Dios; *y al mismo Colón, de vuelta de su segundo viaje, le escribía* que lo tenían todo por muy bien gastado lo del pasado, y lo que se gastase en adelante, porque creían que nuestra santa fe sería acrecentada <sup>1</sup>.

*Á no ser así, ¿de dónde, fuera de esta causa sobrehumana, habría de haber sacado Colón aquella constancia y fortaleza de espíritu, para soportar lo que tuvo que sufrir hasta el fin? Queremos decir los pareceres contrarios de los sabios, las repulsas de los príncipes, las tempestades del Océano embravecido, las incesantes vigiliass, en las que más de una vez se quedó sin vista. Sobreviniéronle luego los combates con los bárbaros, la deslealtad de amigos y compañeros, las conspiraciones criminales, la perfidia de los envidiosos, las calumnias de los murmuradores y los grillos que, siendo inocente, se le pusieron.*

*Por fuerza tenía que haber sucumbido bajo el aluvión de tantos y tan grandes trabajos si no le hubiese sostenido la*

---

<sup>1</sup> Los textos de Colón están tomadas, en la Enciclica, de una traducción latina. Me ha parecido que en esta versión española estarán mejor en la misma forma en que los escribió el inmortal descubridor del Nuevo Mundo.



conciencia de su nobilísimo empeño, el cual veía que había de ser glorioso para el nombre cristiano y saludable para innumerable multitud de almas. Y esto lo comprueban con gran luz las mismas circunstancias del tiempo. Porque Colón descubrió América cuando estaba para descargar una gran tormenta sobre la Iglesia; y así, en cuanto pueden los hombres conocer las designios de la divina Providencia por los sucesos, parece que verdaderamente, por especial disposición, Dios suscitó á este hombre, honra de la Liguria, para compensar los daños que al Catolicismo amenazaban en Europa.

Atraer los indios al Cristianismo era ciertamente misión y deber propio de la Iglesia; y este deber, que principió á cumplir desde luego, lo siguió y lo sigue siempre cumpliendo con caridad constante, habiendo llegado en estos últimos años hasta los confines de la Patagonia. Colón, sin embargo, firme en ser el precursor que preparase el camino al Evangelio, y fija siempre la mente en tal propósito, todo lo encaminó á este fin, no haciendo apenas cosa alguna sin llevar á la Religión por guía y por compañera á la piedad. Recordamos hechos de todos conocidos, pero que sirven grandemente para poner de manifiesto los pensamientos y designios de este hombre.

Obligado á abandonar, sin haber logra-



do nada, á Portugal y á Génova, y habiendo acudido á España, maduró dentro de las paredes de un convento su alta empresa del descubrimiento en que pensaba, confiriéndola con un religioso de San Francisco de Asís, que le alentó. Transcurridos siete años, y llegado, por fin, el caso de partir, procura disponerse con los medios conducentes á la limpieza de su conciencia; suplica á la Reina del Cielo que proteja la empresa comenzada y la dirija, y no da la orden de desplegar las velas sin invocar antes el nombre de la Santísima Trinidad. Después, en alta mar, embravecidas las olas y alborotados los marineros, conserva su serenidad y constancia, confiando en Dios. Su intención se revela en los nombres que pone á las nuevas islas, y al desembarcar en cada una de ellas adora con humildad á Dios omnipotente, y no toma posesión de ellas sino en el nombre de Jesucristo.

A cualquier playa que llega, su primer cuidado es clavar en la orilla la imagen santísima de la cruz: y es el primero que lleva á las nuevas islas el nombre divino del Redentor, que tantas veces había ensalzado en alta mar al son del murmullo de las olas, y por eso en la isla Española comienza á edificar levantando un templo, é inaugura con santas ceremonias las fiestas populares.

He aquí, pues, lo que se propuso é hizo

*Colón al explorar por remotos mares y tierras esas regiones hasta entonces desconocidas é incultas, y que después, en civilización, en fama y en prosperidad, llegaron en poco tiempo á la altura en que hoy las vemos. En todo lo cual la grandeza del acontecimiento, y la importancia y diversidad de los beneficios que produjo, nos imponen el deber de hacer grata memoria de aquel hombre y darle toda muestra de honor; pero ante todo debemos reconocer y venerar de una manera especial los altos designios de la Providencia Divina, á la que obedeció y sirvió con toda intención el descubridor del Nuevo Mundo.*

*Así, pues, para que las fiestas en memoria de Colón se hagan dignamente y de acuerdo con la verdad, al esplendor de los festejos civiles debe acompañar la santidad de la Religión. Y por tanto, como en otro tiempo, al primer anuncio del descubrimiento, se rindieron á Dios, providentísimo é immortal, públicas acciones de gracias, siendo el primero en ello el Soberano Pontífice, así ahora, al renovarse la memoria de aquel faustísimo suceso, creemos debe hacerse lo mismo. Ordenamos, pues, que el día 12 de Octubre, ó el domingo próximo si así lo creyera conveniente el Ordinario del lugar, se cante solemnemente, después del Oficio del día, la Misa de la Santísima Trinidad en la s*

*Iglesias Catedrales y Colegiatas de España, Italia y ambas Américas; y fuera de estas naciones que hemos nombrado, confiamos que también en las demás se hará lo propio por iniciativa de los Obispos; pues justo es que, lo que redundó en beneficio de todos, por todos sea celebrado piadosamente y con hacimiento de gracias.*

*Entretanto, como prenda de los divinos dones y como testimonio de nuestra paternal benevolencia, á vosotros, Venerables Hermanos, á vuestro clero y á vuestro pueblo, damos amorosamente en el Señor nuestra bendición apostólica.*

*Dado en Roma, en San Pedro, el día 16 de Julio de 1892, de nuestro pontificado el año décimoquinto.*

*LEÓN PP. XIII.*

---



# CARTA GRATULATORIA

DEL EMINENTÍSIMO SEÑOR

## CARDENAL SECRETARIO DE ESTADO

DE SU SANTIDAD

---

ILMO. SR. D. JOAQUÍN TORRES ASENSIO, *Prelado doméstico de Su Santidad*. — Madrid.

Muy señor mío y de mi mayor aprecio: Era muy natural que, aproximándose el cuarto centenario del descubrimiento de América, no dejase Ud. de concurrir con su bien cortada pluma á la celebración de un acontecimiento que tanta gloria dió á España, y tanta trascendencia tiene á los ojos de quien se interesa por la propagación de la Fe y de la civilización cristiana.

He recibido, pues, con mucha satisfacción el primer tomo de la publicación que acaba Ud. de emprender sobre *Colón y América*, y le agradezco su benévolo propósito de enviarme lo que vaya publicando sobre tan importante argumento.

Tengo para mí que, si Ud. hubiese resuelto escribir algo nuevo tocante al centenario americano-colombino, habría Ud. llamado la atención como autor original; pero se ha limitado usted á un prólogo que se hace leer con interés por lo bien pensado y bien escrito, prefiriendo luego darnos traducidos algunos libros rarísimos, que en realidad constituyen un verdadero tesoro his-

tórico del interesantísimo período en que nos hace fijar la atención el centenario que ahora vamos á celebrar. Me parece acertado su pensamiento, porque en la época actual, en que muchos escritores tanto se dejan llevar por su imaginación y fantasía, nada conviene más que ofrecerles las fuentes en que puedan beber si quieren restablecer la verdadera historia.

*Don Pedro Mártir Angleria*, como Ud. lo dice muy bien, reúne las mejores condiciones que pueden concurrir en un historiador: la circunstancia de haber sido testigo presencial de la mayor parte de los hechos que refiere, y sus condiciones de investigador diligentísimo y hombre imparcial, dan, á no dudarlo, la más segura autoridad á sus Cartas, Décadas y demás obras; por lo cual creo que los aficionados á estudios históricos le han de agradecer el servicio que usted se propone prestarles; lo que ya lleva publicado hace presentir la importancia de todo el conjunto que va á resultar de sus publicaciones.

Reciba Ud., pues, mi enhorabuena y mi estímulo á seguir en sus buenos y provechosos estudios, siéndome al propio tiempo muy grata la ocasión de repetirme, con particular aprecio, suyo afectísimo capellán y seguro servidor

q. b. s. m.,

M. CARDENAL RAMPOLLA.

ROMA, 15 de Julio de 1892.

---



## ADVERTENCIAS

---

Las ediciones de que me he servido son: para las Cartas, *Opus Epistolarum*, edición complutense de 1530, que compulsé con la de Amsterdam de 1670. Para la Década 1.<sup>a</sup>, *Petri Martyris... Opera*, Sevilla, 1511. Para las Décadas 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>, *De Rebus Oceanicis et de Orbe Novo Decades tres Petri*, etc. Colonia, 1578. Para la 4.<sup>a</sup>, esta misma edición, que la trae bajo el título *De Insulis nuper inventis*, y con no pocas variantes que se han corregido en conformidad á la edición complutense de las ocho, de 1530. Ésta también para las cuatro Décadas últimas, teniendo que mandar un escribiente que las copiara, y luego dos que confrontaran bien la copia.

Las demasiadas abreviaturas; las innumerables erratas de tales libros, hechos en la infancia de la imprenta; la desigualdad de estilo, el uso de nombres bárbaros, y las incorrecciones del autor, que no podía revisar ni limaba sus escritos, pero más que todo la pésima puntuación y ortografía, ocasionaban dificultades molestísimas, que sólo podría apreciar quien hiciera una prueba en circunstancias idénticas. Baste un ejemplo. En el tomo III, pág. 45, se lee: «Inscribieron en español: *Vamos al Darién*»; y lo que había en la edición de Amsterdam era este rompecabezas: *his verbis inscribunt: Vannuis Aldarieci*. Compuesta ya una nota que declaraba ininteligible ese texto, fué menester un viaje para consultar otra edición y despejar la incógnita.

Por tales circunstancias, aparte de otras erratas materiales de escasa importancia, los capítulos del libro IX de la Década VIII han salido mal numerados, y deben corregirse como van en el índice.

Salen alguna vez unos comendadores *Espatenses*, que no pude adivinar lo que eran por más que revisé el cuadro de la nobleza española de aquella época que trae el portugués Goes; y luego he conocido que no son sino comendadores de Santiago.

La palabra latina *praetor* tiene un significado genérico; *praetor urbanus*, es como alcalde ó gober-

nador; *praetor justitiae*, será juez ó alcalde del crimen; *praetor militiae*, es capitán ó general; unas veces he detallado el sentido porque era claro, otras he dejado pretor en castellano, aun hablando de Hernán Cortés, que era un Capitán general como pocos.

Igualmente indeterminada es la significación de la palabra latina *cavea*, por jaula, caja, compartimiento, etc. Pero ilustrados jefes de nuestra marina disienten sobre la *Santa María* de Colón, si era nao ó sólo carabela de mayor tamaño que la *Pinta* y la *Niña*, y me han preguntado sobre lo tocante á ese punto. Acaso la palabra bodegas que puse por *caveis* en la pág. 119 del tomo I, debería ser cofas ó gabias, ya que allí se nombran los palos gruesos que podían sostenerlas. Los que tanto necesitan adelgazar tengan presente la vaguedad de *cavea*, ya que para resolver esa cuestión no les basta lo que el mismo Colón dice de la mismísima *Santa María* en su Diario, 18 y 25 de Diciembre.

*Recutiti* me inclino á creer que significa siempre *circuncidados*. Véase t. III, pág. 13, nota.

El no haber logrado ciertas facilidades ó favores que no sin motivo esperaba, ha retrasado la terminación de esta obra hasta después de las fiestas del centenario colombino. ¡Paciencia!

Quedo muy agradecido á la Real Academia de la Historia, al Emmo. Sr. Cardenal Rampolla y á la prensa periódica, que, sin distinción de opiniones políticas, tanto han ensalzado estos libros de Angleria, y hasta el humilde trabajo que yo he puesto.

Los cuatro tomos, primorosamente encuadernados como éstos, valen 20 pesetas: pidiéndomelos directamente á mí y acompañando el importe, sean ó no para libreros los pedidos, y de más ó menos ejemplares, 15 pesetas nada más, y 16 remitiéndolos para afuera francos de porte y certificados.

JOAQUÍN TORRES ASENSIO,  
*Canónigo Lectoral de Madrid.*



# INDICE

---

## DÉCADA SEXTA

*Págs.*

CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario: 1. INTRODUCCIÓN. — 2. Relaciones de Gil González. — 3. Seis colonias hacia el istmo.....	5
CAP. II. — Sumario: 1. Carretera para cruzar el ist- mo de Panamá. — 2. Expedición de Gil González en busca de un estrecho. — 3. Falta pan y sobra oro. — 4. Enfermedades y trabajos.....	11
CAP. III. — Sumario: 1. Se bautiza el cacique Nico- yán y su gente. — 2. Y nueve mil de Nicoragua. — 3. Obsequios del cacique Diriagen.....	19
CAP. IV. — Sumario: 1. Preguntas de los indios, y respuestas de Gil González sobre el diluvio uni- versal, y otros varios puntos. — 2. Capitán y mi- sionero.....	25
CAP. V. — Sumario: 1. Gil González civilizando. — 2. Réplica de los indios tocante á la guerra. — 3. Ejemplar inauguración del culto cristiano. — 4. Barbas guerreras. — 5. Casas y templos de allá.	31
CAP. VI. — Sumario: 1. Las plazas y la orfebrería. — 2. Los mataderos de víctimas humanas. — 3. Dos clases de ellas. — 4. Modo de inmolarlas.....	38
CAP. VII. — Sumario: 1. Oraciones y ofrendas de san- gre propia á los ídolos. — 2. Ataque de un cacique traidor.....	44
CAP. VIII. — Sumario: 1. Reduce Gil González al ca- cique Nicoyán, rebelde. — 2. Gran lago en Nicara- gua. — 3. ¡Sin encontrar el estrecho!.....	49
CAP. IX. — Sumario: 1. Quejas de Pedro Arias. — 2. Pleito de los portugueses sobre las Molucas. — 3. Nueva expedición al Oriente. — 4. Las Juntas de Badajoz. — 5. Alegato de los españoles. — 6. Más pruebas en pro de España.....	53
CAP. X. — Sumario: 1. Las conferencias de Badajoz.	

—2. Dictamen favorable á España.—3. Amenazas portuguesas.—4. Á buscar un estrecho donde no le hay:.....	60
---	----

## DÉCADA SÉPTIMA.—LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Introducción. —	
2. Noticias generales.—3. Arbol que cura las heridas.....	65
CAP. II.—Sumario: 1. Desesperación de los lucayos. —	
2. Hazaña marítima de uno.—3. Especies.—	
4. Las mujeres lucayas.—5. Monarquía y comunismo.—6. Piedras preciosas.....	73

## LIBRO II

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Las islas Lucayas. —	
2. Iniquidad pirática de algunos españoles. —	
3. Se reprueba.....	82
CAP. II.—Sumario: 1. Noticias sobre las Lucayas y sus habitantes.—2. Su rey gigante, y los hombres sirviéndole de caballos.—3. La cría de cier- vos en casa.—4. Alimentos.....	91
CAP. III.—Sumario: 1. Isla de sacerdotes: su inter- vención en la guerra.—2. Costumbres de aquellas islas.—3. Fábula de hombres con rabo.....	97

## LIBRO III

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Dos fiestas religio- sas anuales.—2. Otra de difuntos.....	101
CAP. II.—Sumario: 1. Á la muerte del cacique.—	
2. Costumbres.—3. Sus medicinas.—4. Ridículos saludos.—5. Cómo hacen gigantes á los reyes....	108

## LIBRO IV

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Producciones. —	
2. Nueva expedición á las Lucayas.—3. La su- perstición explotada.—4. El abuso castigado.—	
5. Leyes protectoras de los indios.—6. Su inob- servancia.....	117
CAP. II.—Sumario: 1. Razones en contra de dar li- bertad á los indios.—2. Ejemplo de su ingratitude. —3. Documento notable.....	124
CAP. III.—Sumario: 1. Desgracias y mal fin de mu- chos españoles.—2. Prosperidad de Hernán Cor- tés.—3. Prevenciones contra los piratas.....	131

## LIBRO V

*Págs.*

- CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Expedición de Garay al Panuco.—2. Hernán Cortés le impide levantar una colonia..... 137
- CAP. II.—Sumario: 1. Primeras noticias de la derrota de Garay en el Panuco.—2. Peligrosa porfía de encontrar el estrecho que no hay entre ambos continentes americanos..... 143

## LIBRO VI

- CAPÍTULO PRIMERO.— Sumario : 1. Conjeturas de que habrá en la zona tórrida otras islas de especias, oro y perlas á más de las conocidas ..... 151
- CAP. II. — Sumario : 1. Esperanzas fundadas en la expedición de Caboto por el estrecho de Magallanes al Pacífico.—2. Que la hará en menos tiempo que Magallanes.—3. Y con más provecho..... 158

## LIBRO VII

- CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario : 1. Sobre conservar las Molucas.—2. De la fuente que rejuvenece.—3. Testimonios fehacientes.—4. Razones en contra.—5. Conjeturas en pro..... 167
- CAP. II.—Sumario: 1. Penalidades para remozarse.—2. Se responde á una objeción.—3. Una fuente de pez.—4. Una mina de piedras esféricas..... 177

## LIBRO VIII

- CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Cueva misteriosa.—2. Vegetales medicinales.—3. Más sobre el pez pescador.—4. Y sobre la isla de amazonas..... 185
- CAP. II.—Sumario: 1. Isla abundante de sal y de peces.—2. Aguas de río medicinales.—3. Sitios de mucha pesca.—4. Onocrótalos..... 192

## LIBRO IX

- CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Abundancia de anguilas.—2. Precocidad de los animales.—3. Arbol de la canela.—4. Plátanos..... 201
- CAP. II.—Sumario: 1. Árboles sedosos.—2. Utilidades del bejuco.—3. Plagas de mosquitos.—4. Remedio en los cucuyos..... 210
- CAP. III.—Sumario: 1. De la luz que dan los cucu-

yos, y cómo se aprovechaba.—2. Culebrillas malignas.—3. Las Amazonas.....	218
---	-----

## LIBRO X

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Fiestas sagradas.—2. Ayunos y oraciones.—3. Ofrendas.—4. Oráculos.....	225
CAP. II.—Sumario: 1. Sacrificios humanos á Dabai-ba.—2. Capillas en palacio.—3. Ayuno general.—4. Trompetas y campanas.—5. Pureza.—6. El alma.—7. Entierros inhumanos.....	231
CAP. III.—Sumario: 1. Almas inmortales y almas temporeras.—2. Los aniversarios.—3. Orgías en ellos.—4. Zalemas al cacique reinante.—5. Madera incorruptible.—6. Bacanánico fin de fiesta.....	239
CAP. IV.—Sumario: 1. Más abyección aún.—2. Agüeros.—3. Prostitución.—4. Lo que contaban de un monstruo volátil.....	246

## DÉCADA OCTAVA.—LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Introducción.—2. División.—3. Cortés y Garay.....	255
CAP. II.—Sumario: 1. Salida de Garay para el Panuco.—2. Mal consejo.—3. Buena ocasión mal aprovechada.—4. Por mal camino.....	261

## LIBRO II

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Con maíz y manzanas.—2. Panuco arriba.—3. Dificultades del camino.—4. Sin provisiones.....	269
CAP. II.—Sumario: 1. Una colonia de Cortés.—2. Disensiones entre españoles.—3. Desgracias de Garay.....	274
CAP. III.—Sumario: 1. Garay en tratos con Hernán Cortés.—2. Entretanto los indios derrotan su ejército, y Cortés los castiga.—3. Cortés recoge á Garay.—4. Éste muere.....	280

## LIBRO III

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: Elogio de Jamaica..	287
CAP. II.—Sumario: 1. Se confirma la muerte natural de Garay.—2. Noticias de su expedición.—3. La primera marta (?).—4. Cortés inocente.—5. Mas allá.—6. Traje y costumbres de Hernán Cortés..	292



## LIBRO IV

*Págs.*

- CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Los indios de Méjico.—2. El gobierno de Cortés.—3. Tezcuco y Otumba.—4. Tributos..... 299
- CAP. II.—Sumario: 1. Cacao-moneda.—2. Vino de cacao.—3. Su comercio.—4. Resentimiento de Cortés por el robo pirático de sus caudales.—5. Cultivo incipiente en Méjico..... 305

## LIBRO V

- CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Noticias favorables de Cortés.—2. Expedición de Alvarado ..... 311
- CAP. II.—Sumario: 1. Alvarado en camino hacia Guatemala.—2. Dos guías suyos al habla con un cacique.—3. Le pintorean una nave y un caballo.—4. Les pide auxilio.—5. Sus regalos.—6. Hurto castigado por Cortés.—7. Proyecto de colonizar la isla Margarita..... 317

## LIBRO VI

- CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Resentimiento de Cortés.—2. Sospecha sobre su lealtad.—3. Confianza.—4. Más noticias acerca de los caribes..... 325
- CAP. II.—Sumario: 1. Hojas para conservar la dentadura.—2. Varios jugos de árboles, aromáticos, mortíferos, viscosos, medicinales para la garganta.—3. Árboles antipútridos, sedosos, como canela.—4. Aguas diuréticas, alquitranadas..... 333

## LIBRO VII

- CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. De ciertos árboles y plantas notables de Cumaná.—2. Cuadrúpedos y aves.—3. Cocodrilos y gatos silvestres..... 341
- CAP. II.—Sumario: 1. Noticias curiosas de ciertos cuadrúpedos.—2. Y de los murciélagos.—3. Y de varias aves.—4. Y de monstruos marinos..... 348
- CAP. III.—Sumario: 1. La pesca.—2. Insectos.—3. Culebras y otros animales..... 356

## LIBRO VIII

- CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Costumbres de los habitantes de Camaná: cantares y danzas.—

2. Reuniones con el cacique.—3. Orgías subsiguientes .....	363
CAP. II.—Sumario: 1. Instrumentos bélicos de los chiribichenses: idiomas, temperatura, índole.—	
2. Confección de venenos.—3. Las mujeres.—	
4. Las bodas .....	369
CAP. III.—Sumario: 1. Se excusa el autor con sus setenta años.—2. Escuelas de magia negra.—3. Médicos por magia.....	377
CAP. IV.—Sumario: 1. Oráculos diabólicos.—2. Casos prácticos.—3. Ridícula explicación de los eclipses de luna.—4. Evocación del diablo.—5. Modo de ahuyentar á los cometas.....	384

## LIBRO IX

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Caso probado de intervención diabólica.—2. Embalsamar tostando.—3. Aniversarios nauseabundos.—4. Creencia en la inmortalidad del alma.—5. Vestigios manifestos de cristianismo .....	391
CAP. II.—Sumario: 1. Dificultad con que el autor escribe estos libros.—2. Noticias de una flota.—3. Precauciones contra los piratas.—4. Frescura con que el autor habla al Papa y al Emperador..	399
CAP. III.—Sumario: 1. La culebrina de oro y el caudal que envía Cortés.—2. Lo que ha informado su enemigo Samaniego.—3. Nueva flota a las islas Molucas.—4. Su partida.....	406
CAP. IV.—Sumario: 1. Los capitanes de las seis naves.—2. Por qué se llevan á La Coruña los negocios de Oriente.—3. Derrotero para las Molucas.—4. Otras dos flotas para América.—5. Felicitación al Papa .....	412

## LIBRO X

CAPÍTULO PRIMERO.— Sumario: 1. Introducción.—2. Noticias de Nueva España.—3. Comunicaciones de Hernán Cortés.—4. Cartas cifradas contrarias al mismo.—5. Su enojo contra Olid.—6. Le procuran templar los magistrados.—7. Marcha contra él.....	417
CAP. II.— Sumario: 1. La famosa culebrina de oro.—2. Disensión respecto de Cortés.—3. Falsos rumores de su muerte.—4. El golfo de Figueras...	426
CAP. III.—Sumario: 1. Disensiones entre varios jefes.—2. Muerte alevosa de Olid.....	434

CAP. IV.—Sumario: 1. Despachos de Pedro Arias.—	
2. Providencias del Senado.—3. Más noticias del	
lago dulce y de Cortés.—4. Ponce de León comi-	
sionado á Nueva España.—5. Restauración de	
Méjico .....	440
CAP. V.—Sumario: 1. Exploraciones hacia el Nor-	
te.—2. Chasco pesado.—3. Agresión portuguesa.	
—4. Tasación de lo robado.—5. ¿Qué hará Car-	
los V?.....	447

---

Carta de Su Santidad León XIII sobre Cristóbal	
Colón.....	457
Carta gratulatoria del Emmo. Sr. Cardenal Secre-	
tario de Estado de Su Santidad.....	469
Advertencias.....	471











HAm.

A5878f

211701

Author Anghiera, Pietro Martire d'

Colon y América. Vol.4.

Title

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU

